

PQ
7390
.F8
U4
1992

ROBERTO FUENTES **El último santuario**

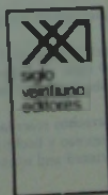
UNA NOVELA DE CAMPAÑA



siglo
veintiuno
editores

El último santuario
Una novela de campaña

por
NORBERTO FUENTES



LIBRARY
University of Miami



siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

Calle 15 de Abril 11, México D.F., México

PQ
7390
.F8U4
1492

puertada de gremio: mudiato

primera edicion: 1981

© siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
mhn 948.23-1810-6

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México
printed and made in Mexico

LIBRARY
University Of Miami

INDICE

La canción del regreso	9
LIBRO PRIMERO	
Es el código de Lince	15
LIBRO SEGUNDO	
Republica sin frontera	123
Epilogo	121



100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

La canción del regreso

La canción del regreso es una canción que se canta en los pueblos de la zona de la sierra de Guadalupe, en el estado de Jalisco. Esta canción es una de las más antiguas que se conocen en esta zona, y se dice que fue compuesta por un poeta popular que vivió en el siglo XVIII. La canción es una especie de himno a la patria, y se canta en todas las fiestas y celebraciones de la zona. La canción es muy conocida y querida por el pueblo, y se dice que es una de las más bellas que se conocen en esta zona. La canción es una especie de himno a la patria, y se canta en todas las fiestas y celebraciones de la zona. La canción es muy conocida y querida por el pueblo, y se dice que es una de las más bellas que se conocen en esta zona.

La primera vez que se vislumbra el anciano que va a ser uno, uno sentado en un sillón de caoba, con el pellejo amarillento y acartonado y el medallón de patriota colgado en el pecho, un veterano auténtico, es debido a los helicópteros. Resulta una sorpresa saber que ningún Mi-4 opera en Angola y que hace rato que los retiraron de servicio en Cuba. Con lo nobles que eran aquellas máquinas, que hicieron completa la campaña contra los bandidos del Escambray y que podían cargar una docena de combatientes con todos sus arreos y que disponían en proa de una ametralladora del 12, 7, el equivalente socialista de la calibre 50 yanqui.

De cualquier manera, aunque tu helicóptero no sea un Mi-4, sino del modelo avanzado Mi-8, si tiene el fuselaje vetreado por la pintura de camuflaje, y si carece de blindaje pero lleva los emblemas de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola (FAPLA), y si la tripulación es cubana, unos despreocupados muchachones que cuentan con la experiencia de haber efectuado aterrizajes forzados luego de que sus máquinas fueran alcanzadas por el fuego antiaéreo de los kwachas —el enemigo, según la terminología local—, y si el techo de nubes se mantiene a unos 300 metros sobre el suelo y vas cruzando por un territorio que se supone infestado de enemigos, y si despegaste de Hè, cuya pista se encuentra a 1 780 metros sobre el nivel del mar, de modo que la densidad del aire es motivo recurrente de preocupación para las tripulacio-

nes, y si el punto de destino es Camacupa, en el centro mismo de Angola, donde se va a producir la sustitución de un jefe de brigada FAPLA de Lucha Contra Bandidos (LCB), si tal situación, en conjunto, es la que se presenta, no me podrás negar que es una forma notable de pasar la tarde.

El Mi-8 debe cubrir en 30 minutos la distancia entre Rio y Camacupa. El piloto permite dejar la puerta abierta y hasta sacar los pies por el borde, pero prohíbe fumar. Un tanque suplementario de combustible, colocado en la cabina trasera, que es donde uno se encuentra, impone su presencia. Uno comprende de inmediato que está volando en lo más parecido a una caja de dinamita que se pueda pensar.

El piloto lleva un overol de vuelo gastado y un gorro blanco con orejeras sobre el que se ajustan los auriculares, y desplaza su mirada de los instrumentos de la pizarra a una ventanilla lateral con el objeto de observar un cumulo nimbus que se eleva a unos 2 kilómetros por su izquierda y que aun no ha comenzado a deslogar, y es el mismo que informa con gesto despectivo que los veteranos de la primera generación de Mikoyan, los Mi-4, fueron sacados de servicio en Cuba a fines de los setenta y que "creo haber oído" que los soviéticos conservan algunos en los koljoses "fumigando y sembrando y esas cosas".

Para el capitán FAPLA Higinio, y para el coronel Toledo, el jefe de Estado Mayor de los asesores cubanos de Lucha Contra Bandidos, que aquí recibe el nombre de Operación Olivo, la travesía es parte de su contenido de trabajo. Lo es también para los dos angolanos que se presentaron en Camacupa como cuadros del partido y que visten de civil y llevan carpetas de cuero negro. Para el corresponsal Norberto Fuentes, por lo pronto, su tarea consiste en observar por la puerta abierta del Mi-8 y preguntar al capitán Higinio la razón de que el vasto territorio que se desplaza allá abajo se encuentre sin cultivar.

—Se encuentra así, camarada, porque estamos en guerra.

El paisaje se logra ver a través del resquicio que deja el cospachon de René David, el camarógrafo, y de su carga habitual de cámaras, granadas, luniles y abrigos. Y observando de soslayo el tanque de combustible de sólido color amarillo.

Después uno se acostumbra al tanque, quiero que sepan. Y hasta apagara su cigarrillo en la pintura amarilla. En definitiva, uno se acostumbra a abrir la escotilla y apoyar el asa y recostar el pecho contra la superficie cilíndrica del tanque cuando se sobrevuelan las bases kwachas. Incluso se espera con cierta resignación los rafagazos en dirección contraria mientras uno se parapeta detrás del tanque. Así que te fumas tu cigarro como un condenado a muerte y te cagas en la existencia del tanque y te preparas a echar todos los plomos que puedas.

Pero se requieren semanas de training para llegar al nivel de adaptación. Uno sabe que alcanzó el nivel cuando llega carne fresca. Alguien te lo dice, llega carne fresca, y uno es feliz porque se percata de que ha sido aceptado y es parte de la cosa, y hace rato cesaron contigo las fabulas sobre los leones y las serpientes trespasos, y ya empleas el mismo lenguaje del resto de la tropa y tienes sus mismos gorriones, que es la forma de llamar a la nostalgia, y te permites ir medio adormilado en los Mi-8 e incluso aprovechar la trepidación del rotor como un soporífero, y como ya dominas las palabras clave, sabes que carne fresca son los oficiales del refuerzo, que en propiedad se les debe calificar de otro modo porque se trata de los viejos combatientes de LCB, y es gente probada, que patearon todo el Escambray y traen viejas cicatrices y el pellejo curtido con sol y polvo, y tienen las manos grandes de los campesinos y las uñas todavía renegridas de la pólvora de los viejos combates.

Así que el Mi-8 volaba sobre una planicie ensombrecida por los cumulos, y nos dirigíamos a Camacupa y dejamos un cumulo nimbus por la cola y parecía que estábamos detenidos en el aire porque llevábamos un nivel superior al del alcance de los cohetes portátiles del ene-

migo y no se veía la tierra desplazarse por las bandas que es lo que ocurre en los vuelos rasantes, y allá abajo estaba la tierra de Angola, y a bordo venían el capitán Higinio y otros dos angolanos y el coronel Toledo y René David, y era un día lluvioso de noviembre de 1981 y uno decía bravucunadas, que es una solución aceptable y bastante eficaz para autoestimularse, o podía concebir párrafos de apertura de un libro en los que iba a decir que sobrevolar un territorio en disputa con la contrarrevolución es una forma notable de pasar la tarde, cuando la verdad es que uno estaba dominado por la angustia y por una tristeza indescifrable y se encontraba a 13 000 kilómetros de Cuba mientras comprendía que el destino del vuelo era Camacupa. Y uno, que es un tipo con un sentido exaltado de la nostalgia, del puñetero gorrion, recordara este primer vuelo en el Mi-8, el vuelo en que recordaba los helicópteros del Escambray, aquellos armatostes de pistón y no de turbina que se llamaban Mi-4 y que eran bastante nobles, aunque un poco lentos, y dieron todo lo que podían dar en la campaña contra los bandidos en Cuba.

Libro primero

Es el código de Lince





La rafaga que obliga al combatiente a buscar donde tenderse no se escucha en la fotografia



En misión de búsqueda y aniquilamiento El M-8 se dirige al oeste del Cubango. Un joven FARLA va a recibir su bautismo de fuego



Estamos a 40 kilómetros al norte de Matula. Tenemos recibimiento. El grupo de asalto rapla ha desembarcado en los accesor de una base UNITA. El piloto es un internacionalista cubano e intenta hacerse oír por encima del rugido del motor y de los disparos. Ha divisado un refuerzo enemigo por el flanco izquierdo. La engorrosa impedimenta con que el otro cubano se presenta en la batalla puede brindar un toque de humanidad en el horror de la guerra. Es un vaso de pan.

¿Diseño de Van Gogh? El rotor principal de un Mi-8 avienta el camp en la Sierra de Candjival.



Al hombre del traidor una MPK modelo 46. Los cubanos se desplazan en apoyo a las fuerzas FAPLA que asedian la 19 Región UNITA.



Un traidor quimbundo y un internacionalista cubano en Chiapua, Matla, marzo de 1982.



Internacionalistas cubanos del grupo de apoyo a las SAPA en las ruinas de Chitapua, Matla, marzo de 1982



Ruinas de Chitapua, Matla, marzo de 1982



Evocación de un raptista. Pero el amunicionador de la ametralladora RPK es cubano. Sierra de Candival, marzo de 1982.



Aunque armado con un lanzacohetes RPG-7, es posible que el combatiente internacionalista puede haber. Matagalpa, 4 de marzo de 1982.



El regimiento de helicópteros cubanos cumple misiones de rescate. El conflicto de baja intensidad ha cobrado víctimas entre personal no combatiente. Una elegante nomenclatura. Pero insuficiente para proteger. Matula, marzo de 1982.



Una aldea de agricultores umbundos en el eje Chitapa-Candiyal es tierra arrasada. El cubano no olvidará.



Escambray, Cuba, hacia mayo de 1963. Tomashevich valora la disposición de un cerco con su Estado Mayor. El corresponsal aparece detrás de un fusil porque el fotógrafo ha encuadrado al comandante.



Menongue, Angola, febrero de 1981. El corresponsal Norberto Fuentes continúa junto al jefe



Ruja es la tierra y agreste y polvorienta y con escasos y ralos arhustos y diezmados islotes de hierba y está sombreada por el casimbo que es un techo de nubes bajas y de lento desplazamiento procedente del Polo Sur, y un terreno en reverberación pese al posible efecto atenuante del casimbo se arremolina y desplaza a velocidad de frenaje mas alla del reborde asfaltado de la pista cuando uno descubre una bateria de cañones antiaereos que se perfila en el horizonte cercano del aeropuerto y uno sabe de memoria que la procedencia es soviética y que son de 100 milímetros con seguimiento electrónico, y una harrada de cabañas de bloques de barro se vislumbra a través de la cerca galvanizada que delimita el aeropuerto a escasos metros de donde el Illushin-62 concluye la maniobra de aterrizaje, y uno obtiene una vision en abanico de los cañones y de la cerca y de las cabañas porque la nave de Aeroflot gira en eje para buscar el taxiway. Los cuhanos aparecen entonces. Tienen trajes de campaña camuflados con pantalones bombachos cerrados a la altura de las botas y amplios bolsillos laterales y llevan terciados los aku y vigilan desde compactos monticulos de tierra, y uno los observa mientras la nave inicia el apoché a los edificios del area militar.

Un recibimiento en regla y una formula de distinción para uno y su traje safari arrugado por 16 horas de vuelo se producen cuando un mayor cubano en uniforme de camuflaje, y pistola Steichin de 20 tiros a la cintura, sube a bordo del Ill-62. Tu nombre se halla en una lista meca-

nograllada que trae en la mano, pero le basta con echarle una ojeada para separarse de lo que era una composición de 159 pasajeros y ponerte al abrigo de un instructor político que espera en la pista y cuyo abrazo es de rigor, así como el inicio de su pieza de retórica para dar la bienvenida en Luanda al camarada escritor. Mas el saludo no puede ser escuchado en forma conveniente debido a que la presión acumulada por el aterrizaje no ha sido expulsada de los oídos en su totalidad y porque uno está mirando y se distrae.

Los 158 compañeros de vuelo pasan en fila india rumbo a los omnibus del Centro de Recepción mientras uno registra por primera vez un escenario conocido por centenares de miles de cubanos y aguarda por la carga de premunición a la cual, supone, deba someterse en estos casos. Pero la carga se mantiene en un insondable campo de estática. Así que uno decide ocupar su pensamiento en los 158 compañeros que marchan rumbo al Centro de Recepción.

Uno repara en sus poderosas manos de campesinos y en sus tímidas sonrisas y en la incomodidad de sus tensas camisas blancas de etiqueta anudadas con anticuadas corbatas y en sus sacos arbitrariamente enfundados, y uno piensa entonces que llevan un corte de pelo demasiado bajo y que su piel está demasiado tostada y que son unos tipos demasiado rectos y que es evidente que se mueven apenas reciben las miradas de sus jefes como para que se les acepte como un paquete de turistas que ha desembarcado casualmente en una de estas costas perdidas de África. De cualquier manera, si el Ill-62 se hubiera visto obligado a efectuar un aterrizaje de emergencia en algún aeródromo fuera de programa, las autoridades del lugar habrían entendido que eran objeto de una invasión.

Escucha ahora. El político dice que Tomas se halla en Menongue y que está al corriente de la llegada de uno pero que tiene sus complicaciones. El encuentro se hará efectivo en Cuito-Bié "cuando las condiciones lo permitan". Cuito-Bié está a 300 kilómetros al norte de Menon-

gue. Tomas recomienda que, mientras tanto, uno se aclimate. De todos modos, dice el político, habrá que permanecer en Luanda —dos días como mínimo— porque el único avión disponible —el Tango-203— está en tiempo para el mantenimiento reglamentario.

El político es un viejo conocido del Escambray y tiene grados de teniente coronel y un incipiente bigote y porta una Colt 45 en una gastada cartuchera de cuero negro y le dice a uno que se prepare.

—Preparate, que esto no es el Escambray. Las minas nos causan estragos. Es que no estamos acostumbrados.

En el Escambray, dice, tuvimos suerte. Los yanquis no le sirvieron minas a Osvaldo Ramirez. Esa fue la suerte.

Vino de Menongue por la madrugada en el T-203 y trajo un cubano muerto —lo que quedo de él, cercenado hasta el vacío desde el abdomen— y cuatro heridos. Eran parte de una tripulación mezclada con angolanos de un transportador blindado M1-152 y cayeron sobre una mina antitanque colocada en el camino de Menongue a Cuchi.

—La carga —dice— estaba reforzada con cohetes M-7 y granadas de mortero 120. Los compañeros le pasaron por arriba con las jimaguas traseras. Murieron los dos angolanos que iban a bordo. Allí la cosa está muy jodida.

Un jeep Gaz camuflado y el político al timón y un paseo por la apacible tarde de Luanda es el final de la ceremonia de recibimiento al camarada escritor. Una ciudad tomada por la Revolución. Modernas edificaciones semitropicales y avenidas abiertas y a veces con palmeras acercan a La Habana bloqueada de los sesenta cuando al paisaje se añade el descubrimiento de los valetines cerrados o con escasos suministros, y de los edificios requeridos de pintura y cristales sanos, y de los productos habituales de las vidrieras sustituidos por pasquines políticos y severos retratos de teóricos marxistas y jefes angolanos. Las vallas que se encuentran al paso afirman que los líderes llevarán al pueblo a la victoria, y que por lo tanto el pueblo, representado en las vallas como una decidida muchedumbre, conocerá los beneficios de esa victoria.

Uno llega a la casa de tránsito de los oficiales cubanos de tuar: la Casa de Olivo. Un grupo de combatientes salta de una camioneta con techo de lona. Portan sus armas de culatín plegable y están vestidos con sus uniformes de camuflaje, que el canon militar cubano se empeña en sustituir por la versión castiza de enmascaramiento. La visión de aquellos cubanos hace que se recobre un sentimiento. La vieja experiencia. Aunque no pueda localizar con exactitud sus razones, uno es feliz. La extraña felicidad de regresar al combate.

En el comedor, mientras el político hace una advertencia —“Tomas esta viejón”—, un televisor transmite la modesta programación angolana, que se resuelve —uno lo aprenderá enseguida— con un noticiero, un partido local de fútbol y un serial brasileño que uno debe aceptar que es de inspiración progresista y que trata de una joven divorciada que lucha por su emancipación en la sociedad capitalista y que se llama Malu y tiene una hija adolescente.

—Te vas a encontrar al mismo guerrillero del Escambray —dice el político—. Pero más sabio que nunca —se toca en la sien para referirse a la sapiencia del general cubano—. Aunque viejón.

—El tipo sigue gato —agrega.

Uno comprende. El gato es un personaje extraordinario en la catedral conceptual de los cubanos. Es un soldado de alta calificación porque permanece a la expectativa y observa a los 360 grados. Es desconfiado y rápido y saca las uñas ante cualquier eventualidad.

—Gato como siempre —dice uno.

—Como siempre. Te lo puedo asegurar.

La telemisora transmite su identificación. Una marcha revolucionaria se escucha sobre imágenes de guerra. Pero en las escenas que muestran un ejército sudafricano en derrota uno descubre secuencias conocidas de noticieros sobre Vietnam. Un Hercules C-130 intenta un aterrizaje forzado en un terreno llano pero accidentado. La nave se desmorona luego de violentos traspiés.

—Pero eso es Vietnam. Eso no es aquí.

—¿Sí? —es la respuesta del instructor político.

Unos artilleros angolanos disparan con una ametralladora antiaérea de cuatro bocas y enseguida, por corte, aparece el C-130 dando tumbos. La estabilidad del foco sobre la batería rapla y la limpieza de la imagen evidencian que el camarógrafo y los artilleros actúan en algún ejercicio. La secuencia final ofrece un desfile de unidades del ejército angolano en un poliorientado polígono y es obvio que sirve para exhibir un moderno arsenal de factura soviética. Una masa radiante de blindados y artillería reactiva. Pero buena parte de ese armamento —uno lo sabrá pronto— ya está destruida o en manos de la contrarrevolución. Las imágenes dirigen su mensaje a la guerra contra Sudafrica. Ignoran la lucha contra bandidos que —uno también lo sabrá— compromete en este momento a no menos del 70% del territorio a cambio del 7% que es la franja ocupada por Sudafrica y cuya situación belíca se ha estabilizado.

Uno se acuerda entonces Monzon. El político se llama Monzon. El teniente aquel. Como no te vas a acordar si era uno de los que ponía bajo sospecha todo lo que escribieras del Escambray. El mismo que manifestaba una especial animadversión por los adjetivos que uno empleaba para calificar a los bandidos, porque, argumentaba, sonaban poco sanguinarios. Monzon, cara.

Más si uno considera oportuno sobreescribir la causa es porque considera que el tiempo de sanción se hubiera extinguido a la luz de cualquier tribunal y porque al susceptible cerebro del escritor acude una ley de la dialéctica —de extraordinaria aceptación por los marxistas, por cierto, ya que es una de las Tres Verdades Absolutas— que es la unidad y lucha de contrarios y porque uno se emociona con el recibimiento preparado por el actual teniente coronel. Un recibimiento en regla, con abrazo, información y paseo. Uno todavía cree que no podía esperar mejor fortuna para llegar a Luanda un día de noviembre. Un martes. El 10 de noviembre de 1981.

Circulaban noticias de que Tomas había sobrevivido en las proximidades de Huambo al impacto y destrucción de un helicóptero de asalto sobre el techo de su automóvil y se sabía que estaba ahora en las proximidades de Menongue dentro de un cerco del enemigo y se esperaba que perdiera las comunicaciones en breve y quedara aislado, pero lo que más le impresionaba a uno era que se le siguiera llamando por el Tomas que acuñaron los veteranos del Escambray. Uno recordaba a un personaje con el tabique de la nariz partido y el rostro lleno, como la Luna, y una calvicie acentuada y pulida por un rabioso afeitado y que era por lo menos el tipo más sentimental a localizar a la sombra de un Puesto de Mando instalado en un transportador blindado y que tenía una voz cascada y lenta que resultaba adecuada para acompañar los gestos de delicadeza o ciertas reacciones emocionales que a veces se tienen, o que, como el mismo diría, es inevitable tener, pero inadecuada para darte una orden en las pistas de tierra revueltas con el polvo que provoca el trasiego de los helicópteros de combate o en un cerco cerrado donde la orden de abrirles fuego hasta a las sombras estuvo dada por él mismo desde que trazó la idea operativa en el mapa, porque uno se sorprende siempre en esas circunstancias, cuando se dirige a ti con esa, digamos, dulzura, y con esa confianza y esa voz.

Que se hallara al frente de "otra tarea asignada por el Comandante", normal. Que fuera una situación perdida y que pudiera costarle la cabeza desde la hora prevista

para el desayuno hasta la de conciliar el sueño, calculado. Que la hora prevista para el desayuno fuera una terminología tan vacía como su almacén de campaña —en el que no vas a encontrar ni una lata de leche— y que no hubiera ningún sueño ni un carajo que conciliar, también previsto. Pero ya había nomenclatura y uno la reconocía. Operación Olivo, que debía preservar su secreta magnitud para no revelar lo que él sabe hacer mejor que nada hallarse de nuevo sobre el rastro de unos aliados.

Uno se pone contento cuando conoce la existencia de la nomenclatura porque siente que pisa terreno firme. Algo se está cocinando y no te vas a quedar fuera. 30 años de experiencia en el proceso dicen que lo que verdaderamente no se perdona en esta Revolución es quedarse fuera. Así que era el momento para desembarcar en Angola porque el general de división Raul Menéndez Tomashevich —tal es su nombre oficial— se enfrentaba al proyecto contrarrevolucionario de capturar Menongue.

Para ese efecto de estar a la distancia de un manotazo de las huestes enemigas resultaba poco relevante que fuera un gran jefe cubano en Angola y que llevara en las charreteras las dos rutilantes estrellas de su rango. Uno podía estar convencido de que así estaba en su elemento. A uno le parece estar oyendo su explicación: "Es que esto es lo mío, mijo." El mijo quiere decir que uno es su hijo.

Todo el que este bajo la sombra de sus grados, es su mijo. El concepto incluye a los desalectos y los bandidos contrarrevolucionarios, cuando los captura y comienza los meticulosos interrogatorios, porque, de muchas maneras, eso es también estar a la sombra de sus grados. "A ver, donde comieron anoche y que fue lo que comieron. A ver, mijo. Enseñámelo aquí en el mapa. Acércate, mijo, no tengas pena. Dime que rumbo cogieron después del rancho y donde quedaron en encontrarse con el contacto." Uno está oyendo esa voz y está viendo los ojos del viejo cazador y la memoria se activa cada vez con mayor celeridad y está rastreando los viejos datos y pensando los a flote, de modo que uno sabe otra vez que la voz y la mi-

Todos olían igual allí, en aquella carretera que era recta como una lienza salvo al cruzar sobre la línea del ferrocarril, y uno tenía que apretar los ojos para saber que los tres hombres bajo el toldo grasoso del Toyota eran el enemigo acabado de capturar. Los trasladaban para la cárcel de Yaguajay, para interrogarlos, y uno regresó la mirada hacia sus captores y vio el opaco color olivo de sus uniformes fogueados en un cerco de 10 días y sus ojos polvorientos y enrojecidos y sus labios blancos por la falta de sueño y las firmes y duras sonrisas en los rostros ennegrecidos por el combate y la fatiga, y uno pensó, pero si este mismo es el rostro de la muerte, lo que se acentuaba por el silencio enjuto de aquellos prisioneros. Y para entonces ya uno sabía que más les valía haberse quedado en el combate, porque lo que les quedaba era el seguimiento de los trámites para ser juzgados y fusilados, un mes, dos meses, que más da, sin una comida a gusto, ni una botellita de ron, ni una mujer, y en dependencia hasta para la fama de la bondad de sus carceleros.

Una buena campaña. Tan buena que nadie se preocupaba por el largo del pelo que uno se dejara, y tenía sus momentos, como decían los instructores políticos, de sano esparcimiento, por las noches, cuando se cantaba aquello que dice de piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera, que era la canción que procedía de los campos mexicanos y que nadie sabía quién la había importado, pero que quedaba fuera de la sospecha del diversionismo ideológico aunque también la cantaran los bandidos, porque estaba claro que era en español y se entendía perfectamente que quería decir y se ajustaba a las normas y aspiraciones de un bragao, el cual lo que quiere, lo que no es mucho pedir, es que su cama sea de piedra y de piedra la cabecera.

Entonces no había demostración mayor de que uno era guapo que enrollarse una toalla al cuello y terciarse una cinta de proyectiles de ametralladora soviética o. Mientras más churriosa se pusiera la toalla, mejor. El toallón

mugriento y un par de collares de semillas de santajuana al cuello y un pecho cruzado con dos cintas de los dorados proyectiles de la o, como un Emiliano Zapata abastecido por el Pacto de Varsovia, daban tremendo porte y aspecto.

Y esa era la época en que había un solo tipo de uniforme y un par de botas al año y nadie decía que ese era el módulo, sino que se decía esto es lo que te toca. Y era la época de los Mi-4, que era la máquina empleada en el Escambray y en el Sector Norte de Las Villas, cuando a Tomashevich no se le reconocía aun como un jefe legendario —un Schors, un Budionny— y cuando el grado de comandante era la distinción máxima y nadie pensaba que algún día habría coroneles y generales. No sería una leyenda pero no se producía un movimiento en el Escambray del que no se enterara y ya había dado cuenta de Osvaldo Ramírez y de Tomasito San Gil.

Y como estábamos a principios de 1963 y faltaban dos años para que la lucha contra bandidos terminara en Cuba, uno podía ver a los cazadores en las polvaredas de los terraplenes. Se distinguían por las boinas verdes y los uniformes sudados y terrosos y porque tenían el pelo más largo que en las tropas regulares y porque llevaban terciadas las Ppsha de disco, o el pecho atareado con cintas de municiones de ametralladoras soviéticas o de la segunda guerra mundial, o las checoslovacas vz, que además de cintas también se podían alimentar con un peine curvo, que se montaba por arriba, y que tenían bipode, por lo que resultaban muy cómodas para apostarte en las emboscadas, y que se agarraban por la manija superior y se transportaban con el bipode suelto, y porque los más bravos, además de la toalla churriosa enrollada al cuello, llevaban un fal belga apoyado en el hombro y agarrado por el cañón, que era a su vez la marca distintiva de los jefes de compañías y batallones de LCR, el fal al hombro como un cuarto bate.

Si algunos se permitían las ralas barbas que les concedía su edad, era porque estaban en campaña y había que

bairse y los hombres se morían y no era tiempo de estar preocupándose por los centímetros de melena de los semejantes. Y había que operar, en lo que respecta al Sector Norte, contra Esquijarrusa, a la vez que se trataba, como Tomás decía, de que otros bandidos cayeran en el jamo, porque el enemigo, que uno calificaba de malditos, se estaba moviendo entre Minas de Motembo y el río Jatibonico, y era gente, como decíamos, que estaba perturbando bastante el proceso. Y había crímenes que saldar.

Pero no era sólo Esquijarrusa —en lo que respecta al Sector Norte, al año 63 y al liderazgo de las bandas. También contaban por allí la banda de Manolito el Loco, la de Tuguari, la de Everardo Díaz Brunet y la de Juan Alberto Martínez y Andrades. Pero la composición y las jefaturas cambiaban con frecuencia porque los bandidos —según apreciación del entonces primer teniente Luis Felipe Denys, de Seguridad del Estado— tenían sus cuestiones internas, lo que afectaba el rumbo de sus apreciaciones operativas. Aunque por entonces no se decía apreciación, sino que uno tenía una idea. Resultaba que los cabrones, que era una forma autorizada por el Mandato de llamar a los enemigos del proceso, se dividían y se repartían los territorios y se ponían a inventar comandancias, capitánías y tenencias, y volvían a dividirse y a subdividirse y se ascendían y se degradaban. Así que cuando Denys recibía el informe, tenía que recomponer su Lista de Estructura y Actividad de las Bandas Enemigas. Un esfuerzo tremendo que le causaban, decía. Los cabrones no se estaban quietos. El trabajo que daban.

Esquijarrusa, al que llamábamos El Quija, era el cabecilla que a Tomás le dio entonces por desactivar. Tomás se pasó la mano por los cañoncitos de la cabeza que hacía un par de semanas que no se afeitaba y sonó como una lija y miró el mapa del Sector Norte y dijo, yo creo que El Quija tiene sus días contados. Me lo está pareciendo. Unos meses antes le había parecido lo mismo con respecto a Arnoldo Martínez y Andrades. Pero aún no le parecía así con respecto a Juan Alberto Martínez y Andrades, que

fue el jefe de El Quija y el último cabecilla del Sector Norte y que era o había sido hermano de Arnoldo Martínez y Andrades, lo cual constituía una carta de garantía porque hay que reconocer que los Martínez Andrades se habían y estaban claros en sus ideas, y cada vez que nos ahorcaban a un compañero lo dejaban con un cartel en el pecho que decía *Muerto Por comunista soviético*, que hubiera podido ser una gracia, acaso una estupidez a secas, si lo que hubiera detrás no fuera un hombre en la impávida liturgia de su propio asesinato y al que esa noche le doblegaron la médula o la tráquea o la frecuencia de oxígeno por minuto que le pedía su cerebro.

Arnoldo, cara. Ése fue uno de los bandidos más terribles que hubo en Cuba y el único que tuvo un FAL, que se robó del cuartel habanero de San Ambrosio donde estaba destacado como miembro de la Policía Militar. Su reinado se eclipsó en una sola y húmeda mañana de 1962, en combate con nuestra gente. Fue por esos días que a Tomás le pareció que el hombre tenía sus días contados. Cierro que Juan Alberto no era tan fiero como Arnoldo, aunque se consideraba más apuesto y, según su propio estimado, el que sabía cantar la ranchera con más resuello. Le tocó en 1965. La última banda que se unió en el norte, y de la que no quedó ninguno, fue la de Juan Alberto. Lo mató Edusvino García Aragón con un disparo de FAL a más de 400 metros de distancia, y luego le vació arriba el peine y después lo meó y también lo pateó y lo escupió y dijo que todavía no le parecía suficiente para que pagara por haberle ahorcado al hermano con un alambre de puas al fondo de la finca de los Fernández, allá por Las Margaritas. Pero para entonces Tomashevich no se encontraba en operaciones sino que pasaba una escuela porque Fidel le había dicho que se preparara para la guerra moderna, aunque para entonces si había alcanzado la prestancia de la leyenda y su nombre se asociaba de inmediato con la limpia de bandidos, y nadie dudaba que fuera el hombre que más le sabía al asunto de los cerros y de los peines.

El comandante Lizardo Proenza Sanchez se ocupó de Juan Alberto Proenza se convirtió en otra cosa grande, un especialista, y sus soldados lo llamaban El Enemigo de los Bandidos, y uno lo recuerda con aquel vozarrón fuerte que se gastaba y que resultaba perfecto para las ordenes y las cojonadas que tiraba, y que una vez cogió una banda y la hizo cisco y después, cuando supo que tres de los bandidos liquidados tenían el mismo apellido y habían sido unos tipos torzudos y fuertes que convirtieron la lucha contra el comunismo en un problema de familia, dijo que le trajeran al huerfanito más pequeño para criarlo, que iba a ser su hijo desde ese momento, iba a ser un Proenza. La crianza de los otros era tarea de la patria. Pero este era suyo. Su responsabilidad.

Buena campaña. De primera. Los alzados andaban por esos montes con sus Thompson y sus M-1 y aportaban su contrarrevolución y servían a los yanquis en su primer campo de ensayo de los conflictos de baja intensidad. Pero desconocían que ya estaban muertos y sepultados y que ni siquiera sus tumbas serían reconocidas. Ni el derecho a la muerte les dejaron. Se limpió completo. Pero tuvo su parte mala. Hubo que poner muertos. Gente buena. Ricardo Díaz. Omar Antuna. Oscar Figueredo. Silverio Chavez. El negro Orestes. El guajiro Pisco. El guajiro Romero. Alberto Delgado. Roberto Gutierrez. Mas lo que uno siempre ha apreciado es que uno pudo ser uno de ellos y que ahora sería una de esas fotos de carne ampliadas y retocadas que se exhiben en las salas de los museos de provincia, y el hecho es que uno se ha visto como en un espejo en esas fotografías y esa es la razón de que sepa desde hace años que ya no se pertenece y que las cadenas se rompieron hace rato.

Así que Tomashevich estaba por allí y fomentaba su leyenda y andaba en un Toyota verde y le había tendido un cerco a Esquijarrón y eliminado la mitad de la banda. Pero El Quija se le había escapado, herido, en un caballo. Un combatiente lo tuvo en la mirilla de su fusil checo

M-52. Un blanco fácil a menos de 100 metros. Mas una munición con polvora mojada se encasquilla en la recámara y te deja escapar un blanco como ese. Tomashevich le tiró otro cerco en menos de un mes y a cosa de 2 kilómetros de Meneves, y le destruyó la otra mitad de la banda. El Quija volvió a escapar. Fue cuando el comandante soltó una ringlera de palabrotas con abundancia de erres y de pes y de ges y el ceño se le frunció como la quilla de un acorazado y ese fruncimiento duro una eternidad. Seguridad se demoró poco en volverselo a ubicar. Cuando por fin le echó garra, El Quija tenía alojado un proyectil de Ppsha en el tejido subcutáneo del pecho, que esa fue la razón por la cual, posteriormente, el fiscal propusiera una disminución de la condena: quitar uno de los fusileros del pelotón porque el convicto ya traía incrustada una de las balas.

Y esa era la época en que el corresponsal Norberto Fuentes solía preguntar a los bandidos recién capturados su parecer sobre la reforma agraria y la misma en que el comandante Menéndez Tomashevich llevaba su Toyota que parecía una carreta gitana, cargada con mochilas y cartapacios de mapas. En la cima del cargamento sobresalía el primer AKM que se vio en Cuba y que era suyo porque se lo regaló un general soviético. Tenía una placa metálica con la dedicatoria en la culata. Traía también, debajo de la guantera del Toyota, dos granadas norteamericanas de fragmentación. Para el primer golpe, según decía, por si lo emboscaban en el camino. Había retirado el teipe de seguridad y estaban a la mano, pero el día que fue a probarlas no explotaron. Lo va a recordar como una gracia.

—Como si tirara dos latas de leche, mijo. Lo confiado que yo vivía con esas granadas.

Y uno era feliz entonces por unas cuantas razones y porque los cuentos tenían la frescura de haber ocurrido aquella misma madrugada y uno preguntaba después mientras vivaqueaba en las montañas de Cuba:

—¿Volo con la descarga? ¿El Ouija? ¿La expansión de siete fusiles tal a siete pasos de distancia? ¿Y como iba? ¿De limpio? ¿Con su Stenson? ¿Y no se lo buscaron? ¿El sombrero?

—Ni eso —decía el comandante.

Una tremebunda credencial de corresponsal de guerra le daba nivel a uno y lo diferenciaba y le otorgaba acceso para efectuarle preguntas en directo al mismo comandante que por esa época llevaba un solido uniforme de campaña verdeolivo con broches metálicos y ya se rapaba la cabeza a filo de cuchilla y ya había aprendido a reírse de sus propias ocurrencias y estaba fomentando una leyenda sin que el mismo se lo propusiera pero que de cualquier manera sería una solida leyenda de cazador, y uno sabía que estaba autorizado para llamar su atención, y uno, que por esa época era flaco y desgarrado y tenía una pistola, creía en firme en esa felicidad que creía tener, aunque se hallara aun en el periodo en que debía ganarse a la tropa porque había tenido lo que a todos les parecía un mal comienzo. Aunque a uno le parecía bien que hubiera querido saber de boca de un haidido recién capturado su parecer sobre la reforma agraria.

Mas allí se estaba acumulando una cantidad de historia y uno debía tener olfato para saber lo que estaba ocurriendo y para captarlo todo y luego trabajar con ese material, y uno se daba cuenta de que tenía el merito que le correspondía por algo de lo que nadie mas allí se percataba y era por la nostalgia anticipada de saber que esa historia ya se estaba acabando y que solo quedaría la incertidumbre de otra historia improbable que quizá apareciera en el futuro, y si hay algo de lo que uno podía sospechar y siempre ha sospechado es de esa materia inaccesible para los huesos de uno que es mañana.

tom Angola, 17-11-81

Rene David se posesiona de las puertas. Es una situación a la que uno debe acostumbrarse en los proximos meses. Tiene la amabilidad de dejar pasar a sus compañeros al interior del helicóptero y darles tiempo para que se instalen en los dos asientos paralelos de aluminio repintados de gris y embutan las mochilas debajo de los asientos y colocuen los fusiles en los soportes articulados de las escotillas.

Si nadie ocupa el sillín de la puerta, es porque falta un compañero por subir. Es ese que se está fumando tranquilamente un humedecido cigarro angolano ac y que tiene un corpachon fumidable y una solida quijada y un irrelevante bigotico de adolescente. Hay tiempo, dice con un gesto de la mano, la palma abierta dirigida a sus compañeros. El tiempo que hay es el que están empleando los tres tripulantes para instalarse en su cabina y colocarse los gorros de vuelo y chequear instrumentos y ajustarse los fajines de sujecion y terciarse los akm de culatin plegable.

De modo que es inevitable que alguien ocupe de un salto el sillín plegable de la puerta y coloque la barra de seguridad en la que se va a acodar en el transcurso del vuelo, y que su akm este dispuesto en el sosten de presión que para tal uso lleva la barra de seguridad, y que entre el brazo derecho, la axila y el pecho acune la pesada Harriflex de 16 milímetros cuando el rotor principal comience a recibir potencia y las aspas a segar el aire y a girar con velocidad creciente. Cuando ese alguien, es de-

en Rene David, saque las punteras de las botas por el borde de la puerta, lo cual es el máximo de comodidad y satisfacción y nivel de importancia que se puede obtener a bordo de un Mi 8 que despegó en cumplimiento de una misión en el Teatro de Operaciones Militares Angola —el 10M Angola—, se habrá producido el momento cumbre de su maniobra. Parecía un gesto de extrema amabilidad dejar que los compañeros pasaran primero al interior de la nave. La máquina ya está trepando y el Rene te dedica una sonrisa victoriosa.

Dejen que uno se explique: entre cubanos, tal es el uso, se gana un artículo —quizá una ancestral aspiración de nobleza— y la acentuación pierde su lugar —alguna razón ignota— cuando el trato se incrementa. El Rene.

La sonrisa precede a la transmutación. Muppet Show es un serial enlatado de televisión, de moda en Cuba, que cuenta con unos simpáticos personajes, mezcla de títeres con marionetas y circuitos transistorizados, que ejercen una poderosa influencia en él. Para colmo, el conductor del programa es una rana, al parecer de sexo masculino, llamada —al menos en la versión española— Rene. Uno puede apostar que Jim Henson, el creador de los Muppets, pese a la sostenida imaginación que ha demostrado en sus seriales, está incapacitado para entender que uno de los combatientes internacionalistas cubanos desplegados en las Tierras del Fin del Mundo haya convertido a su batracio predilecto en algo parecido a una deidad.

—Este es Muppet Uno —transmite el Rene a través de un imaginario micrófono— Muppet Uno para Muppet Dos. Over.

El corresponsal Norberto Fuentes es Muppet Dos. El más resignado Muppet Dos que ustedes puedan ver en la vida. Y tiene la obligación de sostener otro imaginario micrófono. Y debe responder casi a gritos porque Muppet Uno mantiene abierta la puerta y el trepidante motor del Mi 8 trabaja a toda potencia para ganar altura.

—Muppet Dos para Muppet Uno. Te copio fuerte y claro. Adelante.

—No, cono. No digas adelante. Nunca digas eso. Se due over. Así transmiten los rangers. ¿No te das cuenta? Over.

—Pero, cono, Rene, ¿que cono somos? ¿Muppets o rangers?

—Manten el micrófono, no lo dejes caer. Así. Fíjate lo que te digo. Somos muppets pero rangers. Over.

—Muppets pero rangers.

—Unos muppets del carajo. Los mejores muppets del mundo.

—Los mejores del mundo.

—A ver, vamos. A empezar. Este es Muppet Uno para Muppet Dos. Muppet Uno para Muppet Dos. Over.

—Muppet Dos para Muppet Uno. Te copio fuerte y claro. Over.

Es el momento. Uno lo sabe. Aprovechará ahora para desarrollar una secuencia de invectivas y poner en crisis tu capacidad de resistir nostalgia. Transmitirá, por ejemplo, que su servicio de Inteligencia ha detectado la infidelidad de tu esposa, o de tu novia, o de cualquier amigo. Te estarás jugando el pellejo en el Angolín, pero ella se divierte de lo lindo en La Habana. Ya tiene el nombre. Al tipo le dicen Machete. Y es triguero y de ojos verdes y fornido cantida, y con pico de oro. "Tremenda labia que tiene, ¿copiaste, Muppet Dos? Over." Exactamente nada de lo que tu eres, no gozas de uno solo de esos atributos. Y ella está "bobita" con ese desalmado.

Si tienes una casa, o un automóvil, hasta una miserable aunque loguenda máquina de escribir Smith Corona, un incendio los acaba de destruir, o las rafagas de 240 kilómetros de un huracán han dado cuenta de ellos. Todas las propiedades, devoradas por el mismo siniestro, aniquiladas por el mismo meteoro.

La información que se está brindando es objetiva. Está probado, asegura, que sus servicios —el celebre, el legendario Muppet-aga— son infalibles. Y si el Muppet-aga te la ofrece es porque confía en ti y en tu capacidad de recuperación moral y porque a lo mejor un día, quizá un día

que nunca llegue, el Muppet-KGB requerirá que le devuelvas el favor. Hasta ese día considera el servicio como un regalo.

—¿Un regalo con qué motivo, Muppet Uno? *Over.*

—El motivo es que estamos aquí. Por lo jodido que estamos. ¿Estás copiando? *Over.*

—Te copio. Fuerte y claro te copio. *Over.*

—Porque en cualquier momento Savimbi nos suena un cohetazo. *Over.*

—El cabrón nos suena un cohetazo. *Over.*

—Savimbi en persona. En vivo y en directo. Y ya tu veras lo que es un piano tirado de un décimo piso. *Over.*

—Un décimo piso. *Over.*

—Con la variante de que estamos adentro del piano. *Over.*

—Adentro del cabrón piano. *Over.*

—Es lo que estamos celebrando, Muppet Dos. Por eso el regalo. *Over.*

—Una mierda. Una cabronada. Todo es una mierda y una cabronada. *Over.*

—El regalo del inmutable Muppet-KGB. ¿Copiaste? *Over.*

Lleva la mano izquierda libre, y unos trazos rápidos de nubes blancas y nubes grises, y doradas cuando se exponen al sol, cruzan a la distancia de la mano, y el es un gigante noble y desesperado y va a hacer todo lo posible por no cumplir 30 años de edad, y además de llevar la mano libre y de nunca peinar esos obstinados rizos mal aplacados por el corte de reglamento, va a hacer de todo, el hombre orquesta, en un filme documental que nunca se exhibirá pero que en nuestros sueños, los inmortales y gloriosos sueños en voz alta de todo corresponsal de guerra que se respete y que leyó a Ernie Pyle y envidia la gloria irrecuperable de Robert Capa y tiene una copia en video de *La tierra española*, será la obra esplendorosa exhibida en premier por la televisión cubana y que se llama, Rene, síjate, vamos a ponerle el mismo nombre de la operación, *Operación Olivo*, barbaro, Rene, la parti-

mos. Ahora si la partimos. La película que nadie verá nunca. Material secreto. El Rene no acaba de entender, si lo tienen allí con una Harrillex, es para el registro filmico de Olivo. Las bovedas de Estudios Cinematográficos y de Television de las *ta*, nombre oficial de lo que uno conoce como la Filmica y que el Rene reconoce como Las Bovedas de la Aspiración del Futuro, guardaran este otro trozo de esta otra epopeya para la eventual información o hipotético disfrute de otras generaciones. El fondo epico se mantiene.

Mas la estrategia del Rene, por lo pronto, es adularlo y oírle los cuentos a uno e ir tanteando con bromas y comprobar hasta dónde hay resistencia y ayudar con la limpieza del AKM y tomarle fotografías a uno con el uniforme de estreno y el AKM en bandolera y uno lo sabe y lo deja, y soporta las bromas, porque son miles de horas de vuelo las que uno tiene en bitácora, haciendo y recibiendo, y lo primero que ocurre en esta linea de conducta es que uno le recoge el guante y le demuestra en los primeros lances que es uno el que está por encima y el que tiene para enseñarle, y le enseña que el mejor antidoto contra las bromas es embromarse uno mismo desde el principio, para que te dejen por incorregible y se te alien de inmediato, o iniciar el reclutamiento con el objeto de embromar a otros, eso en cuanto a la jodedera, que es como se les llama a las bromas realmente, porque, en cuanto a la adulación, que es por lo pronto su esencial linea de trabajo, uno sabe que se ha trazado su objetivo y es integrarlo a uno al tema del documental, para que la Fuerza de Tarea salga adelante con su formidable y nunca antes visto proyecto de filmación de guerra, y uno se entusiasma, la verdad, porque la verdad es que el muy cabron tiene razon en lo que te está diciendo, que ya uno es un veterano y eso es hermoso y admirable, y uno estuvo en el Escambray y ahora está aquí y, verdad, Rene, es cierto, tú ves, mi generacion se logueo, como tu dices, en los mas hermosos combates, verdad, compadre, Barbaro, Barhansimo.

Es el momento en que no se descubre ninguna señal, ni

un solo bengalazo de advertencia. Nada predice que unos años después, cuando se monte en ese Illushin-18 que debió llevarlo a Nicaragua para mantenerse en la competencia contra uno y queriendo patentizar bajo su registro todas las campañas de los años ochenta, cometerá un acto de desobediencia con el Mando Superior de sus borders y con todos los muppets y rangers del mundo. A partir de entonces uno apretará siempre los puños indignado con el hasta la muerte por irse a donde no se le autorizó y porque uno sabe exactamente como ocurrió y que poco importa que se hubiera sentado en la cola pese a lo que el decía con su sorna habitual de lo que establecen las estadísticas, de que es el único sitio donde quedan sobrevivientes, porque no hay cola ni ningún espacio de salvación cuando un Ill-18 con la carga mal estibada traba los controles del timón de cola y le entra de nariz a la tierra a 900 kilómetros por hora. Las evidencias de su desobediente presencia en ese apretado e inextricable holocausto del 19 de enero de 1984 fueron 3 metros de cinta de video y una banda desmuculada de su espalda colgando sobre los ramajes petrificados de una mata de limón, más su carne plastificado de los filmicos, más la caja de su Nikon de 35 milímetros rodando entre los escombros y barnizada de sangre —la caja desprovista del lente, pero con el mecanismo intacto.

La expansión de combustible en absolución se elevó medio kilómetro en una manana de techo bajo y lluvioso, y la historia aquella de Robert Capa en el camino de Thai Binh el 24 de mayo de 1954, cuando dijo *I'm going up the road, look for me when you drive up* y descendió del jeep y el chofer nativo y los otros dos corresponsales yanquis asintieron aunque aun no se percataran de que habían escuchado unas auténticas y definitivas últimas palabras pronunciadas en los arrozales de un territorio aun identificable como Indochina y tres días después Hemingway diciendo en Madrid el porcentaje se llevó a Capa, la vieja puta se lo llevó, mala suerte, especialmente mala para Capa, tiene su analogía cuando uno calcula el volumen de

porcentaje que el Rene recibió. El porcentaje estuvo implícito para Capa en el hecho de que decidiera que desde aquella altura podía lograr un buen ángulo y que para llegar allí tuviera que andar un trecho donde una mina antipersonal estaba desesperada por activarse, que es donde plantó la bota. Estuvo implícito para el Rene en una carga mal estibada y en que acababan de despegar y en que el techo estaba bajo y en que los tanques estaban *full* de combustible. El primer vuelo a Managua de un Ill-18 de Cubana de Aviación. Una máquina nueva, todavía con los emblemas de Aerollos. La vieja puta se lo llevó. Mala suerte. Especialmente mala para el Rene.

—Imaginate dentro de unos añitos, Muppet Uno. Imagínatelo. Uno con el pecho doblado por las medallas y con la guayabera acartonada y amarillenta y manchada de cale y de las venizas de un tabaco mal torcido y dúctil como un alambre de percha. Imagínatelo.

—Nada que imaginarse, Muppet Dos.

—Imagínatelo. Oyeme. Uno dándose balance en un sillón de mimbre y haciendo todos los cuentos que se le ocurren.

—Nada que imaginarse, Muppet Dos. Eso que estás proyectando es un veterano mambi. Y sus sillones son de caoba, no de mimbre. La diferencia de los materiales es notable, Muppet Dos.

—Uno dirigiéndose a un auditorio de muchachos a los que uno les cuenta como fue la captura del maldito Jonas Savimbi. Imagínate eso.

—Ni sillón ni guayabera ni tabaco, Muppet Dos. Tu vas a ver. Nosotros seremos veteranos de otro estilo. Con jeans y camisetas verdeolivo y cigarrillos rubios con filtro y las sudadas chapillas de identificación aun en el cuello. Tu vas a ver. Veteranos de las guerras del Fin del Mundo.

El helicóptero está descendiendo en cerrados círculos sobre la pista de tierra roja y encharcada de Camacupa. El teniente coronel Rafael Rosa Mompie, que es el asesor cubano, y el primer teniente Marques da Silva, el nuevo jefe angulano de brigada, son visibles a través de la esco-

tilla. Es una visión empañada de dos oficiales que esperan con las manos en la cintura. Trajeron un mtr-152 y los dos jeep de cuatro puertas del Estado Mayor de la brigada. El mtr se mantendrá en la pista, para protección del Mi-8. El ruido es perceptible ahora. Y el campanario de ladrillos es visible en la bruma del altiplano, sobre los techos de las casas portuguesas de Camacupa. Mompé informa. Primero: felicitaciones por haber venido en helicóptero y no por carretera. Dos muchachos angolanos procedentes de Bie acaban de contactar una mina con una moto Jawa. A uno le vació la mitad del estomago y le despelljó y abrió las costillas, todavía agoniza; al otro, la mandíbula y una pierna. Las campanas llaman porque los kwachas secuestraron al cura de Camacupa. La mina era anticarro. Pero es raro, dice. Una moto no tiene peso suficiente para activar un ingenio anticarro. A no ser, calcula, que la presión fuera ejercida por la velocidad de la Jawa. El teniente coronel viste con su uniforme FAPLA y con un chaleco de combate sin mangas y con un AKM de culatín plegable y con una ajustada pechera de magazines. Esta sin afeitarse y sus manos son terrosas, y a uno no le parece que sea un hombre feliz.

La travesía en Mi-8 de Bie a Camacupa fue a 300 metros sobre el nivel del suelo a la velocidad de crucero de 220 kilómetros por hora. La máquina corrió 100 metros con sus cuatro neumáticos después de pegar sobre una pista ablandada por la lluvia y se detuvo frente a los dos jeep y el mtr-152 del comité de recepción mientras las campanas doblaban, y uno las escucho por encima del sesgar de las aspas cuando se extinguió el último decibel de la potencia del rotor principal y siguieron doblando y doblaron todo el tiempo que duró la reunión del Estado Mayor de una brigada de Lucha Contra Bandidos dislocada en Camacupa, uno de los municipios sitiados por los kwachas hoy 17 de noviembre de 1981.

El uniforme era nuevo y el AKM tenía grasa de conservación y las cosas eran pulidas y acartonadas y uno se tela antes de tiempo o cuando, al parecer, no existía razón. Uno mariposeaba por afuera y esperaba que lo llamaran para que se integrara, pero la llamada quedaba en suspenso y la necesidad de ser integrado se suplía por una dosis de envidia que se encubría bajo el apelativo de vana envidia y que venía a ser lo mismo, todo lo mismo, mientras uno sabía que, de nuevo, habría que someterse a prueba.

Para empezar uno probaba con un par de anécdotas del Escambray y creía que manejaba con habilidad la alusión personal mediante la cual uno se incluía en el relato en el que se producía la cantidad de tiros y muertos suficientes como para acrecentar la presencia en aquel combate en el que se desorejó a la gente de Adalberto Mender Esquijarrosa, El Quijá. Y lo que lograba era un silencio alrededor, un vacío del carajo, peor que uno de esos huecos negros del espacio sideral. Uno carraspeaba cuando terminaba, igual que en las películas cuando en la escena cómica el personaje no sabe dónde meterse después de una inconveniencia. Y lo que uno quería, es una confesión, era que uno de los huecos negros apareciera, si de verdad existían, se lo chupara y lo disolviera, aunque si lo pensaba bien le convendría más que hubiera disuelto a uno o dos de aquellos bravos, o a todos juntos, que se creían los mejores de la historia del comunismo internacional, los mas osos del mundo, y que seguían con la vista clavada en uno y a los que no había manera de doblegar.

Todavía había que gastar muchas horas/alga en los helicópteros y que se te cayeran por lo menos dos botones del uniforme y que se te estrujara y enfangara para que el pulimento de fábrica y el celofán se borraran y —al fin— verte aceptado, y que ahora, horita, compa, o broder, o como tu quieras, estaremos saliendo para Matala, o Jamba, o Menongue, donde la candela está sabrosa, oye, así que dale, ven con nosotros, y guapo ahí, broder, que esto está del carajo, oye, te falta un botón, en la manga, oye, está el tiempo cabrón, a lo mejor no podemos ni despegar, y uno sonríe y hasta afirma que sí, que cómo no se va a poder despegar, uno que no es piloto ni meteorólogo ni un carijo y convencido como está de que se van a despegar, que si llegan al final de la pista es un milagro, que se les va a ir un motor, que los va a ensartar un cohete Flecha soviético capturado a las FAPLA por la UNITA o un Redeye suministrado por el Pentágono, que no van a poder ni recoger tren, y oye, buena gente, ¿te acuerdas del otro día aterrizando en Huambo? Ah, ya estás compartiendo los recuerdos. Ahí es cuando el lenguaje comienza su proceso de ajuste con la experiencia, su agolpamiento —porque es una experiencia de campaña auténtica y porque nada ahí puede ni debe ser terso—, y la razón para que después en la escritura fluya como a pedradas, si es que a eso se le puede llamar fluir, y es por fin un lenguaje como debe serlo o por lo menos como es y las palabras que se olviden se colgaran de donde uno pueda o donde quepan, y uno disfruta la mierda que es posible disfrutar aquí y dedica toda una noche al imposible de enhebrar una aguja para coser un maldito botón plástico de una manga de uniforme de camuflaje al que no le cabe un milímetro cubito más de churre. Al cabrón uniforme. Tu entiendes

Más lo que uno sabe a estas alturas es que ya se las sabe todas y que la potencia de los sustos decrece en relación con el aumento del nivel de, dilo, hastio, o por lo menos de un conocimiento cabal de la escena que tendrá lugar a continuación en este helicóptero sobre el río

Angola. O en la barriga del An-26 que trepa en espiral sobre el campo para eludir los cohetes termicos. O en la cabina de un transportador blindado BTR-152 que marcha pesado e indolente sobre un terreno en el que alguna mina tiene que estar esperándolo y que es la clase de máquina a la que se le llama yacare como a los cocodrilos africanos y que tiene la prestancia del vehículo artillado que tripulaban los desarraigados bolcheviques que viste en la fotografía de la Revolución de octubre, erizado de fusiles con bayonetas caladas, y las planchas de acero y las troneras, y que es un yacare diferente a su abuelo de San Petersburgo porque tiene una ametralladora del 12.7 sobre el techo de la cabina, y que suele ser de un gris mate, sin partes esmaltadas, igual que los helicópteros cuando los entregan de fábrica, procedente todo de una misma y sostenida producción belica.

Pero el hastio —¿hastio?—, el hastio, cojones, el aterille, te enaltece porque significa que estás fogueado, curado en la sal de los combates. Y lo que haces ahora es cogerla con los melones, que no existe cosa que ofenda más a los tripulantes de los Mi-8 que llamen así a sus atribuladas, mas bien acribilladas máquinas. Sus cribas de máquinas. En cambio, los tripulantes de An-26 tienen reserva de humor suficiente para permitir que sus ofuscados turboreactores sean conocidos como chipojos. No obstante, si una cosa es cierta, es que nada se parece más a un melón flotando en el aire que un Mi-8. Uno de cualquier manera les agradece el contacto con una experiencia: saber que son los sustitutos de los Mi-4. El renacimiento del parque de helicópteros en las FAR es una de las mejores oportunidades de comprobación de las aguas que uno ha visto correr.

Bien, oká, René, el cuento fue el siguiente. Del agua que uno ha visto correr, esto es, el contenido de una cantimplora. Tomas había capturado a los hermanos Sana bria, mas el nivel de encabronamiento se mantenía en la forma prevista para esta contingencia de que el cabecilla de la banda se escape. Eran de la gente de El Quija. Unos

malditos. Y era el primer día de uno en el LCU. Comienzan a interrogar a los Sanabria en la antigua cárcel de Yaguajay. No soltaban prenda. Estaban húmedos todavía. Recién capturados en un riachuelo pegado a Meneses y como no había otra cosa que preguntarles puesto que estaba claro que no les era dado decir el rumbo del personaje que hasta hace un rato era su jefe y mientras uno pensaba que no importaba su disposición a colaborar porque lo que todos sabían allí, tanto del lado de la Revolución como del otro, era que el tipo se había escapado a caballo, no hacía un par de horas de eso, el comandante dio por concluida la sesión de interrogatorio operativo.

Cuando levantó la vista lo primero que tuvo enfrente fue al miembro de más reciente ingreso en su tropa, fácilmente identificable porque era el único con espejuelos y quizá por las orejas que, en el futuro, le servirían al mismo comandante para decir que el periodista parecía que tenía la cabeza entre parentesis, y porque se gastaba la pistola más reluciente y mejor enfundada de toda la campaña. Uno todavía se acuerda del 120 240, el número de serie del fabricante. Una Super Colt 38. Y era el primer corresponsal de guerra en toda Cuba acreditado en la lucha contra bandidos, y fue al que el comandante Menéndez Tomashevich le dijo:

—Periodista. Tú mismo. Tú.

Es con uno, penso uno.

—Interroga al cabrón este.

Quiere que lo entreviste, penso uno.

—A ver si habla ahora. Preguntale ahí.

El bautismo de fuego.

—Dale, periodista. Interrógalo ahí. Y tú, a ver si hablas ahora. Cabrón. Tienes 10 minutos de libertad de prensa.

La primera pregunta establecida, uno siempre lo ha pensado, estaba dentro de los cánones del periodismo objetivo de tendencia revolucionaria y realmente lo que uno quería era empezar por el principio, saber que lo había empujado al bando de los enemigos del pueblo, de ahí que la pregunta satisficiera el concepto de lo que aquel

corresponsal entendía que debía ser el inicio de una encuesta que lo conduciría al conocimiento cabal. En fin, uno le preguntó a aquel hombre, aturdido por el aturdimiento que causa el haber librado por un mes si acaso del enfrentamiento con un pelotón, que cuál era su parecer sobre una de las leyes fundamentales del proceso.

—Para empezar —dijo uno—, quisiéramos saber la opinión que usted tiene acerca de la reforma agraria. Su opinión sincera.

El teniente coronel Figueroa es el jefe de Armamento de la Operación Olivo y es el que le llama la atención a uno sobre los niños que deambulan por las calles heladas de Cuito Viejo. "Qué clase de hambre pasan esos negritos, chico. Me dan una lastima que me parten el corazón." Uno estima que el armero es de la clase de hombres que tienen el corazón blindado y no se imagina como se le puede partir, pero el rostro compungido y las observaciones causan un doble efecto por la recta personalidad que las emite.

Los oficiales de Contrainteligencia permanecían inflexibles: prohibido regalarles latas de conserva, ni ningún tipo de alimento, y mucho menos dejarles entrar a las cocinas. Uno, porque no hay mucho que dar. Dos, porque en Huambo, con esa gracia, uno de esos niños adiestrados por la UNTA acaba de volar el edificio de 10 plantas que se acondicionaba para el Puesto de Mando de Comunicaciones. El teniente coronel Barrera, el contrainteligentista, lo decía: "El ser social condiciona la conciencia social, caballeros." Y a uno le impresionaba de inmediato esa forma de expresarse y guardaba un silencio tan espeso que podía cortarse con un cuchillo, y el jefe comentaba que es del carajo cuando alguien comienza un regalo con un versículo extraído del marxismo.

—Y si ese cabrón ser social —dice Barrera— es el que condiciona la aún más cabrona conciencia social, que mas le da a uno de esos chamitos aceptarte una lata de sardinas y echarle una sonrisita y luego sembrarte el plástico y volarte una unidad completa. ¿Que mas le da?

Acto seguido uno ponía a trabajar una considerable cantidad de materia gris para identificar al autor de la frase del silencio y el cuchillo mientras uno escuchaba al jefe reanagando, y uno le conocía ya lo suficiente como para saber que estaba a punto de preguntar que por que como no acababan de coger preso al ser social ese que podía tanto nuestros postulados, y uno también se conocía lo suficiente a uno mismo como para saber que el motivo de aquella angustia que de pronto lo dominaba era saberse en la frontera del plagio y cabrón porque la frase no era de uno y ni siquiera sabía a ciencia cierta quien era propietario de su derecho de autor, y era una lastima, porque sonaba bien, aunque si le daba un poco de taller, con determinimiento, le estaba pareciendo mas bien empalagosa. Si. Que carajo. ¿Quien ha visto un cuchillo cortando una bola de silencio como si fuera un queso o la carpa de un circo?

Y es cuando uno comprende que pertenece a un ejercito de cuarentones, lo que al jefe le ha dado por llamar el maldito ejercito de viejos huesones, que es cuando a uno se le ocurre algo que puede ser uno de los mil proyectos de sapido engasetamiento y que se llamara *El ejercito de la nostalgia*, y uno sabe de inmediato que esa novela tan voluminosa y tan bien estructurada y tan necesaria y con tan ahrumador exito de critica nunca sera escrita, pero uno queda conforme con el titulo y le sirve de ilusion para diferenciarse del resto de la tropa por lo menos durante media mañana mientras Barrera pontifica: el ser social y la conciencia social son los culpables de que uno no pueda regalar una lata de sardinas.

Son los altos oficiales y deben predicar con el ejemplo y controlar sentimentalismos y pendejadas. Esto no ocurría en el Escambray, ni ocurre ahora con los muchachos del personal de apoyo de Olivo. Pero cada uno de los asesores tiene una casita en Cuba, una familia, y por lo menos un par de muchachos con el mismo apellido. Tenemos.

Avieran explicables la angustia y los extensos momentos de silencio de los asesores de Lucha Contra Bandidos,

acostados en las literas con las cartas de letras inseguras que muchas veces comenzaban con un Papa, o cuando las letras se hacian mas adolescentes con un Viejuco, a diferencia de las barracas de los muchachos de apoyo y de sus risotadas y bromas y sus inventos y de que Barrera saliera disparado hacia alla porque son unos irresponsables y el no recuerda, lo asegura, que en su epoca uno fuera así y que tal parece que estos cabrones no se dan cuenta de donde están y vamos a ver si se tranquilizan y si guardan un poco de silencio, que uno tiene que descansar. ¿Quien se esta riendo hajito por ahí? Faltas de respeto yo no voy a admitir aqui. No lo permito ni como hombre ni como oficial de las Fuerzas Armadas. ¿Me están oyendo?

Hombre practico y de gruesas manos, el teniente coronel Figueroa, el armero, acepta la decision aunque se disponga a envejecer aun mas ante el espectáculo del hambre de no se sabe cuantos niños que ni siquiera se parecen a sus hijos. Es un tipo fornido y formidable y de barba dura e inafeitable y con el severo rostro que corresponde al tipo que administra el arsenal y que es el que dice, a su compañía le puedo proporcionar un am-7 de ultima remesa. Uno agradecerá siempre el AKM con que lo sirvió. Dijo que estaba ofreciendo una cosa especial. Uno considero que era el estribillo que acostumbraba a soltar.

Pero tenía razón. Era un AKM, soviético legítimo (fabricado en 1960, según la inscripcion en la recámara, que se podía calcular había sido destinado a los primeros destacamentos de paracaidistas o de fuerzas especiales del Pacto de Varsovia, armados desde entonces con el mejor fusil de asalto de la historia, y que resultaba un poco mas pesado que los otros que circulaban en Olivo. Figueroa tuvo la honestidad de decirlo y menciona los gramos de sobrepeso y explico que ello era el resultado de que el revestimiento era de madera y no plástico, como los modelos vulgares de uso corriente en Olivo, y que la dotacion de pernos y municiones —el modulo, como uno aprendio

a llamaillo— era también metálica, no plástica.

Meses más tarde, sobreviviente de otra guerra, Figueroa regresará a La Habana y pedirá su licenciamiento para dedicarse a un pequeño negocio por cuenta propia: tirar placas de cemento para techos de viviendas particulares y cobrar de 2 a 3 000 pesos por obra. Pasará a la reserva hasta que vuelva a ser necesario. Y uno se enterará de esto casi en el mismo momento en que la Revolución inicia una ofensiva contra los negocios por cuenta propia. Uno deseará entonces que el combatiente revolucionario logre despojarse del animal de presa capitalista y salir ileso del *slump* ideológico. En fin, que libre, como se dice cuando un compañero tiene barretín, que es a su vez como se dice cuando un compañero tiene su contradicción o alguna clase de dificultad con el Mando.

Así que era un hombre con un almacén y respondía al código del giro y tenía los brazos velludos y su problema era que uno firmara el vale de arma recibida y que cuando terminara la misión el número de serie coincidiera con el arma que puso a tu disposición, por lo que podía desentenderse de la ceremonia íntima que uno organiza cuando te pasa el hierro de culatín plegable y el módulo completo de municiones y piensas, bien, lo recibo a nombre de mis compañeros heridos por la mina en el camino de Menongue a Cuchi, los cuatro cubanos, y por el muerto. Es el segundo fusil que te entrega la Revolución. Y lo recibes, sobre todo, por el cubano muerto, aunque todavía ignores su nombre, y por el compañero que perdió el pie y que aun cabeceaba bajo los efectos de la anestesia y no sabía que estaba mutilado cuando uno lo vio salir en camilla del salón. Bien, ustedes no están oyendo y quizá no lo sepan nunca, pero uno será digno de ustedes. Con este arma y el módulo de municiones uno dispone ahora de toda la dignidad del mundo. Una verdadera dignidad. La reconoces de inmediato por el familiar y agradable olor del aceite mineral y porque sabes del efectivo y rápido sistema de limpieza de campaña y porque tiene el volumen de fuego adecuado.



Los portugueses eligieron colonizar la aséptica llanura al suroeste de Menongue. El paisaje permanece inalterado en agosto de 1962. Pero se ofrece como escenario de una despiadada batalla.



Los rigores de una campaña de contrainsurgencia.



Dos grupos de combate FAPLA operan sin identificarse en las margenes del Longa. La tensión no cede.



La cinta de proyectiles en bandolera ajusta la clásica imagen revolucionaria. El tirador de la RPK procede de la etnia congo. Ascendidos en las selvas del norte angolano, se les llama gente de la floresta.



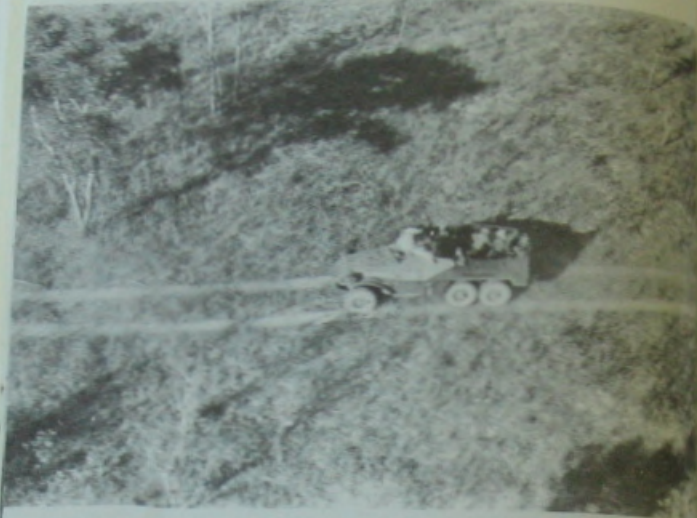
Estos hombres merecen descanso y atención médica. También, por su impetuosidad, una severa reprimenda de sus comisarios políticos. Integran la 36 Brigada PAPLA, que ha sido emboscada en la profundidad de Cuando-Cubango.



Un asesor cubano de la 36 Brigada FAPLA se reporta perdido.
Hay que encontrarlo, vivo o muerto.



Combatientes de las unidades regulares FAPLA y de la OCA
(milicias) operan contra la UNITA en la provincia norte del
Luassenza, noviembre de 1982.



Exploradores angolanos y cubanos tripulan un BTR-152 al suroeste de Menongue el 15 de junio de 1982.



Algunas ilusiones rotas. Estos hombres estaban dislocados a las 01:09 horas del domingo 7 de noviembre de 1982 en el borde delantero de la haza FAPLA de Baixo Longa cuando comprendieron que el ataque UNITA había comenzado.



En el borde delantero de la base RAPLA de Bajo-Lonja a las 13:30 horas del domingo 7 de noviembre de 1982



La tarde que Oms Tres regresa a casa. Cumplió una misión de búsqueda y aniquilamiento. El alférez del Cubango apacible y eterno busca el sur.



La brusca memoria del suplicio. El campo de exterminio UNITA radicaba en Cuito-Bié.



Aeropuerto de Menongue, 5 de noviembre de 1981. Tropas y medios sudafricanos y UNITA están concentrándose para la captura de Menongue. Tomashevich y el capitán FAPLA Higinio (con boina), asistidos por oficiales angolanos, soviéticos y cubanos, deciden.



Campamento de campaña FAPLA próximo al río Cueio durante las operaciones de defensa de Menongue y sus puentes de acceso en noviembre de 1981.



Margen del Cueque, 6 de noviembre de 1981. Aun esta mañana el prisionero participaba en el asalto al puente. El interrogatorio no ha comenzado.



Carretera de Menongue a Cuchi. 10.30 horas del 9 de noviembre de 1981. Uno de los transportadores blindados BTR-152 de la fuerza propia en misión de reconocimiento activa una mina antitanque reforzada con cabeza de cohetes PG-7. Se reportan bajas angolanas y cubanas.

—Seññ —murmuraba—, tengo molestia. En el pie izquierdo. Me duele ahí. Mucho.

—Vamos, mi amor —decía la enfermera y le ajustaba la sábanas por los bordes y le acariciaba la frente—. Yo sé que duele. Yo sé.

—Por supuesto —le explicaba a uno el capitán Aymerich, de Servicios Médicos—, el compañero aún está bajo los efectos de la anestesia.

—Seññ, ¿y por qué no me hacen aquí igual que en el pie derecho?

—Está más aliviado, ahí donde tú lo ves —siguió el capitán Aymerich aunque pasándole a uno el brazo por encima y alejándolo a una distancia conveniente de la cama—. Aun no sabe que se le practicó la amputación.

—Seññ, ¿que me hicieron que ya no me duele? En el derecho. ¿Qué me inyectaron?

—Vamos. Mi amor. Aguanta un poco. Un poquito más. Aguanta. Tú vas a ver. Ya te vas a poner bien.

—Tiene una edad difícil para la prótesis. Por supuesto, la adaptación es menos traumatizante en la infancia.

El beso en la recámara del AKM se produce ante la mirada remota y el encogimiento de hombros de Figuera, aunque uno percibe que está perdonando el gesto porque uno cumple con la costumbre de los años sesenta cubanos, cuando los camiones Gaz-69 soviéticos de estreno llegaban a cualquier cuartón de la montaña y se reunía la gente y empezábamos a abrir las cajas con las Ppsha y los M 52 todavía en grasa de preservación y declamamos, menos la infundistas y dirigentes de sectas religiosas se puede inscribir todo el pueblo, y uno se está reestrenando como guerrero y hace apenas tres días estuvo en la base hospitalaria de Luanda y conversó con los compañeros de la mina y conoció al negro Eduardo Rene, el obrero azucarero de Pinar del Río, abrasado el pecho y su cuello por el mismo fuego que calcinó el blindaje de un BTR-152, y a partir de entonces uno desea un encuentro especial con el alférez LITA Augusto Jacinto, que fue el jefe de la brigada de sabotaje BATE que colocó la mina en el camino de

Menongue a Cuchi y del que uno conserva, todavía hoy su brevísimo *Quo Vadis*... Angola. No su tamaño de bote llo impreso en París con el sonriente retrato de Savimbi con bota y las manos cruzadas en la página 14, ocupado por la Seguridad en el registro de un quinibo en los accesos de Menongue del que Augusto Jacinto escapó por un pelo. A lo mejor un día uno se lo encuentra por Lisboa o Nueva York, de embajador o de funcionario o de votero de la UNITA.

Así que al segundo día de estancia en Luanda uno estuvo en la base hospitalaria para ver a los compañeros que habían volado con el Bix-152 y estaba forzando lo que Tomas planteaba de que uno se aclimatara, y el cubano talia de la camilla aun bajo los efectos de la anestesia y le decía a la enfermera, le murmuraba, seño, por que no me hacen en el pie izquierdo lo mismo que en el derecho, que ya no me duele, el izquierdo me duele mucho, seño, sin saber, por supuesto, que estaba amputado, y el médico Aymerich explicando que esa es la edad difícil para la prótesis porque cuando se es niño es más fácil para la adaptación, y la enfermera se llamaba Maria, como correspondía a una cubana que es bondadosa y dulce y que sabe que no se pertenece por que es de todos nosotros como la más bondadosa y dulce de las Marias, y el cubano era Tito, a secas, y había el pulido olor de los desinfectantes y del aire acondicionado y el silencio de los cubanos heridos colocados como piezas y sus miradas silenciosas siguiendo a uno y la permanente sonrisa de las enfermeras.

El silencio y la asepsia de la base hospitalaria de Luanda es el segundo escalon de conocimiento para Eduardo René López Salazarria después del estallido que provoca el paje de las gomas gemelas traberas de un Bix-152. Lo que el teniente coronel Juhier, que era el jefe de la tripulación, le dijo era que había un bache en la carretera y que se desviara un poco por el burde. A la derecha. Por donde los neumáticos estaban marcados. Correcto. Llevaba una lenta marcha de exploración y si dijo que pararan fue porque se abría bajo los pies y porque había visto

el surtidor de tierra o lo que creyó que era tierra y que en realidad eran trozos incandescentes de blindaje, y dijo que pararan porque eso, no supo que, se abrió bajo los pies y después, dice, no se acuerda de nada, de nada más, y cree que si, que en algún momento oyó el motor del avión y que vio una sahana blanca y cuando escuchó las voces le pusieron en la boca el borde de cristal de un vaso limpio y frío y le sostenían la cabeza y oyó la voz de una mujer y se puso a bromear porque estaba entusado de vendas y con las articulaciones cerradas y como con un sudario de muerte, y trata de bromear cuando uno lo visita en la base hospitalaria porque trata de compararse con una momia y es lo suficiente patriota como para mantenerse entero ante las preguntas de alguien que ha sido presentado como un compañero periodista y decir que lo único que quiere es curarse, que lo curen, para sentirse sano. Y poder regresar a la línea.

La investidura con el uniforme de camuflaje tiene otro talante porque ocurre con los infatigables camaradas de armas del Servicio de Retaguardia de la operación: los retaguardietos. Esto tiene que ver con el capitán Víctor y el primer teniente Orlando, al que llamamos El Gordo, y con el capitán Remigio, el Mayor Cito, llamado así por la estatura y al que se conocía como Capitán Vulao en los primeros tiempos de Olivo. Todo el tiempo esperando a que lo ascendieran. Sabíamos que el ascenso estaba al caer. Nada más que esperando ese momento para comenzar a llamarlo el Mayor Cito. Y son unos tipos alegres y lo quieren proveer a uno con un uniforme a la medida, cosa que desgraciadamente casi nunca logran, pero se comprometen en el esfuerzo como unos orgullosos padres preparando al muchacho para el primer día de clases.

Y al principio del esfuerzo y con una estrecha guerrera de camuflaje y el pantalón bombacho cuatro o cinco tallas por encima de la requerida, es como si fueras Charles Chaplin en las *zaptas*, con la misma melancolía de huérfano de aquel hombre que, a uno se le ocurre ahora, tendría

la estatura del Mayor Cito. Hasta que el pantalón ajusta y los botones pueden actuar y las ligas de los bombachos cierran al nivel de las botas y va siendo, en rigor, un uniforme de lona para gastar en los vivaqueos y el combate y el trasiego de los B7C y los An-26. Fuerte y con dobles costuras, con los dos cómodos bolsillos frontales de la guerrera y los dos laterales del pantalón y con el único adorno aceptado por los combatientes cubanos, las charreteras; y ahí están, ahí tienes, las botas negras de infantería y la gorra de lona y la canana con la pistola a la cintura. Y ahora crees algo. Puedes creerlo con cierto grado de aproximación. Lo más íntimo del mundo y lo que nunca confesarás. Que comienzas a parecerte a lo que siempre has querido ser. Una intelectualizada mezcla de campaña de Ernesto Che Guevara con Norberto Fuentes. Si uno estaba perfeccionando el sueño de su propia imagen y evaluaba la posibilidad de incorporar los arquetipos del Robert Jordan de *Por quien doblan las campanas* y del William Holden de *El puente sobre el río Kwai*, era sabiendas de que en el desolado Cuito-Bie no habría más admiradores para uno mismo que uno mismo. Uno es un tipo demode, decididamente. ¡Miren la película que estaba recordando!

Así que los reaguardieros eran unos tipos alegres, y Víctor, un aspirante a poeta bajo la mirada benevolente a veces, y casi siempre aprobatoria, de su jefe, el Mayor Cito, y uno ya sabía que la condición de escritor le aseguraba las mejores mantas y la reserva ocasional de ron o de carne enlatada y de coctel de frutas, y que, por supuesto, las poesías que uno debía escuchar en aquellas noches de almacén, entre cajas de ropa y el musgo de las botas y el olor a tasajo y a carne salada, se referían a novias sin nombre, y en las cuales el poeta era siempre un héroe invicto del amor que mordía la piel y la profundidad de la piel y lo más hondo del ser en aquella impetuosa descarga poética llena de giros humedecidos y con senos que aparecían firmes y siempre mordidos en un recital de obra poética inédita que concluía siempre con la pregun-

ta de que le había parecido a uno esto o aquello y que si uno se había llevado como el daba a entender que le había mordido la zona más oscura y puntiaguda de sus urgentes senos, que uno se imaginaba que era una alusión a los pezones, y que los había mordido, aunque sin decirlo en el poema, allí, donde habían quedado las marcas de los nacares deseosos y muy lucos y ávidos, a lo que uno regularmente respondía con un barbaro, Víctor, la partiste, a lo que el respondía con la ancha, limpia y satisfecha sonrisa de sus perfectos dientes nacarados.

—Es una poesía libre, ¿te das cuenta?

—Me la doy, Víctor. La verdad.

—El problema es decir lo que uno siente, lo que uno lleva por dentro, ¿te das cuenta?

—Me la doy, Sí.

—Te parece bien entonces.

—Barbaro, Víctor, de verdad que la partiste.

La partiste no tenía ninguna etimología sexual. Suele referirse entre cubanos a que uno ha hecho lo debido, pero con algunos rasgos de excelencia. La referencia era al poema.

—¿Tu viste la parte esa en que doy a entender que ella está de espaldas y la luz está apagada pero que yo presiento su presencia? ¿Viste esa parte? ¿Captaste?

—Es lo que tú dices, decir lo que uno siente. Yo no sé un carajo de poesía, Victorino. Pero lo que sí sé es que ahí está lo que tú sientes.

—¿Verdad?

—De verdad, compadre. Eso es lo que te puedo decir.

—¿Te gusta Vallejo?

—Don Vítico, no te pongas bravo. Pero de lo único que me acuerdo es de un verso, le dieron duro con un palo y con una sogá. ¿Es de Vallejo, no?

—Vallejo sí era un caballo.

Estaba ofreciendo la máxima calificación en la escala de valores nacional.

—Tú no te pongas bravo, pero si yo hubiera dicho en la Universidad que lo único que he leído es un poema de

Whitman, ni siquiera completo, no me dan la licenciatura. Me hubieran licenciado, pero de otra manera. Ouf, usted está expulsado.

—Me canto y me celebro a mi mismo, cará, Whitman. Eso se merece un brindis aquí, padre. Un brindis oyendo llover en Cuito-Bié. En este almacén de mierda. Creo que tengo otra hotellita escondida por ahí. Lo que era esta, se acaba. Ove lo que te digo, padre. Ahora vamos a brindar por Whitman y después por Vallejo.

—Vamos a brindar por el gallo ese al que le daban duro con un palo y con una soga. Anda, Vitriolillo. Ése era un infeliz. Piensa en los sogazos que le daban.

—No. Oyeme. Tu vas a ver que par de brindis más enojados vamos a hacer.

—Imaginate al viejo Walt, el hermano Walt, vestido de fraile aquí en Cuito-Bié. Imagínatelo, Víctor. Y Tómalo a tiro con el. Porque anda con barba y no acata el reglamento y porque anda por ahí recogiendo margaritas y deja el fusil olvidado por cualquier lado. Me lo estoy imaginando, a Tomas, diciendo con tremendo encabrunamiento, cojanme preso a ese viejo conmierda y déntelo duro con un palo y con una soga.

—Te tienes que leer a Vallejo, padre. Oyeme lo que te digo. Ése es un caballo.

—Coño, Don Vito Corleone. Figurate tu. Yo no sé nada de poesía.

—Fue par de cabrones estan muertos. Pero los estamos invocando aquí, en las puertas de las Tierras del Fin del Mundo. Tu vas a ver que clase de brindis va a ser.

—De verdad que yo no sé ni cojones de poesía, pero eso que acabas de decir ahora por qué no lo escribes. Esta bonito eso, compadre. Con Whitman y Vallejo en las Tierras del Fin del Mundo.

—No. Déjame explicarte. Lo mío es el amor. A eso es a lo que yo le meto hien. No, compadre, la cosa esa de los muertos no me gusta para escribir. Yo brindo por ellos pero no los escribo. Lo mío es el amor y los sonetos. Los sonetos se me dan muy bien, la verdad.

Lo malo era que quitaban la luz. En Menongue, con toda puntualidad, se iba a las 11 de la noche, eso si la cuita no había saboteado la planta o tumbado los postes. En Cuito-Bié a veces la dejaban hasta la madrugada. All night long. La escasez de energía conspiraba contra las sesiones poéticas de Cuito-Bié. Pero lo que estará fresco para siempre en la memoria era la llegada —en cualquier lugar del tora Angola que el correspondal se deslocara— del T-203 con la remesa de un excelente papel bond que uno no podía imaginarse de donde Víctor lo sacaba en aquel país devastado por la guerra y los mazos de lapices Mirado y las cintas de máquina de dos colores y las perqueñas pero succulentas en aquellas condiciones latas de cortel de frutas portuguesas y las pastillas de calé y el piloto Lupeza con su overol de vuelo desendiendo con el paquete por la rampa trasera del avion diciendo, ahí tú mandan los retaguardieros.

Que uno sea convencido por el René de las bondades de los viejos tiempos lo conduce a solicitar la presencia de Fernan, lo que de inmediato conduce al René a lo que es una crisis existencial auténtica, que uno le descubre cuando insiste con la misma pregunta de que quien es ese Fernan y que él espera que no sea Ernesto Fernández, porque no, no puede ser él. A ver, si ya tienes un fotógrafo aquí. Y uno bueno, probado en el combate. Y no porque lo diga uno mismo, es decir, el propio René. ¿Para que traer otro? Eso significara mas espacio ocupado en los aviones. Y mas en los melones. Con lo reducidos que son estos Mi 8.

Ah, cara. Pero si le llevo a Muppet Uno el turno de recibir venganza. El dulce sabor para Muppet Dos. El René desconoce lo algo. Es un *miudo*. Muy joven para saber que la venganza es un plato que mientras mas frío se sirve mas delicioso. Mira, René, *don't be worry*, esto es lo que las compañías aéreas llamarían la competencia. Es la garantía de un mejor servicio. ¿Copiante, Muppet Uno? Over. Y copia tu ahora, Fernan. Para empezar, a la usanza del viejo Saint Exupéry, ¡envidiadme! Te escribo con la vieja Smith Corona puesta sobre las piernas, recostado al guadalupos de un jeep soviético, a tres pulgadas de una de culatín plegable, con la pechera de magazines a un lado y vestido de camuflaje. Ranger completo, Fernan. Ah, cuan disgustado te encuentras en este instante. Y cuan feliz en de hacerte saber la actual condicion de cazador de la que me halla investido. Felicidad que ac recien-

la certeza de saber que, de todos los sujetos, tu eres el unico que realmente me envidia por esto. Una envidia atroz que tienes ahora, no te hagas. Entonces, pues, ¡envidiadme por todos!

Tus avances de lo que uno iba a experimentar cada vez que un helicóptero en el cual viajara cayera en un cajón de aire, suelen ser recordados con vehemencia cada vez que uno monta en un Mi-8. Y uno suele emplear este medio de transporte todos los días. El problema sin embargo no es que caigan en cajones de aire, que les ocurre a cada momento del vuelo, sino que se desplazan a un metro escaso de altura de la copa de los árboles a la velocidad de 220 kilómetros por hora y que el entretenimiento de los *kwachas*, es decir, del enemigo, es tirarles a estos malditos aparatos. Aparatos dentro de los cuales uno se encuentra.

Fernan, formidable esto. Pero los cuentos habrá que hacerlos personalmente. Y quizá escribirlos. Por lo pronto te adelanto que aquí esta Izquierdo, que ahora es coronel. Esta Trujillo, que ahora es coronel. Y Jubier, Ibarra y Cañizo, que ahora son tenientes coroneles. Si uno pone los grados en orden jerarquico es porque le resulta una forma limpia, honesta a mas no poder, de la miserable tendencia que le lleva a la adulacion. Pero fíjate a quien dejo para el final: a Tomas, que ahora es un tremendo general de division y que es un tipo que no esta en nada y que en lo unico que está es en coger bandidos. La misma gente, Fernan. Y esa es la experiencia. Son un poco mas viejos pero son iguales. Aunque todo, supongu, les resulte ahora mas difícil.

Han estado en mil combates despues del Escambray, pero continuan hablando de una cosa, del día que le partieron los cojones a Tomás San Gil o de la noche aquella en que Congo Pacheco cayó en la celada. Mas en este momento uno no continua desarrollando el tema para evitarte un infarto y porque esta es una carta de socios, una carta verdadera y respetable, sin pretension retorica ni de inmortalidad, y con su sobredosis de jodedera, como el código dice que debe ser.

Te decía que la tropa vieja está todavía en el Escambray, en Condado y en Cuatro Vientos, en La Campana, en Guinía, está siguiéndole el rastro a Panguin Tardío, emboscada en los cañones de Hoyo del Pinto y tirando cercen a la prima noche, para cerrarlo a tiempo, antes de amanecer, con el objeto de agarrar desprevenida a la gente de El Boticario.

Parece que no se percatan de la cosa más jodida del mundo que la lucha contra bandidos va termino en Cuba y que los ríos Cuando y Cubango están a más de 1300 kilómetros del Jatibonico del Norte. Nunca hicimos un cerco tan ancho ni con tanta agua del Atlántico por el medio. Nunca, Fernán.

Uno te imagina cuando vengas en los próximos días (Tu asiento en el vuelo militar está reservado por Tomas Sevich para el próximo lunes.) Y uno te ve llegar, cada día, más calvo y más tontuelo, incapaz de tomar una fotografía que sirva para algo. Y si tomas un par de ellas se velaran por alguna mala manipulación o por el habitual estado de deterioro en que se hallan tus obsoletas cámaras. Entonces se las vas a contar a uno. Van a ser las primeras fotos contadas de la historia. Y uno podrá decir: Queridos amigos, Ernesto Fernández les va a contar una foto.

Vas a dedicarte a tu hobby favorito: desarmar cámaras. Muchas cámaras. Estarás desarmando cámaras hasta que le pongas la mano encima a la Minolta de Tomas Sevich. A partir de ese instante sólo se nos enviara a los lugares de máximo peligro, y no sabremos nunca si es por casualidad, pero seremos llevados y traídos en helicópteros que ya están de haja técnica o recurriremos caminos sembrados de minas, todo el tiempo con el culete apretado.

Uno disfrutara de la dicha enorme de verse acompañado por ti, el Fernán, cuyo equipaje de guerra cuando salgas de La Habana estará constituido por un cartucho color beige, de los más vulgares de que se dispone en nuestro país de origen —en el que, por cierto, aun te en-

cuentras—, donde depositaras un calzoncillo de patitas, un par de medias que no hacen juego y un cordón de zapatos. Uno solo.

Busca un mapa. El lugar en que uno se encuentra —y donde se te espera— se llama Menongue. No te lo pierdas. Hay suficiente tensión y movimiento de tropas como para desplazar a Capa de su imperturbable reinado con algunas exposiciones totalmente fuera de foco fácilmente asequibles para ti a bordo de un Mi8 o de un ata. Menongue es la capital de una provincia llamada Cuando-Cubango. Exacto. La misma mencionada en la prensa como un sitio infestado de bandidos y sudáfricanos.

Infestado era poco. Las brigadas FAPLA no acababan de completarse y era casi de lo único que se oía hablar al jefe de completamiento, mientras las bravuconadas de Savimbi aumentaban el tono y uno todavía no sabía lo que estaba ocurriendo allá aluera, en aquel tiempo brumoso de Menongue o de Cuito-Bie, mientras el teniente coronel Barrera te mostraba una entumida cartera comando con tapas de piel sin curtir, el primer trofeo que uno veía de un bandido angolano mientras uno recordaba ese olor del monte y Barrera te decía después que te lavaras las manos y uno pensaba que en Cuba no te decían nada semejante cuando tocabas cualquier pertenencia de los bandidos aunque estuviera manchada de sangre.

Savimbi y los locuaces locutores de La Voz del Gallo Negro estaban eludiendo mencionar el mal negocio que habían intentado en Menongue y mucho menos que habían ido por lana y salieron trasquilados. Pero disfrutaban del reaganismo, a todo tren, y se manifestaban cada vez con mayor agresividad, y no solo en las transmisiones. Y un día uno está en Matala, en el Puesto de Mando instalado sobre un camión, y oye decir a los asesores cubanos que los helicópteros están cada vez más escasos, mientras los suministros soviéticos de cazas interceptores Mig-21 y tanques T-55 resultan inútiles en la campaña de contrainsurgencia. Entonces uno concibe una idealizada

campana de lucha contra bandidos mientras efectúa su
juicio en misión.

El Fernan ocupa el sillón de la puerta mientras uno
sabe que un Rene abatido yace desconsolado en alguna
parte del 10M Angola. La felicidad del Fernan es elocuente
porque los retaguardieros lo agasajaron con una peinet
tera para el módulo del AKM que se coloca a la cintura
y que sustituye una de esas feas peinetas que se llevan al
pecho y que llamamos las pecheras y que te recuerdan
por lo menos por el nombre a las armaduras medievales
y que es el tipo de artefacto que uno se ve obligado a usar
porque los retaguardieros no le han proporcionado uno
como la del Fernan ya que no se sienten obligados como
con el compañero por todas las fotos que les ha tomado
y de las que los pobres nunca verán ninguna porque la
clavo sería un milagro que él se hubiera acordado de que
las cámaras requieren de un rollo de películas en su ma
mara para que después haya fotos.

La campaña idealizada que uno concibe entonces es
una en que hay helicópteros y en la que los hermanos de
armas de las FATA se ocupan de hacer trabajo político
entre la población y en la que efectúan las necesarias ope
raciones de contrainsurgencia y en la que se le retira la
base de sustentación a los kwachas, que esa es una forma
—base de sustentación— de llamar a los colaboradores y
que es la misma clase de enemigos solapados que conoci
mos en el Escambray y a los cuales sacamos de aquellas
montañas y trasladamos a otras provincias para efectuar
aquello que Mao Tse-tung decía que era quitarle el agua
al pez, y es una campaña perfecta que uno concibe y en
la que los hermanos de armas de la asesoría soviética se
convencen de que la dirección del golpe principal son los
kwachas ya que los sudafricanos y sus compinches de ar
mas que son los yanquis no tienen por qué preocuparse
de nada en la vida mientras tengan a sus siervos de la gle
ba de la UNITA en el terreno.

Tal es el pensamiento que uno está enhebrando en un
to el Fernan —su flamante peinetera a la cintura— se pa

sona en el espacio aéreo de toda la República Popular de
Angola, cuando uno escucha el primer tacatata-tacata
tacatata, y uno todavía retiene lo que ha estado percibien
do de Voslavo acerca de unas peripecias en Normandía
del líder de todos estos señores armados con cámaras
—el heroder Capa— que sin levantar la cabeza debido al
barraje artillero buscaba su encuadre a través del empa
ñado visor mientras el padre del regimiento, su socio el
irlandés, el reverendo Larry, le gritaba "Maldito medio
franchute. Si no te gusta esto ¿por qué diablos no regre
sas?", cuando le repiten a uno la dosis, como si el tacata
ta estuviera dedicado en exclusiva a uno, lo que proba
blemente así fuera o, por lo menos, de lo que uno se
queda convencido, mientras el Fernan cesa el ejercicio de
teorización a voz en cuello para su propio y exclusivo
consumo intelectual sobre la dramática autenticidad que
alcanza una fotografía de guerra fuera de foco y la gloria
indiscutible de esa difusa secuencia de desembarco to
mada por Capa con una de las dos Contax que portaba el
6 de junio de 1944 en la playa de Laurent-sur-Mer, la poco
envidiable Easy Red Beach del Día-D, cuando viene el ter
cer pivoteo y uno ve llegar el abanico de trazadoras desde
abajo y por la izquierda iluminando la mañana con ar
dientes y veloces destellos de plata y uno se lanza de ca
beza sobre el AKM que está dispuesto sobre su sosten de
combate con el cañón y medio guardamontes por afuera
de la escotilla y el impulso se ve aumentado por el violento
banqueo de una primera maniobra evasiva que efectúa
el piloto y viene el otro banqueo y te lanzan otro rafagazo
y aprietas el esfínter —el del honor— como un puño y tu
primer fogeo de riposta es a ciegas porque ya no te cabe
la menor duda de que el asunto es contigo y te aferras al
gatillo como a la soga en un precipicio y tienes un mal
momento, muy malo, al recordar al cubano con el recto
prolapsado ayer (una rafaga atravesó el piso del Mi R).
Cuando comienzas a adquirir un grado aceptable de se
renidad interior otra maniobra evasiva te la disipa porque
confundes el banqueo con el derribo y sigues aumentando

du la carga de premoniciones negativas y te acuerdas de los pilotos TAPLA que abandonaron la cabina a 400 pies de altura a 20 kilómetros de Munhango cuando creyeron que habían recibido fuego antiaéreo —y el aparato sin control pero intacto con 18 hombres a bordo— y recuerdas el otro, el incendio a bordo, el Mi-8 agarrado fácilmente por un cohete termico —y el piloto transmitiendo a Humbu tengo visibilidad nula. Cabina de mierda. —Bulalo para Tigre Dos. Indique posición. Diga posición. —La cabina invadida de humo. Estoy a 300. Desciendo. 270 pies. —Bulalo para Tigre Dos. Donde se encuentra. Indique posición. Indique. —Estoy en 220. Tengo problemas en la cabina de carga. Debo estar a 15 minutos de ustedes. —Bulalo para Tigre Dos. Indique posición. Posición. Dígame si me escucha. —Estoy a 180 pies. —Bulalo para Tigre Dos. Bulalo para Tigre Dos. Dígame si me escucha. Indique posición. Indique posición —y la comunicación cesa y después sabes que dos hombres se lanzaron al vacío, fue su elección para no morir asfixiados, lo decidieron en una cabina donde 12 hombres se carbonizaban en vida—, y así acaba todo, y si algo te sirve de compensación ahora (porque no has visto ese helicóptero derribado, porque ocurre meses después, cuando lo encuentran en el transcurso de otra operación, el esqueleto petrificado de una descomunal tarántula, roja del óxido de la lluvia que aplacó el fuego sobre sus metales, y aun los muelles esparcidos, y los fragmentos de vidrio y plexiglas en la hierba húmeda) es saber que tu tripulación es cubana y que antes de despegar te advirtieron que íbamos a repartir caramelos y ya tienes la certeza absoluta de que los Mi-8 carecen de blindaje y que la plancha sobre la que te sostienes es tan vulnerable como tu sonrosada piel de pequeño burgués y que a una ráfaga de *apk* que tenga tu nombre poco le importa la efectividad de las maniobras evasivas del mismo modo que ignora su fraternal procedencia soviética porque es parte legítima de un arsenal capturado a las TAPLA, y estás buscando un objetivo cierto para alinearle un buen ráfaga y tratar de controlar

el fuego en ráfagas cortas para participar en igualdad de condiciones en el reparto de caramelos, que tal es la fiesta que ha comenzado —esto si no te lo advirtieron— por el bando contrario cuando escuchas al Fernan que te quiere decir algo por encima del motor, en el momento en que la puerta de los pilotos se abre porque quieren saber si has herido aquí atrás, y el Fernan insiste y lo que quiere decir es que le prestes la pechera, para cubrirse el pecho, agrega, porque el que está en la puerta es él, y está más al descubierto, y la escena es el origen neto del remordimiento que a uno le quedará para siempre por lo compungido que deja a su broder cuando uno le grita que se vaya al carajo, que no joda. Mi hermano el Fernan. Mi sexto del alma. Y eso ocurre 6 minutos antes de que el navegante venga y diga, fotógrafo, pon el dedo aquí, en esta tubería del techo, que nos perforaron el hidráulico. Vamos a ver cómo aterrizamos. Ten cuidado que el aceite está hirviendo. Si se sale mucho, avisa. Cuidado. El dedo aquí. A ver si llegamos a Matala.

Las preocupaciones teóricas y la campaña idealizada de contrainsurgencia que uno estaba contribuyendo se ven desplazadas en ese instante por asuntos de índole más práctica. De cualquier manera la estrategia era asunto del jefe. El nuestro se reducía a una tubería conductora del sistema hidráulico de un helicóptero de asalto Mi-8. No era momento para estar comparándolo con un pesado y poco ingravido melón.

El cuigero tiene las siglas TAPLA y la matrícula T-203 en la nariz, en la cola y en las alas y lleva la usual pintura verdosa del camuflaje de las TAPLA, la cual —como se ha dicho— le vale a esta máquina y a todas las de su especie el mote de chipujo. Los cubanos, al parecer, no conocen una fórmula mejor de llamar a los camaleones. Lleva al jefe y al capitán Garciga, al teniente coronel Barrera y al René, al Fernan y al escritor. Y el primer teniente López ha llamado a su tripulación y le ha dicho que el destino es Cuito. Es una tripulación compuesta por piloto, cupi-

loio, radista, navegante bombardero y escolta, que son los personajes vestidos con overoles verdeolivo surcados de zippers niquelados que habitualmente se ven a la sombra del T-203 parqueado en una de las soleadas losas de concreto angolanas, unos muchachones que esperan por el arribo de nuestros jeeps, unos jeeps que vienen arrastrando un polvo que se distingue desde 2 o 3 kilómetros de distancia porque el aire está detenido de modo que sirve de señal a la tripulación para que los cinco formen junto a la rampa abierta del An-26, los cuales ya están advertidos por su jefe, el primer teniente Lopez, al que llamamos Baracoa, a la usanza guerrillera, por su pueblo natal, que les dijo: "El destino es Cuito." Es lo que acaban de informarle a Baracoa. Despegue previsto en los próximos minutos. Ocurre en cualquier lugar de la República Popular de Angola, a la que nunca llamamos así, sino que decimos errepéa, para dar utilidad a las iniciales. Puede ser Luanza, Huambo, Menongue, Lubango, dondequiera.

La carga habitual de Baracoa y su T-203 está constituida por oficiales angolanos y asesores cubanos de los que se mueven en forma constante, incansable, obsesiva, yendo de una región a otra con sus AKM de culatín plegable y con sobres de manila lacrados y carpetas con mapas que no sueltan ni un instante. Atiborran el pasillo con cajas de proyectiles M-7 y equipos de radio y añaden un jeep de cuatro puertas con cierta frecuencia, mientras Lopez calcula el peso, en aumento siempre, y se pregunta si podrá despegar.

El despegue es una maniobra que logra realizar casi siempre cuando ha alcanzado el final de la pista, y de acuerdo con el argot, con los pies clavados en la pizarra y todos los instrumentos contra el pecho, el primer completo hacia atrás, para levantar nariz, halando hacia arriba desde que se sueltan los frenos, con los motores a full de potencia, locos por reventar. Pero el hierro es un An-26 de fabricación soviética, cubierto con su capa verdosa y grasienta de la pintura de camuflaje y con un par de motores turbo-prop, además del jet, que rugen

ahora como una manada de búfalos a la embestida. Y por cierto que ese jet, el llamado ru o tercer motor, empleado para ganar potencia en el despegue, es una fuente de energía tan adecuada como generosa para atraer los cohetes de guía térmica de la UNITA. "Tango 203. Este es Tango 203. Atención. Atención. Torre Cuito."

Levantar con el avión sobrecargado es un problema secundario. El problema verdadero es Cuito. La pista de Cuito. Cuando tengas oportunidad, elude la ruta. Los portugueses dejaron un aeropuerto allí a medio construir. Tenían el propósito de equiparlo con sofisticados medios de ayuda a la navegación, al igual que en los otros modernos aeropuertos a medio construir desperdigados por el territorio angulano.

El aeropuerto de Cuito, 1 780 metros sobre el nivel del mar, es el más alto de Angola, y las nubes se arrastran allí sobre el piso. "Como aterrizar en el Pico Turquino", explica Baracoa. Difícil aterrizar ahí en verano porque los cumulos se pegan a la pista y cierran la visibilidad y en ocasiones por las mañanas hay que suspender los vuelos programados y esperar que desaparezca la lenta y pluviosa neblina que a veces tarda horas en desaparecer, y no es asunto de que las nubes desciendan, sino que la tierra es alta y las nubes, simplemente, ocupan su lugar de siempre. Visibilidad cero. Trabajando todo el tiempo con el radar y el radioaltímetro y con el viejo y noble altímetro anemómetro. Y la máquina, el robusto An-26, clavando la nariz en lo que los cubanos llaman la sopa: los cumulos. Hasta que, finalmente, un claro entre las nubes. "La pista a la izquierda", dice el navegante. Y Cuito aparece como una visión deslumbrante cuando el avión se desprende de la capa de nubes. Una tierra roja y fértil y salteada de árboles frutales, y la sabana que se extiende interminable bajo la capa estática de nubes, y Cuito que ha aparecido bajo el ala derecha, una incomprendible acumulación de edificaciones de mampostería colocada en la sabana. "Cuito, cara", exclama Baracoa.

Es la sede del Estado Mayor de la Operación VII An-

versario de las FAPLA, cuyo equivalente cubano es Operación Olivo. El nombre de Cuito ha sido rescatado por los angolanos. Silva Porto era la denominación de la época colonialista. El jefe de los bandidos, un tipito al que estamos buscando, nació cerca de aquí, en Munhango. Cuando los portugueses anunciaron su retirada, salió de su refugio en la selva y se instaló en una casa cercana a la avenida principal. Y de ahí, para Luanda. En la capital del país que iba a liberarse se le creó una situación difícil con el MPLA, así que recurrió y fue para Huambo. La casa de Savimbi en Bié es ocupada ahora por un grupo de médicos soviéticos. John Stockwell, el agente de la CIA, contactó a Savimbi en esa casa, y unos pocos años después uno se tomó allí un generoso café con leche que el jefe médico soviético tuvo la amabilidad de brindarle al tavarich pisalti cubinsqui que los visitó y que dejó una mancha de grasoso sudor de su uniforme en el sofá y de cerrero fango de las botas en la alfombra.

Las fotografías de Savimbi lanzando uno de sus frágiles discursos, las tomó Stockwell en el balcón del edificio que los miembros del Estado Mayor de los asesores cubanos ocupan hoy. Discurso eficiente, por cierto, en lengua umbundo, e imitando el estilo apasionado y cadencioso de Fidel Castro, y en el que Savimbi diría —es su norma invariable— que Che Guevara fue su maestro de lucha guerrillera. "¿Qué quiere UNITA?", preguntará, airado. "UNITA quiere el socialismo negro." Se acomoda la barba, se ajusta la boina, reitera la fórmula: "¿Que quiere el pueblo?" Se toma su tiempo, reflexiona. "El pueblo quiere el socialismo negro." Vuelve a la carga: "¿Que quieren UNITA y el pueblo?" Concluye: "UNITA y el pueblo quieren el socialismo negro."

En realidad lo que se sabe es que el Che dijo que ese hombre podría ser un gran líder revolucionario, pero que si caía en manos de la reacción resultaría muy peligroso.

El aeropuerto desde el que Stockwell despegó con Savimbi en una avioneta para recorrer las bases UNITA, en viaje de inspección para proporcionar los armamentos y

vitualas que la CIA estaba ofreciendo, es el mismo en el que López aterriza y despegue un par de veces al día. Se han colocado pancartas enormes en la torre de control. Pancartas que dan vivas a la Revolución angolana y al presidente José Eduardo Dos Santos. Esa es una diferencia con el aeropuerto de Savimbi y Stockwell. La otra es que la pista es custodiada por un sólido patrullaje de BTR y que las máquinas que taxean allí son los An-26 de transporte y los helicópteros de combate Mi-8. Lo otro es que Savimbi no se encuentra por los alrededores, ni siquiera por el apego natural y comprensible que muchos sienten hacia la capital de la provincia donde han nacido.

La costumbre es de Tomás. Los maletines y los cartapacios y los mapas a su alrededor. Su An-26 angolano es lo más parecido a su jeep Toyota del Escambray: cargado de cartapacios y maletines y mapas. Una diferenciación angolana: el maletín negro de médico que carga el capitán Gárciga. Ahí se encuentra toda la información de Olivo y de las fuerzas regulares cubanas dislocadas en Angola. Es una carga inapreciable a partir del momento en que Tomás es nombrado, a la vez, jefe de la Misión Militar de Cuba en Angola (MMCA) y de la asesoría de Lucha Contra Bandidos —la Operación Olivo. La mitad para una cosa, y la otra para la otra.

Gárciga lo describe, no sin cierta vanidad, como "un Estado Mayor portátil". Porque, según él, "un Estado Mayor proporciona la información y las sugerencias necesarias para que el jefe determine. El Estado Mayor somos el maletín y yo".

Obregon, el escolta, cuenta:

—Dice el jefe, y yo creo que tiene razón, y además lo dice el jefe, que las tres cosas que menos se soportan para dormir son los mosquitos, el calor y una vieja. Las que menos se soportan en esta vida. Por lo menos en la cuestión de cabecear un sueñecito. Echar un pestañazo, como decimos. Son tres cosas insoportables.

Parece algo formidable y Tomas se rie de su propia ocurrencia porque viene filtrada por el recuerdo de su escuela, uno de los mas diestros choleros sobre el 104 Angola, y el vuelo es estable y nivelado y hoy Baracoa esta de franco y el capitán Roger está a cargo y empezamos con el exorcismo de hablar de aviones en el avión y Tomas se acuerda de que estaba un día en Menongue y le cercan una tropita angolana en Cuito Cuanavale, donde habia unos cinco o seis asesores cubanos. Habla con el jefe de los cubanos y le dice, oye, caballo, ahora no te puedo mandar nada, ni hombres ni armas. Pero te aconsejo que establezcas dos anillos de defensa. Y que mantengas las comunicaciones. Se está oyendo bien, ¿verdad? Oyendo perfecto.

Así hace el hombre y así se lanza el batallón UNITA, al que se le hizo tremenda mortandad en el intento de romper el primer anillo, lo que logró finalmente para ser rechazado por el segundo anillo, que lo puso a la fuga, y luego el jefe UNITA transmitiéndole a Savimbi que el ataque habia sido un éxito, pero que Cuito Cuanavale estaba defendido por un batallón cubano. Al atardecer Tomas llamó al jefe cubano y le dijo que le enviaba un avión desde el que le iba a lanzar provisiones en paracaídas. No se podía aterrizar porque el aeropuerto estaba minado y obstruido. El lanzamiento fue perfecto. Lo jodido fue al regreso del avión, con la cumulera que se formó, noche cerrada, y Tomas en la torre de control del aeropuerto de Menongue tratando de que aquel avión aterrizara, hasta automóviles y camiones se pusieron en la pista para alumbrar, y él oyendo por la radio al piloto que decía creo que veo la pista, ahora no la veo, hasta que por fin se escucharon los retro de los motores roncando sobre la pista, y Tomas descansó, y sin combustible el tipo, y Tomas dijo, traiganme una botella de ron para dársela a ese piloto. Es lo que necesita y se la ha ganado. Toma, caballo.

Los hombres, dice. La angustia por sus hombres. Igual, dice, que cuando se me perdió el cubano. ¿Tu no estabas

allí? ¿Cuando emboscaron la 36 Brigada? Oye, yo tenía el convencimiento de que estaba muerto. Pero hasta que no apareció, no abandoné la búsqueda. Y a los mismos que se apendearon los mande para abajo, a la búsqueda, vivo o muerto, de su compañero, y luego me decían, ¿no se acuerda, jefe, de aquella vez?, pero ahora orgullosos. De verdad me preocupó por los hombres. Mucho. Es la preocupación máxima que tengo para cumplir las tareas. Bueno, la preocupación es cumplir la tarea. Pero la vida de los hombres bajo mi mando es lo que más me presiona.

Uno, que lo está escuchando, está descubriendo sus recursos. Siempre dice, ¿tú no estabas allí, no te acuerdas? Es una forma de incorporarte a su propia historia, de hacerle parte de su leyenda. Y uno se siente un veterano auténtico y fogueado después de eso. Y él debe saber el encanto que ejerce y el orgullo que supone haber estado con él en cualesquiera de sus empeños de combate.

Claro, a veces uno tiene que lanzar una operación y sabe que van a morir hombres. Calcula, pueden morir tantos. Pero uno no puede hacer otra cosa. Y lanza la operación. Aunque en la mayoría de los casos trato de realizarla con todas las salidas previstas, pero la vida me enseña que eso es prácticamente imposible. Del conocimiento de esto se desprende casi toda mi forma de operar. Y aprendí en la lucha contra bandidos. Eso fue una gran escuela. Diferente a la guerrilla, porque estaba en el poder, y los hombres y las responsabilidades eran mayores. En la UCR era del carajo. Y habia que pensar como guerrillero y como contraguerrillero. Primero dice como bandido, pero rectifica rápidamente.

En eso aprendí a analizar los errores para mis adentros y a no expresarlos, para no desprestigiarme. La gente confiaba en mí. Centenares, miles de ojos observando mis decisiones. Mis caídas y mis triunfos. De mi ánimo y de mi inteligencia dependía la moral de miles de hombres en una circunstancia política que entonces se iniciaba. Por eso me callaba. Y decía, ah, cará, esto es un error. No puedo repetirlo. Los cercos, por ejemplo. Los hacia al

principio muy cerrados, era como caer por sorpresa a los bandidos. El resultado era que habitualmente se escapaban. Ellos siempre conocían mejor el terreno, estaban gatitos, a la defensiva. El movimiento cercano de tropas los alertaba. Decidí ampliar el radio de los cercos. Luego remedíaba las holguras con entrecercos. Cerco que se cerraba así, bandidos que se jodían. Y el revolico. Para mí lo fundamental es la rapidez de las acciones y llegar a un lugar y moverlo con las tropas. El revolico. Es lo fundamental en la lucha irregular. Oyeme bien, la rapidez. Por eso yo nunca espero el completamiento para comenzar ninguna acción. Me lanzo con lo que tenga a mano. Por el camino voy resolviendo.

Si me pongo a esperar un completamiento ideal, la gente se nos va. Por eso yo me punia en el Escambray a regar el cerco con el personal que iba llegando. A medida que llegaban mas, lo cerraba mas. Al principio era un cerco con espacios, débil, pero se iba cerrando. Cada sector se lo encargaba a los oficiales de Estado Mayor que tenía a mano. Luego completaba con los verdaderos jefes de unidades. Cuando venías a ver, el cerco estaba tirado. Y bien tirado. Solido. Te digo que esa es casi la esencia de mi filosofía militar. Yo no me abstengo de operar porque sepa que tengo partes débiles en una operación. Lo mismo en un cerco que en una ofensiva. Las partes débiles las dejo al resultado de la casualidad.

El enemigo nunca sabrá cuáles son las partes débiles porque siempre pensará en forma ideal: pensará, ese cerco está cerrado, o esta ofensiva no tiene partes débiles. No puede concebir que tu lances una operación con sectores apenas guarnecidos. Así que lo que no está guarnecido en la realidad, y es una raya roja de peligro en mis mapas, el propio enemigo se encarga de llenarlo con fuerzas que están sólo en su mente. Y lo cierto es que nunca me han descubierto partes débiles en una acción y lo cierto es que nunca he hecho una operación que haya sido ideal, sin partes débiles.

La disertación termina a 20 minutos de Huambo, cuan-

do la nave a bordo de la cual uno se encuentra recibe su primera sacudida. ¿Por qué, si el tren no ha salido? Aun no estamos a tiempo. A tiempo para soltar el tren. ¿No? Oiga, jefe, dice Roger, que ha surgido de la cabina con el aerol de vuelo oscurecido por el sudor. Jefe, con su permiso. Estamos metidos en una condición muy jodida. Iba a iniciarse el campeonato de cincuentiuna y uno observa que las barajas del jefe están flotando. Pero no se preocupa, jefe. Tenemos un piloto de primera en el asiento derecho. Conmigo, somos dos pilotos de primera. El capitán Roger, piloto de primera, regresa a su cabina. El jefe señala algo que debe haber afuera y que uno supone que él está observando a través de la ventanilla. Lo que hace falta, dice, es que esa tormenta se entere de que tenemos dos pilotos de primera a bordo. Oigame, jefe. Con su permiso Roger ha regresado y colabora en la recogida de algunas de las barajitas que ruedan por el piso y que ninguno puede alcanzar debido a que estamos aferrados a los asientos, las manos engarrotadas, y con un bombeo poco habitual del corazón, mientras que Roger va descartando su propósito de recoger las cartas y se esfuerza por mantener el equilibrio con las piernas abiertas y las dos manos apoyadas contra el techo y dice, jefe, esto sigue jodido. Jodido de verdad. ¿Tu sabes, Roger, tú sabes cuál es mi preocupación? Te digo. Me estoy acordando de los soviéticos que ayer confundieron una montaña con un cumulo. Si, dice Roger. Cerca de Lubango. Igual que éste, aporta Garciga. Un An-26 igual que éste. Lamentable, añade el aviador. Aunque ellos ni se enteraron. Y eso se lo puedo asegurar, jefe. Lo que dejaron fue un brochazo contra el cerro. Una mancha de aluminio calcinado. Lo único que dejaron. Pero yo tengo que llegar a Huambo, dice el jefe entre nuevos y agudos saltos de las barajas y con el pasillo en la penumbra de las luces interiores.

Jonas Savimbi decidió suspender los actos de fusilamiento y resurrección. En Cuito se encuentra el parque donde inició la costumbre. Y es localizable una parte de la población que estuvo presente. Los portugueses se apresuraban a tomar los últimos aviones, y abandonar Cuito, o Silva Porto, para siempre, cuando Savimbi logró reunir una muchedumbre de agricultores umbundos, desarraigados y credulos, y agitados como ganado, para que sirvieran de testigos y voceros. Hombres necesitados de algo más que compasión, procedentes de las aldeas —los quimbos—, cuyo estadio económico es el mismo de la descomposición de la comunidad primitiva, material humano fácilmente manipulable, ellos sirvieron para convertir un espectáculo extravagante en una especie de leyenda y a un político hábil y con mentalidad despierta para los negocios en un dios.

Bajo las relampagueantes ráfagas de los fusiles FAL, Jonas Savimbi cayó fulminado, ahogado su grito de "Kwacha Africa". Noche cerrada, por supuesto, y él esperando a que el humo de los disparos se disipara. La resurrección se produjo entonces. Los fuegos artificiales que habían sido colocados para ser activados en el instante preciso, acabaron por lograr el efecto deseado.

Repitió la operación en cada quimbo por el que pasaba. Y si llegó a la conclusión de que esta clase de actividades debía suspenderse, fue porque uno de los integrantes habituales del pelotón se tomó unos tragos de puroto —un espantoso aguardiente— y olvidó cambiar el magazine

con balas de guerra por el correspondiente con balas de salva.

Un alférez de tercera, que resultó ascendido inmediatamente a coronel, descubrió el olvido (Jonas Savimbi, de cualquier manera, inspeccionaba siempre cada uno de los fusiles). También, de inmediato, el borrachín fue pasado por las armas. En su ejecución se emplearon balas de plomo, explosivas e incendiarias. Ninguna de salva.

Jonas Savimbi, sí, señor. Jonas Savimbi y sus negocios. El paisano de Silva Porto está engrasando su descomunal cuenta privada en ciertos bancos europeos, mientras hace todo lo posible por no verse obligado a ingresar en el territorio angolano. Sabe quien lo está esperando y la clase de recibimiento que se le va a proporcionar y la forma en que sus millones podrían ir a parar a sus descendientes, que deben ser muchos, si es que ha logrado contraer matrimonio al unisón con la docena de rubias de su sequito de tiempos de paz. Ya le ocurrió a finales de 1978: a punto dos veces de caer en manos de Tomas.

Una de sus frases verdaderamente honorables es de esa época. Dijo que solo dos hombres podrían capturarlo: Che Guevara y Tomassevich. Precisamente fue Tomassevich quien comenzó a cercarlo, a no darle descanso, a pisarle los talones, a estar a tres horas de camino, a capturarle personal de su escolta, a recoger los cadáveres de los hombres de su corte que despachaba por desconfianza, hasta que Savimbi se pegó a la frontera y desde ahí comenzó a pedir a los sudafricanos que lo sacaran.

Sabe, por lo pronto, que si pasa de la frontera no lo van a esperar con flores precisamente, y esta preocupación constituye ya para él una forma cruenta de lucha.

Lo sacaron en helicóptero las dos veces escapó en helicópteros sudafricanos. Ante esa eventualidad, Tomassevich debió contentarse con esperar por mejores tiempos y explicarse a sí mismo que Jonas Savimbi se le había escapado por su obstinación de dejarlo vivo.

De cualquier manera podía considerar que para ese en-

tonces las bandas contrarrevolucionarias habían sido dearticuladas en el centro y sur de Angola, y llamó a su gente, la gente vieja de los batallones de ICB, del Escambray y de Oriente, y le dijo: "Esta campaña ha terminado." Pero lo bueno es oírle el cuento al propio jefe, y disfrutarlo con alguna botella de algo seco y consistente. Oírle decir que se babeaba como un niño por las noches pensando que se lo desembarcaría a Neto en una jaula de palo. ¿Por qué de palo? Na, dice, y se encoge de hombros. No sé por qué habría de ser de palo. Pero era así como yo me la imaginaba.

La primera vez que uno escucha algo sobre esto es en la Casa de Olivo, en Luanda, recién llegado de Cuba. Esa voz cascada. Hacía tiempo que uno no la oía. En una pequeña y sofisticada grabadora del equipo cinematográfico de René David, que puso sobre una litera con colchón desnudo — "una entrevista que le hice" —, fue que uno oyo a Tomás mencionar a Jonas Savimbi como un cobarde que iba matando a sus escoltas. La voz no había cambiado, a no ser por crescendo perceptible del jadeo, la respiración cada vez más cortada de un obstinado fumador. Pero era una dicción limpia y animosa la que estaba comprometida en el discurso contra Jonas Savimbi, el enemigo de turno, y contrastaba con el calificativo de viejón proporcionado por el político Monzon.

El encuentro va a producirse en la pista de Menongue, con Tomás acabado de salir del cerco. Uno va a tratar allí, por todos los medios, de guardar la mayor serenidad y control por un antiguo diferendo que podía clasificarse como de orden literario y que él ha titulado *El Caso de la Bronca por Bunder Pacheco*, que es el protagonista de los primeros y únicos cuentos de uno.

—Y así fue, mijo. Se acaba la campaña del Escambray. Y yo estoy estudiando en la Superior de Guerra cuando sale por ahí ese libro tuyo, *Condenados de Condado*. Y me doy una clase de insultada. Y una clase de peleada. Tremenda rona. Y lo que más ruía me da es la Orden número 13. La que yo hice. Porque había sus jueguitos también,

la verdad. En los cercos, una vaca muerta. La confundieron con un bandido. Eso alegaban. ¡Ah, vaquita muerta! Entonces doy la orden. Si este batallón mata una vaca, se la come otro de allá. Pero se ponían de acuerdo. Mata tu una vaca hoy que yo voy a matar la otra después. Terminamos por coger las vacas muertas y darselas a la población. Y los que mataban vacas, no comían vacas. Y me sacas ahí, en el libro, con la orden y todas esas cosas. Y dices que no soy yo, que Bunder Pacheco no soy yo. La cuestión es que estuvimos peleados como 15 años. Yo no te veía a ti, ni tú me veías a mí. Ni yo quería encontrarte. Peleados.

Mas las confesiones al respecto tendrán ocasión mucho tiempo después. Aunque ya uno pueda contarlo. Y tendrán que pasar ocho años y haber regresado los dos, sanos y salvos hace ya mucho tiempo, a La Habana, para que uno le diga al propio Tomás, sobre aquel abrazo a las 11:00 horas del sábado 14 de noviembre de 1981 en la pista brumosa de Menongue, que uno penso que ya no lo iba a soltar mientras creía firmemente que uno no estaba excitado o que no lo manifestaba, mientras sabía que un viejo y legendario general revolucionario se hallaba al fin en sus brazos. Y él, también mucho tiempo después, va a decirle a uno, pero qué nervioso tu estabas ese día.

Fue un abrazo de verdad, el más verdadero del mundo, fuerte, ostentoso, a todo trapo, bajo la fina llovizna que comenzaba a perjudicar el tiempo sobre el último aeropuerto de las Tierras del Fin del Mundo. Y si él estaba otra vez en el terreno, uno también lo estaba. Y uno lo tenía. Y ya uno no se iba a quedar fuera. Y en prueba de buena voluntad, uno venía armado. El armamento adecuado. Un litro de algo consistente para compartir alrededor de algún fuego. Una botella ilustrada, con su etiqueta negra, que había sobrevivido todo un viaje de nueve horas desde La Habana hasta la isla de Sal y cinco desde la isla de Sal hasta Luanda y luego tres más desde Luanda hasta Menongue. Porque estaba reservada para ese encuentro.

Un encuentro que faltaba. Como faltaba el largo trecho de combate que sería la conversión de un corresponsal agregado en un amigo para todas las contingencias, y la ofuscación que le proporcionara aquel libro en que el era el joven y formidable comandante de LCB llamado Bunder Pacheco, que era un soldado bastante noble y que decía las cosas que a nadie se le ocurría decir entonces en los libros de Cuba y que le había tocado a él encarnarlo pero que no le cayó en gracia y que sirvió para promulgar una estricta aunque no escrita disposición militar cuyo único articulado manifestaba que uno no podía ni asomarse por ningún territorio que se hallara bajo su jurisdicción de jefe encojonado, lo mismo fuera al frente del Ejército Occidental, que del Central, que del Oriental, y que eran una nueva y aharcadora concepción del estudio de la literatura, al dividir toda la producción de libros a escala universal en lo que llegaron a ser dos grandes grupos de análisis: ese —una clara alusión al que contenía las 100 cuartillas cortas de *Condenados de Condado*— y todos los demás libros "de este puñetero mundo", se convirtió en el hecho de que sea el sólido y veterano general de división llamado Raul Menendez Tomashevich, que es bastante noble y que dice las cosas que a nadie se le ocurre decir ahora en los libros de la misma nación.

—¿Nadie tu dices? ¿Seguro que nadie hablaba o hablaba así en esos libros?

—Nadie, jefe. Nadie.

—Bunder Pacheco tu dices.

—Nadie, jefe.

—¿Sólo ese hombre?

—El comandante Bunder Pacheco, jefe.

—Que es lo mismo ¿no?

—Por lo menos se parecen, la verdad.

—Y que es un cojonuse.

—El más cojonudo del mundo.

—Oujada y cojones nada más.

—Oujada y cojones nada más, jefe.

—¿Mas que Tomasito San Gil y que Osvaldo Ramirez?

—Mas que los dos juntos. Usted va a ver. Usted va a ver.

—Osvaldito, carajo. El Mocho Ramirez. Un cojonuse que era el Osvaldo ese, te lo digo. ¿Y el Savim? La verdad, ¿cómo vamos a poner a Savimbi?

—Corriendo, jefe. Corriendo.

—¿Con quien detrás, mijo?

—Con usted y sus guardias viejos de LCB, jefe. ¿Quiénes otros pueden ser?

—Pero los FAPLA tienen que ir ahí. Unos FAPLA agueridos.

—Hecho.

—Y todos nosotros armando mucho revolico.

—Hecho. Olvidese de eso.

—No. La que tenemos que olvidar es otra cosa. Que el más cabron es un filtro y que tres veces se me ha ido de las manos. Tres veces.

—Olvidado, jefe. Despreocupese.

—Lo olvidamos.

—Olvidado, jefe.

—Un pendejon, te lo digo. Pero está untao el cabron. Inteligente que es.

—¿Pendejo, jefe?

—Pendejo, mijo. Te lo puedo garantizar.

—Pendejo y pica, para que usted lo sepa.

—Y tu me haces ese favor. Tu me lo pones como un rico pendejo. Que eso es lo que es el cabron.

—Un pendejo y un criminal de guerra y un diversionista y un cabrón.

—Ah. Eso. Así mismo es, mijo. Así mismo.

—Y la parte esa de que es inteligente se olvida también.

—¿Quien dice eso? ¿Como que inteligente?

—Nadie lo ha dicho, jefe. Que yo sepa, nadie.

—Pero tu no te me olvides de algo. No te olvides de esto, mijo. De lo más grande del mundo. Lo más importante. Que aquí lo único que ha pasado es una cosa. Que el encuentro del general de división Raul Menendez Tomashevich, que ese soy yo, y el comandante en jefe de las

FAPLA, doctor Jonas Malheiro Savimbi, que ese es el, se vuelve a aplazar.

—Parece una novela, jefe. Cada día se me parece más.

—Pon eso, que no hay nada más importante en todo esto. Que todavía el y yo estamos por encontrarnos.

—Un novelón, jefe. Un novelón. Como Pat Garrett y Billy the Kid. En episodios.

—Si tu supieras, mijo. Me está gustando esto. Hace rato que me está gustando.

—*Moby Dick*, cara. En vivo y en directo y en las Tierras del Fin del Mundo.

—Me está gustando cantida. Y ese Bunder Pacheco, no porque tenga que ver conmigo, pero es un tipo bragao. Te lo digo. Un saco de cojones el Bunder Pacheco ese que soy yo mismo.

—Y deje que vea esto que se está cocinando, jefe. Deje que lo vea.

—Tu mira a ver, mijo. Mira a ver.

—Deje que usted lo vea. Y dígame. Mas nadie que yo le puede garantizar la producción sostenida de Bunder Pachecos.

—Tú mira a ver, te digo. Porque yo te pregunto. ¿Y que pasa si después me encojono por cuenta del realismo socialista ese que tu dices?

—Tremendo cojonuse que es el Bunder, jefe. Se lo aseguro.

—Y después descubro que el tipo, además de ser realista socialista y crítico y descarnado, es también un cojonuse.

—A lo mejor lo descubrimos, jefe.

—Pero tú mira a ver, mijo. Tu mira a ver como tu escribas. ¿Y a que tu no te acuerdas de una cosa? A ver. ¿A que tu no te acuerdas del primer día que nos topamos? En el Escambray. Hace como 23 años.

—Como si lo estuviera viendo ahora, jefe. En la carretera de Meneses a Iguara. Usted venía con su caravana. Usted y su tropa acababan de desarticular una de las bandas de Esquijarroza.

—Le había echado garra, mijo. Garra. Y mi caravana era tan larga que ocupaba casi toda la carretera. Una caravana con mucho polvo detrás. Que esas son las buenas.

—Mendez Esquijarroza. El trabajito que le dio.

—Un autotitulado comandante, mijo. Tenía 4 capitanías. Y como decíamos, el tipo estaba untao. Tenía mucha suerte.

—Adalberto Mendez Esquijarroza. El afortunado.

—Le hice talco las 4 capitanías. Le caí allí como un pitirre. Y él estuvo en dos de ellas y logro escapar. La última vez se montó herido en un caballo y hubo un compañero que, lo recuerdo, apoyó el fusil así en una cerca y conte que se lo llevaba, porque ya estaba liquidado, y se le encasquilló el fusil. Yo no te voy a decir lo que yo hice ni lo que pensé ni todos los carajos, dicho sea con todo el respeto, que solté allí. Fue un rosario de carajos.

—Untao completo. El mas untao del mundo.

—¿Y a que tu no te acuerdas de otra cosa? Me estoy acordando ahora. Tú no te pongas bravo. Pero dime. ¿Tu te acuerdas del día que nos encontramos en Angola?

—Me acuerdo, jefe. Me acuerdo. Como si lo estuviera viendo.

—Te me apareciste allí. Tú mismo. Todavía vestido de civil. Y me tratas una botella. Un regalito.

—11 00 horas del sábado 14 de noviembre de 1981. En la pista de Menongue.

—Me acuerdo de la botella porque me acuerdo de la sed que tenía. Una buena botella. Buena, la verdad. Mijo.

—Viajo conmigo todo el tiempo. Era mi pipa de la paz.

—Tenía esa sed porque fueron muchos días de cerco. ¿Tu me entiendes, mijo? Y por el encabronamiento que tenía. A mí, al rey de los cercos. A mí mismo me habían cercado.

—Y entonces yo me aparezco allí con Juanito el Caminador. La botella de la paz. Para fumármela con usted, jefe.

—Pero que nervioso tu estabas ese día, mijo. Que nervioso. Norberto.

Uno se dirige al reencuentro con Tumas y después se dispone para su trabajo y entonces se une a la tropa y el tiempo deja de pertenecerle y lo primero que se le ocurre es un cuento. Una niña angolana ha sido adoptada por los asesores cubanos de una brigada FAPLA de lucha irregular. Uno se entera de eso y se interesa por conocerla y la ve en el hospital de Huambo y ya sabe que debe ponerse a escribir. Y lo primero que establece es una analogía con "La familia de Schivalkov", una de las narraciones de Sholoyov que transcurren en la guerra civil. Un operador de ametralladora de una tachanka encuentra un niño perdido en el campo de batalla y lo alimenta con leche de yegua y trata de criarlo con los escasos y bastos recursos a su disposición. El cuento es un monólogo del combatiente explicándole a la directora de una guardería infantil su intención de dejarle la criatura hasta el término de la campaña. Pero la historia de la niña angolana tomara otro sino cuando llegue el fin de la misión y los cubanos tengan que despedirse de la muchacha o ver qué inventan con ella. Es cuando uno recuerda una buena pieza del maestro Babel. Se llama "Carl-Yankel" y la anécdota es sobre un litigio. Un niño ha sido bautizado de acuerdo con el rito judío y se le ha hecho la circuncisión sin autorización del padre, que se encontraba ausente de casa porque cumplía sus tareas y que es un joven y apasionado —y bastante extremista— bolchevique.

El 15 de junio de 1982, mientras uno vuela en helicóptero a Vila Nova de Armada y participa en la misión de rescate de un cubano perdido en el encuentro de la 36 Brigada con una obstinada tropa kwacha y está observando desde el aire y saluda a los exploradores angolanos y cubanos que tripulan un BTR-152 procedentes de Cuito Cuanavale, decide que su cuento se llamara *La infancia de Teresa Nandimba*, que es el remedi del título de una película sobre la segunda guerra mundial, también soviética —*La infancia de Iván*—, basada en una novela de Vladimir Bugumolov, que no es solo la historia de un niño mugriento y con un pedazo de pan en la mano que se infil-

tra en las líneas alemanas sino la del romance entre una enfermera y un fornido pero compasivo oficial del Ejército Rojo. Es la misma tarde en que uno decide —o comprende— que la trabajosa marcha de la 36 Brigada por un terreno hajo la iniciativa de los kwachas y la búsqueda de un cubano que al final apareciera muerto y la experiencia propia de cuando uno se pierde en la selva, podrían servir perfectamente para una novela.

Uno sabe que tomó las decisiones ese día porque es una de las pocas lechas que conserva en su libreta. Las notas son escasas porque la experiencia dejó de ser ajena desde su inicio. Es innecesario apuntar nombres de compañeros y de acontecimientos que le pertenecen. Y por eso uno se pone orgulloso ahora, porque comprueba que su libreta de la campaña angolana está en blanco. Tiene una lista de títulos que corresponden a unos libros tan hipotéticos como geniales que uno se asigna la misión de escribir y dos o tres lechas de acontecimientos. Tiene las fechas del día en que se perdió en la selva y el día en que vio un conejo. La observación sobre el conejo derivó en una especie de aproximación filosófica. Fue el acontecimiento consignado el 6 de marzo de 1982.

La nariz del corresponsal estaba pegada al plexiglas de una escotilla del helicóptero en el que había llegado desde Matala a una coordenada de la Sierra de Candjival para hacer contacto con una brigada FAPLA comprometida en la Operación Baire, una de las acciones de asesoramiento comprendidas en el esquema de Olivo, y observaba el suelo del paraje en el que el Mi-8 se hallaba posado luego de verificarse en dos pases rasantes que aquellos hombres en movimiento eran FAPLA y no kwachas y del que ya se iba a despegar porque el contacto había sido establecido y las ordenes entregadas, y uno observaba el capin y veía que llegaba al pecho de los FAPLA y sabía que el capin tiene lugares en que se cubre completo y calculaba que en tiempo de seca solo necesita un fosforo y un poco de ayuda del viento para contener un regimiento de tanques, cuando un conejo surgió de los entresijos re-

vuelos de la larga y ondulante hierba, que ése es el capin y de la lenta y pesada sombra que proyectaba la masa del helicóptero de asalto Mi-8.

La turbulencia del rotor principal aventaba ese fragmento del tom Angola que se hallaba en el campo visual de uno cuando el personaje se reveló en aquel espacio y uno lo vio saltar bajo la turbulencia y las trepidantes ondas y el empuje hacia abajo del rotor y lo vio ganar distancia a grandes zancos y perderse de nuevo en el otro mar de capin, el mar contiguo, y uno primero se asombró con la aparición y después sonrió porque le proporcionaba felicidad descubrir que en Angola hubiera conejos de color beige y no solo hambre y paludismo y los hastiados y viejos elefantes de siempre y una guerra interminable, y creyó entonces que debía hacer un esfuerzo por immortalizar, al menos por numbrar, a ese ser sin nombre y sin memoria y que se expresaba sin inhibiciones de ninguna especie y al que la ley de la selva le permitía asumir la existencia con la absoluta libertad de quien no tiene nada que asumir.

Una masa impresionante de hombres había sido empujada por la fuerza de las armas hasta Zambia. Jonas Savimbi los presentó como refugiados de una guerra civil y solicitó ayuda internacional. Así aumentó los ingresos de una cuenta personal estimada en 3 millones de dólares. Adquirió una mansión en Marruecos y se dispuso a disfrutar en la costa sur francesa de una licencia de jefe de Estado en el exilio en compañía de un séquito de rubias platinadas. Tomashevich se encontraba en Cuba cuando supo de ese destino de Savimbi, y se lamentó con algunos íntimos: "Su suerte va a ser una. Que yo estoy convencido de que no me van a dar la misión de perseguirlo en Francia o en Marruecos." Se requirió poco tiempo para que los famosos refugiados regresaran a sus quimbos en territorio angolano —cuando lograban burlar la vigilancia de los jefes de campo de la UNITA—, mientras que los otros debieron esperar a ser utilizados como carne de ca-

ñón y por un instante, por ese breve y único instante de su historia, los angolanos pudieron pensar que habían alcanzado la paz.

La guerra se reinició en 1979. Los sudafricanos sacaron a Jonas Savimbi de su santuario marroquí, y lo lanzaron de nuevo al juego. Era su única carta de triunfo posible. Para lo cual Jonas Savimbi, con el fin de actuar acentuando un absurdo socialismo negro, sólo tiene que ocultar sus relaciones con los racistas sudafricanos —los intelectuales de su corte deben respirar tranquilos— mientras recibe armamentos y explosivos suministrados por Sudafrica a través de Namibia. Así comenzó su despliegue a través de un país joven, dividido por el tribalismo, carente de cuadros intermedios capaces y, sobre todo, con un subsuelo promisorio en uranio, oro, diamantes y petróleo. Los sudafricanos garantizaban la logística y Jonas Savimbi puso sus hombres a trasegar con las armas. Luego los sudafricanos lanzaron una ofensiva por el sur para tratar de desvirtuar la Operación VII Aniversario de las FAPLA. Los angolanos se habían percatado del crecimiento del bandidismo, pero tarde. Pagaban el error de no haberle dado continuidad a la lucha contra bandidos.

De cualquier manera, a Jonas Savimbi le dijeron que Tomashevich había regresado a Angola. Los propios angolanos habían solicitado a Fidel que les enviara al general que ya los había asesorado una vez. Quizá fuera una leyenda, podría deducir Jonas Savimbi. Pero también consideraría que ya bastaba de sustos con él y que no tenía por qué comprobar si Tomashevich estaba o no en Angola. Así que bajo las circunstancias de esta filosofía estratégica el comandante en jefe de las FAPLA ha decidido arriesgar su entrada en Angola a una profundidad mayor de 100 kilómetros a partir de la frontera namibia.

Puede hacerlo acompañado de algún periodista occidental, posar para algunas fotografías —con todas las vías de evacuación previstas— y regresar a su santuario. Hay millones que gastar y rubias platinadas y una casa

en Matruco y otra en la Riviera. ¿Para que jugarle el pellejo? "Su suerte estriba en que no me han ordenado perseguirlo en esas playas. Esa es su suerte." Lo cierto es que la última oportunidad de capturar a Jonas Savimbi en la mata había terminado. Si no lo cogen en otro lado o se lo dejan al momento en que la CIA lo considere inservible, no habrá forma de echarle garra.

En la nomenclatura empleada para designar a los valientes en la tropa del general Menéndez Tomashevich, parece haber un momento insuperable. Para lograr la descripción más completa de un bravo debe decirse que el personaje en cuestión es un saco de cojones. Se está aludiendo a un saco de azúcar, el de mayor uso industrial en Cuba, con capacidad para 4 arrobas de material. Ser un bragao o un duro, o tenerlos bien puestos, es retórica del pasado.

Mas existen otros niveles para ser visto con satisfacción. El de gente encojonada es un nivel adecuado. Los asesores cubanos de la 39 Brigada de Infantería Ligera (pá. 39) —sobre los que uno contará algo— fueron aceptados como encojonados desde el inicio de la Operación Oliso. Pero en septiembre de 1981 el grupo cayó en crisis.

Después de conocer el incidente —el hecho extraordinario, según el lenguaje militar— detectado en la brigada de la 4 Región de Responsabilidad, el general Menéndez Tomashevich frunció el entrecejo y su mirada reflejó que se había puesto gato. El tono de voz con que se dirigió a su ayudante excluyó cualquier duda: estaba en crisis la plantilla íntegra de un grupo de asesores. Solo preguntó: ¿unidad? Era evidente que la graduación militar del teniente coronel Pablo Díaz, jefe de los asesores a nivel de la brigada —y hasta la existencia misma de él como ente vivo, según el primer pronóstico del jefe cubano—, si no se hallaba en una crisis total y completa, por lo menos estaba en remojón.

Lo que se describía en el primer parte como un objeto

infantil no autorizado, era una muchachita de aspecto deplorable —mucho más deplorable y bastante churriosa cuando la encontramos, según la descripción posterior del teniente coronel Pablo— dislocada en el parque de transportadores blindados de una tropa reconocida por el virtuosismo militar de sus asesores cubanos, es decir, unos asesores que eran gente encojonada. Y esa unidad del contingente internacionalista cubano, que había optado en diversas emulaciones por la Bandera de la Gloria Combativa, y la había visto ondear varias veces en sus estandartes, se convertía repentinamente en lo que Tumashevich llamó lo más parecido que pueda haber a un circo infantil.

El general decidió personarse en el lugar de concentración de la brigada "para dilucidar la cuestión en el terreno". El arribo de los tres Range Rover con las antenas de los radios Racal dobladas por la velocidad se vio acompañado del usual polvo que se arrastra en los terraplenes y de los portazos y de las voces de mando y del despliegue de la reducida pero bien armada escuadra. El polvo, una oleada de desconcertadas moléculas rojas, incremento su volumen por los frenazos y siguió su impulso después de los frenazos, se detuvo lentamente cuando no tenía ley física que obedecer, y comenzó el esparcimiento, su disolución.

El jefe tenía botas de piloto de caza, que estrenaba ese día —y que ya estaban recogiendo más polvo del debido—, y se llevó las manos a la canana —gesto característico— mientras se plantaba con toda su parsimonia delante de la tropa en formación. El teniente coronel Pablo Díaz, un oficial treintón, de camuflaje y *aku* al hombro, y una niña aferrada a la costura del pantalón, estaban delante de él. El aspecto de la muchachita se ajustaba con exactitud a la expresión de bastante deplorable.

La hallaron en la ribera de un río, temblorosa de frío y de hambre, entre los linos y el agua semiestancada y verdosa de la orilla, mientras en las cercanías aun se escuchaban las detonaciones de un combate que se apaga-

ba y volaban las cañas de las chozas de un campamento kwacha. Los integrantes de un *eta*, bien adiestrados, que saben buscar en los ríos porque por ahí los bandidos acostumbran a evadirse o a ocultarse, vieron el movimiento entre el lino, y uno de los combatientes —Pablo— saltó del *eta*, el *aku* al nivel de la cintura, el índice afinado al gatillo.

Operaban al norte de Huambo, en la zona de Bailundo, y la acción se clasificaba como de apoyo a las *FAPLA* en la neutralización de una base contrarrevolucionaria. Quería decir teóricamente que mientras las *FAPLA* entraban en contacto con el enemigo para desalojarlo, los cubanos debían esperar que sus homólogos angolanos actuaran, apoyar con alguna indicación táctica si ésta fuese solicitada por el Mando angolano, o, con un poco de suerte, que los kwachas se equivocaran y les largaran un rafagazo y entonces hubiera la necesidad de actuar en legítima defensa. La idea de que los cubanos se mantengan como reserva y se introduzcan en el combate en su momento único está descartada como sistema.

La terminología militar para definir la presencia de un niño en una base contrarrevolucionaria, así como el procedimiento de combate cuando se le encuentra, es inexistente. De modo que cuando Pablo se apareció preguntando "¿ahora qué hacemos con esto, caballeros?" —se refería a la niña que había surgido con el de un islote de linos—, que el combatiente Manuel Blanco, más conocido por Tíngote, calificó de la pregunta mundial, se decidió en primera instancia que había que cargar con ella en el *eta* y llevarla al campamento. "Ver", como diría el sargento Hernández Filantropico, "que vuelva se le da al asunto de la chamaca esta".

La vuelta que le dieron estuvo bastante clara después de 10 días de adopción espontánea por los asesores cubanos, ninguno de los cuales —según explicación del subteniente Aeropagito Gómez, asesor del jefe del pelotón de ametralladoras— tenía experiencia materna anterior.

—Tengo entendido —comenzó el general con la voz baja, melancólica, que regularmente utiliza en los interrogatorios que decide efectuar personalmente—, tengo entendido que le han conseguido una pelota y un bate y unos tenisitos.

—En efecto, compañero general. Aunque costó trabajo ponerle los tenis. Nunca había usado zapatos.

—Y que le consiguieron un pañuelo de cabeza y que le adaptaron un calzoncillo y que la bañaron y que le echaron talco y que le recortaron las uñas y que se las pintaron, ¿correcto?

—Correcto, compañero general.

—Me cago en la puta madre —bramo el general.

Pablo se cuadró firmemente, como corresponde a un subordinado, pero sin soltar la mano de la niña, y dijo:

—Con su permiso, compañero general —y señaló a su acompañante con una inclinación de la cabeza.

Comprendible, no se debían decir malas palabras delante de la muchacha.

Tomasevich miró aquel pajarito vestido con un mosquitero adaptado, y las patas de un calzoncillo verdeolivo de la industria de confecciones militares cubana que se salían por debajo del mosquitero, y las uñas pintadas de un verde amurizado, y comprendió el señalamiento de Pablo.

—Sí, claro —habucéo—, perdona, hija —se dirigió a la niña—, es que a veces las personas mayores decimos cada cosa.

Pablo asintió. Apoyaba las reflexiones de su jefe.

—Supongo que tenga un nombre, ¿no?

—Teresa. Como no habla portugués ni español, lo único que conocemos es eso. Se llama Teresa Nandimba.

—Bien, pues —volvió Tomasevich—, así que no se le ha ocurrido otra cosa para regularle que un bate y una pelota. Podemos imaginar lo que esta niña va a pensar de nosotros. La imagen que se va a hacer de los cubanos. Pensara que todas las niñas en Cuba juegan a la pelota y no a los cocinaditos ni a las muñecas ni a todas las mierdas esas que juegan las niñas.

El mierda lo soltó con evidente disgusto. Era demostrativo del desprecio que sentía por tal clase de juguetitos. Pablo volvió a cuadrarse y a carraspear y a llamar la atención sobre "la presencia de la compañera niña", por lo que el general sonrió apenado y comentó:

—Cosas que se le van a uno, hija.

—Le voy a explicar la cuestión de los juguetes —dijo Pablo—. El problema es que no hay muñecas ni cocinitas en Retaguardia. Dice el retaguardiero que lo que tiene en almacén son toneladas de granadas PG-7, raciones de campaña portuguesas K-7 y la logística usual de un ejército en operaciones. No obstante, y como iniciativa de los organismos políticos de la unidad, se ha procedido a efectuar un llamamiento a los compañeros militantes, tanto del Partido como de la Juventud, así como a los miembros de las organizaciones de masas, es decir, a todos los asesores de la 39 Brigada FATA, preferiblemente a los que tengan hijas, para que pidan muñecas a sus familiares en Cuba. En Angola es muy difícil encontrar juguetes. Angola está en guerra.

Luego de tres días de búsqueda, según explicación de Pablo, lograron ubicar una abuela de la niña en el pueblo de Bailundo. Fueron hasta allí, pero la vieja se negó a recibirla en el quimbo. Tenía, dijo, otros dos hermanos de la niña, y los estaba criando. No podía alimentar una buca mas y la niña parecía bastante inútil. Así que la única madre que se podía obtener por aquellos parajes era una paucilla polvorienta de combatientes cubanos encaramados en los estribos de un bra-152 con una ametralladora 12.7 en la torreta de proa.

—¿Y esa trencita tan churriosa?

—El barbero de la unidad cumplió misión. Es decir, regresó a Cuba. Esperamos el relevo.

—¿Y el pañuelo y los tenis?

—El pañuelo procede de una bandera del Primero de Mayo. Los tenisitos los conseguimos con el comisario angolano de abastecimientos.

—¿Y ese mosquitero mal cosido debo suponer que es una bata?

—Teníamos un reservista que era sastre en tiempos de paz. Pero también cumplió misión. Ahora sigue siendo sastre, pero en Santiago de Cuba.

—Y por último, ¿qué se supone que sean esos emplastos que tiene en las 20 uñas que Dios le dio, suponiendo que aun existan uñas debajo de esas capas de torta verde?

—Se le hizo, compañero general, con pintura de enmascaramiento de los transportadores blindados. Fue una iniciativa del técnico de esta especialidad, el soldado de primera Remigio Despaigne, al que todos conocemos como Compota. Fabricó la brochita y mezcló las pinturas. También conseguimos un monoshort en la candonga —el mercado negro—. Lo trae en un jolongoito.

—Y esta niña no habla nada, según veo. Ni español, ni portugués, ni nada. Recuerdo cuando crié a Joaquín, un jovencito despahilado y con ganas de saber y muy hablador.

Joaquín, un niño umbundo, había sido adoptado en 1978 por una brigada de tanquistas cubanos. Tomassevich, que entonces cumplía su primera misión en Angola y que era el padre de unos muchachos —Nalty, Raul y Jorge— que apenas salían de la adolescencia en La Habana, decidió ponerlo bajo su abrigo. Tres años después el general había concluido su misión angolana y se había instalado como jefe de la más poderosa unidad de combate cubana, el Cuerpo de Ejército Independiente de La Habana, a la vez que era el abuelo de Zulmita —la primogénita de Naltyca— y mientras Joaquín se preparaba como técnico medio de motores diesel en uno de los institutos politécnicos habaneros subordinados como primera reserva de tiempos de guerra al Mando de su abuelo adoptivo.

—Los años, cara. Mira como son las cosas cuando los años pasan. Mira lo que somos ahora. Un maldito ejército de viejos huevones.

Alzamientos de cejas de Pablo, carraspen de Tomassevich, y Tereka en su mutismo.

—¿Tu dices que la encontraron en medio del combate?

—Estábamos en contacto con elementos de las bandas *luchiches*. Se empleaban todos los medios para el total aniquilamiento del enemigo.

—Para partirlos —dijo el general, satisfecho.

—Misión que fue cumplida según lo previsto por el Mando.

—Así que ella estaba allí. Podemos decir entonces que tiene sangre guerrillera y que es una dura. Digna de pertenecer a una tropa brigada.

—Y si usted viera como pasea en los BTR. Como si estuviera en su casa.

Geno fruncido del general. Gravemente fruncido.

—Pasea en los BTR? ¿Han cogido los BTR para pasear?

—Si usted lo permite, compañero general. Se trata de que reunimos a los organismos políticos y se decidió darle unas vueltas alrededor del campamento. Un par de vueltecitas. Aquí no hay muchos entretenimientos, como usted sabe. Desde hace cuatro meses no pasan película porque el pelculero, digo, el proyccionista, cumplió misión. El relevo aun no ha llegado. Las últimas que vimos fueron *Retrato de Teresa*, que es sobre esa cuestión del machismo, y la segunda parte de *El Padrino*.

—La principal, la verdad —aprobo el jefe—. Si coordinaron con los organismos políticos para emplear los BTR en apoyo a la actividad, entonces no hay problema. Porque en estas cuestiones militares, lo principal es la coordinación de los factores.

—Por cierto, compañero general, y si usted me lo permite, hay un compañero aquí que dice que *El Padrino* es en colores y no en blanco y negro, como nos la pusieron a nosotros.

—No me digas tu eso, chico. ¿En colores? Por eso cuando yo la vi me pareció tan oscura. Hasta yo creí que era una película antigua.

Tomassevich decidía —el mismo lo dijo— "salomonicamente"; le estaba gustando el personaje ultimamente. El

rey Salomón. "Un tipo, compay, que repartía la justicia como si fueran pasteles." Bien, pues, la niña sería retirada de la mil-39 y trasladada a un lugar "idóneo", pero a cambio se restituiría moralmente la condición de tipos en enjondados a los asesores de la brigada, condición que se acrecentaba por el hecho de haber sabido demostrar en condiciones de guerra su flexibilidad de maniobra y de lucha en cualquier terreno, no solo al haber rescatado una niña de las garras del enemigo, sino en mantenerla de acuerdo con los medios existentes y educarla en los principios internacionalistas en el corto tiempo de su estancia en la susodicha unidad.

La noticia, desde luego, fue aceptada con dificultad entre los asesores de la mil-39. Es que uno se encariña, explicó el sargento Hernández Filantropico en carta al instructor político.

La presencia de Teresa en la mil-39 tuvo una orgullosa repercusión de cualquier manera: llegaron los juguetes enviados desde Cuba por los familiares de los combatientes. Una lluvia de muñecas, según afirmación de los cubanos. Y ella respondió como toda una recia y trabajadora madre angolana cuando tuvo la primera muñeca de su vida: se la echó a la espalda y la acomodó en el paño. Esbuzo una tímida sonrisa después de esta operación cotidiana, ancestral.

Con el habitual sentido de exageración de los compatriotas de uno, y en el estado de gracia que puede describirse como de felicidad absoluta, los asesores cubanos de la mil-39 comenzaron a afirmar que Teresa Nandimba era la niña con más muñecas en toda el África austral.

200 Angola 17-4-82

Angon de responsabilidad, Cuito-Bie

Kwacha. La palabra, que fue hermosa en otros tiempos, procede de los dialectos que se hablan en el sureste angolano, especialmente en las zonas fronterizas con Zambia. La moneda de Zambia se llama así. Será difícil sin embargo que el transcurso del tiempo limpie su actual connotación, devuelva su significado. Y es una lástima, porque kwacha quiere decir amanecer. Puede traducirse también como despertar.

—Es umbundo —dice Ruiz Cunha, el capitán de la Seguridad—. Es lo que ellos proclaman cuando terminan sus comicios.

—Comicios —dice uno.

—Las reuniones. Terminan un discurso y proclaman: kwacha África, kwacha Savimbi.

—Viva África, viva Savimbi.

—Aa —dice Ruiz Cunha—. Una traducción aceptable.

Una electiva fórmula de entrenamiento ideológico relacionada con uno de los efectos secundarios que causa la actividad de los kwachas, también excelente para templar el carácter o recuperar fuerzas, es observar a cualquiera de los niños que se congelan en una de las avenidas de Cuito-Bie.

Puede escogerse a cualquiera —los hay por decenas— y comprobar que casi ninguno sabe su edad, e incluso algunos ignoran su nombre. Y que su diferencia con un animal doméstico lanzado a la calle por un amo indolente,

es que se cubre con un trapo y que sostiene una lata con sus manos —cuando tiene manos— y que quizá sea capaz de articular algunas palabras en umbundo o portugués —y hasta sorprenderte con un par de sustantivos españoles— que son los medios a su disposición y que le sirven escasamente para pedir comida, aunque esto probablemente lo haga por oficio, porque es extraño que aun con ciba tener éxito con la solicitud. Tiene, como se dice, la piel de gallina. Está temblando de frío y hambre bajo la lluvia de la meseta africana y su único refugio, el lugar donde duerme, es la fuente vacía de un antiguo parque portugués.

La lluvia fría y continua durante la mitad del año es producto de las sólidas cumuleras que se concentran sobre Bie y que uno ha contemplado desde su propio nivel de altitud y con el tren afuera en el centenar de aterrizajes de An-26 que efectúa allí y que ha podido sobrevolar porque son cumulos potentes aun en formación y mientras lo sobrevuela uno ha creído que es como pasar un abismo en cámara lenta, y uno hasta se familiariza con el nombre de El Oficial de Guardia de Cuito-Bie concebido para los cumulos por el navegante del T-203. Son unas sólidas formaciones que esperan sobre el terreno y que aparecen en pantalla —"Lopez, el radar en meteo"—, primero como un destello en el barrido meteorológico del radar. Están a 100 kilómetros en línea recta del morro del intatigable chipopo —"Lopez, El Oficial de Guardia de Bie a cinco minutos"—, cuando uno ya sabe que lo que tiene por delante es una barrera de cúmulos potentes y que es infranqueable mientras observa el reflejo del relampagueo en los instrumentos de la pizarra y en las manos de Baracoa alertadas a los controles de la máquina.

Y ese estado de abandono ha sido el *modus vivendi* del muchacho. Ignora que existe otra forma de existencia. El temblor y la muerte son el conocimiento del mundo al cual arribo en un periodo impreciso de los últimos tiempos.

La edad puede ser calculada entre los 3 y los 10 años. Pero el margen de error debe ser amplio porque es difícil

estimar la edad de un niño distrofico, que nunca en su vida ha hecho una comida diaria y cuya cabeza resulta descomunal en relación con el cuerpo, una cabeza en la que el cabello ha comenzado a desaparecer, y un cuerpo escualido y con una piel casi transparente que se le ajusta a los huesos, y las mismas piernas largas, sin músculos, y las caderas perfectamente definidas a través de la piel, que uno reconoce de haberlas visto en las fotografías de los campos de concentración de Auschwitz y Dachau.

De cualquier manera se alegraría de que uno se le acercara o detuviera el paso. Casi nunca ocurre, y podría obtener —es la hipótesis— comida. Saben cómo seguirte y cómo mantener la letanía con todas las formulas de reconocimiento de tu investidura y cual es la adecuada frecuencia de lastima en la voz. Camarada jefe. Cubano. Camarada asesor. Camarada jefe asesor cubano. Acaso obtendrá los restos de una lata de sardinas o de carne prensada. Su relación única, auténtica y objetiva con el mundo exterior, con eso que suele llamarse la sociedad, se habrá logrado cuando la obtenga. Sin embargo, nunca ha pensado que sea una lata completa, es decir, llena de algún producto. Ignora lo que es eso. Hasta ahora le ha sido suficiente y se ha sentido satisfecho y contento y su estomago ha entrado en calor con el resto de grasa que saca del fondo.

Uno lo ha visto mientras se batía con un perro delante de un cuño de basura del que asomaba una lata abierta de sardinas o un manchado papel de parafina o aluminio, cualquier desperdicio de un comedor, y participo de su triunfo cuando le gano la lata al perro. En el transcurso de una semana uno lo ha visto pasarle el dedo lentamente y chupar el contenido que se creía extinguido. Imposible que allí quedara una gota de grasa. Pero una lata de sardinas portuguesa o de carne prensada holandesa, procedente de la logística de las FAPLA o de las que se distribuyen ocasionalmente como raciones de guerra en algunas poblaciones angolanas, puede resultar milagrosa.

Nunca se hubiera creído, pero ese fantasma es su hase

alimenticia semanal. En el transcurso de ese tiempo uno lo ha visto dislocado en la misma avenida, con el mismo trapo encima y dedicado en forma completa y constante a escarbar un pote mugriento con una película de grasa recuperable. Hasta que él considera terminadas todas las posibilidades. Solo entonces se deshace del envase.

Es el momento en que el adiestramiento ideológico termina. Aunque podría continuar —y uno seguirlo— como una secuencia. Porque aquella lata va a ser rescatada por otras manos, las de un niño igualmente ansioso, cuya descripción es idéntica a la del anterior y que va a darle una nueva utilidad. Es decir, con el añadido de un poco de tierra, va a revolver contra el fondo. Y comenzará a comer.

Más no se trata solo de un niño que ha sobado un envase de sardinas durante una semana, ni del relevo que lo recogió y lo estuvo eswarbando otra semana. Se trata de decenas y cientos de ellos. Todos distrolicos, todos desnudos y descalzos, todos con el estómago vacío. Y algunos son ciegos y un número considerable —quizá la mitad— son inválidos porque han nacido con deformidades, y los que no son inválidos de nacimiento, una mina de la vista les arranco un brazo o una pierna.

Y si desconocen su nombre o edad, no hay que asombrarse de que desconozcan quienes son sus padres. Los más afortunados tienen la información y responderán que su papá está en la mata, en el monte, en la selva. Puede ser del wila o de la tsira. Y lo más seguro es que esté muerto.

No sabe donde huscar la parentela. Solo sabe que se encuentra allí bajo la lluvia y que sostiene una lata y que la lata contiene una hipotética película de grasa y que él la necesita, por muy hipotética que esta pueda ser. Y esa porción de conocimiento del mundo circundante y del resultado de sus leyes económicas parece suficiente para un niño educado por el blindaje de un estómago a prueba de bocados de tierra combinados con estragos de lata.

De los polveros y del movimiento de tropas y de las cosas que puede discernir y que uno cree que están a su al-

rededor de la masa de información ambiental que —, en ese lugar, podrá sacar en limpio —como estimado total— que es el rincón del mundo donde él se encuentra y donde es eventualmente localizable. Debe considerarse que es discutible el provecho que se pueda obtener del consumo de proteína procedente de violáceos órganos de insectos y que la ausencia total de niveles de comparación y de gramos de azúcar le impiden obtener sus conclusiones de lo que ocurre a su alrededor y afirmar o no que los tiempos sean malos, *mucho* malos, allí.

La observación sobre el escenario se mantiene. Ahora es uno el que trata de asimilar el enunciado de algunos asociados que disponen de un cabezal blindado y a prueba de golpes, un cabezal específico para el borrado automático de los ruidos en el sistema, que es la última fórmula conocida para calificar la angustia, y que son unos tipos analíticos y por los que uno, para describirlos, se toca tres veces la sien con el índice y que son los asociados y que te desarrollan el tema al final del cual uno debe despreocuparse del asunto porque siempre ha sido así, desde hace cinco siglos que llegaron los portugueses, desde entonces fue la forma y el estadio tribal, y si miras la cosa con objetividad la colonización fue un paso de avance en relación con su economía agrícola de consumo directo, y la acumulación originaria y el salto cualitativo y la plusvalía y el carajo, y ya saldrán del subdesarrollo, tu veras; por lo pronto han logrado la libertad y tienen una nación, que, por lo menos, es el primer peldaño de la escalera y sirve para empezar aunque, conceptualmente, la distinción de país soberano solo sea para comprensión de los cuadros y el gobierno.

Aunque, fíjate, broder, puedes alegar que tu has visto el centenar de chamacos con los vientres abultados por las cargas de parásitos y has estado en un contacto tan cercano que los has oído y has visto sus ojos grises y los gusanos gozando en una herida que va nunca sanar y puedes explicar, tranquilo, que ese es el motivo por el

que prefieres escaparte a prima noche y burlar la protección de los escoltas del jefe, que lo creen durmiendo o por lo menos con la cabeza sobre una almohada, mientras ellos juegan harajas o recuerdan los respectivos lances amorosos o discuten sobre el más aniquilador de los golpes de karaté y piensan que lo tienen a buen recaudo y, de acuerdo con el ideal consolidado de los grupos de protección personal, se lo creen completo, que el Viejo, como dicen, está reposando con el objeto de que el cerebro se le mantenga fresco para idear la captura de Savimbi, y llegarte entonces a la fuente donde la ninfa de bronce surge de un pedestal de mármol cada vez más sucio de polvo y hojas muertas y donde antes de la liberación había surtidores de agua y paseos los domingos y donde ayer contactamos a los chamaquitos mientras asaban una rata en pua con la que incrementarían la dieta de aquella tarde y que habían cazado y aplastado a pedradas y que no iba a alcanzar ni para un pellizco de carne por boca, y donde acordamos reunirnos con el comando que estaba compuesto por 100 niños umhundos grises y aventados de parásitos y siete u ocho cubanos y dos oficiales angolanos de la Seguridad con un jeep hasta los topes de raciones de campaña bajo el mando del general de división Raúl Menéndez Tomashevich.

—Diles —le dice el jefe al capitán Ruiz Cunha— Traduce esto. Diles que en nuestro país era igual.

—Dice el gran jefe cubano que en su tierra acontecía lo mismo.

—Diles que yo tuve soldados en mi guerrilla que eran iguales que ellos. Unos negritos así, lagñosos y grises. Igualitos.

—Dice el gran jefe que allá había hambre.

—Diles que tuvieron la barriga llena de lombrices y pidieron limosna y comida de la misma manera.

—Dice el jefe que en su tierra no había funche y que sufrían.

—Pero diles que no se preocupen. Diles eso. Que yo hablé con el camarada Lucio Lara y que aquí vamos a hacer

un palacio de pioneros y ahí van a tener meriendas y cuadernos escolares y que van a recibir clases. Pregúntales si ellos saben quién es Lucio. Y que si saben qué cosa es un cuaderno.

—El gran jefe dice que el gran jefe angolano Lucio Lara le dijo, camarada Tomás, aquí vamos a tener un organismo.

—Correcto —dice el jefe, concluida la primera parte de su misión al frente del comando—. Ahora diles que esto lo envió tío Fidel desde muy lejos. Pregúntales si ellos saben quién es tío Fidel. Y diles que empiecen a comer, que no tengan pena.

Quizá les resulte poco relevante, por lo pronto, que la marcación del mapa donde el comando se ha dislocado sea un viejo nudo de comunicaciones terrestres en el centro de Angola, el lugar que ahora llaman Cuito Hié y antes llamaban Silva Porto, y que cuente con caminos aún asfaltados por donde transitan viaturas inmensas que transportan tropas, y que las tropas sean los hombres que ocupan las viaturas y que esos hombres sean los FAPLA, unos seres de pupilas amarillentas y de mirada noble y remota y dentaduras perfectas, y que lleven fardamentos que se asemejan al terreno moteado de hierba y que siempre están armados y siempre apurados y que el polvo y el rugido de los camiones soviéticos Mar los envuelva como si nunca se desprendieran de los efectos de las campañas de los tiempos de seca y que salgan a las afueras de Bié por unos caminos que tienen cráteres dispersos y los restos de otras viaturas que también fueron inmensas y que están volteadas en las cunetas, retorcidas y calcinadas y conociendo de un tan obligado como apacible proceso de oxidación.

Pero un día, uno que debe ser diferente a los otros y que debe tener lugar aunque sea ocasionalmente, ocurre que un camión FAPLA aparece, rugiente y proclamado por el polvo de costumbre, aunque extrañamente vacío. Un inmenso y ruidoso y camuflajeado y polvoriento camión

FAPLA. Uno autentico. Y está vacío porque viene en plan de recogida. A recogerlo a él y al otro y a aquella mocosa y a este, que parece tan espabilado, y a todo el centenar de muchachos que ha estado deambulando por las calles de Bie. Y esos tipos que se suman a la caravana y que vienen en los jeeps y que tienen unos rostros hoscos y las quijadas hacia delante como gavetas y que se creen que son los más duros del mundo con su despliegue de antenas Racal y de gorras caladas hasta las cejas, forman parte del operativo. Y todo eso significa que se va a producir el primer contacto con el orfelinato del MPLA. Y el orfelinato será el primer conocimiento de esos pioneros — así llaman a los niños en Angola— de lo que es una dieta humilde, pero consistente, tres veces al día, de harina de mandioca, arroz, harina de mijo, y quizá, si la dirección tiene fondos suficientes, y si es día de fiesta, un 11 de noviembre, por ejemplo, o un primero de mayo, de una rutilante lata de sardinas o de carne prensada, completa, aun sin abrir, para cada uno.

Todo debía ser y es lo que parlamentamos con Lucio Lara y lo que hubo de ser procesado en tiempo y forma. El acuerdo resultaba adecuado. El nivel de Lucio era Buro Político del MPLA. El jefe en persona le había dado — como se dice — taller al asunto y decidió hablar con Lucio — también como se dice — de jefe grande a jefe grande. El taller era cosa seria, porque es asunto de dedicación y de dar torno y vueltas a la pieza y pulirla y limpiarla de limallas y dejarla ajustada y sobre un patrón de calidad certificado. Primero, advirtió el jefe, había que saber que ese hombre era un nacionalista. Y lo definió como un santo. Dijo eso, un santo, lo cual quería decir que Lucio estaba consagrado a las tareas. Y terminó diciendo que debíamos ser muy delicados porque pónganse por caso a nosotros mismos, que no hubiéramos soportado que los soviéticos se entrometieran en los asuntos del Escambray. Lucio, un mulato con un chivo a lo Lenin y unas camisas y unos pantalones holgados y de colores tan paños como azules, espigado y magro de carnes, se distinguía por su dicción de intelectual y por el orgullo y la tristeza de su mirada y porque emergía por la rampa trasera del An-26 en la pista humedecida de Cuito-Bié vestido de civil, con sus magros colores, y rodeado por las felinas miradas de su grupo de escolta FAPLA.

El taller que dio el jefe y que compartió con Lucio fue que la costumbre del Ejército Rebelde y de los primeros años de la Revolución había sido la de ocuparse de los niños pobres — mientras hubo esa clasificación de niños

allí, advirtió—, y empleó el vocablo los angelitos aquellos y después dijo que partían el alma y dijo que, para terminar, lo único que necesitaba era autorización para proceder en Cuito-Bie igual que habíamos hecho en Cuba.

—La tienes, Tomás —dijo el camarada Lucio—. El pueblo muere, Angola se desangra. Pero yo te bendigo, Tomás. Yo te autorizo.

La confiscación como trofeo de guerra que se tuvo a bien practicar y que fue ejecutada siguiendo todos los procedimientos jurídicos de orden internacional de acuerdo con lo establecido por la Convención de Cuito-Bie del 17 de abril de 1982 refrendada por los oficiales, combatientes y personal agregado de la Operación Olivo presentada en el acto de la escritura del asudadocho losirumento Legal de Nuevo Tipo, recayó sobre la sólida mansión que perteneciera a un médico portugués y que había pasado a manos de Savimbi, o por lo menos en la que se estimaba que había ocurrido algo parecido y que si no fue exactamente que Savimbi residio allí o que la mansión estuvo al servicio de la UNITA (o quizá, peor aún, de la mismísima CIA) fue que Savimbi había pasado cerca. Y el caso es que la instalación quedó de primera cuando recibió los últimos brochazos de la grasosa pintura verdeolivo que se agenciaron los retaguardieros. Un primer resultado del cálculo por aproximación efectuado fue que el cabecilla de la organización fantoche había pasado de 2 a 13 kilómetros de allí, por lo menos. Lo ploteamos en el mapa.

—¿A qué distancia dicen? —preguntó el jefe.

—Entre el 0 y los 125 kilómetros, jefe.

—Jum —cálculo—. ¿De la casa, mijo?

—De la misma, jefe.

—¿Y cuando ocurrió eso, mijo? ¿Cuándo?

—Marzo del 76, jefe. El Savim iba echando con rumbo sur, como siempre. Porque los nuestros, también como siempre, venían pisándole los talones. El alante y los nuestros atrás. La persecución empezó en Huambo.

—¿Y ustedes dicen que es la única casa disponible?

—Casa no, jefe. Mansion. Un palacete se puede decir. Y de haber, hay. Pero la mejor es esta. Deje que usted la vea.

—Así que el estuvo ahí.

—Tiene que haber pasado, jefe. Tiene.

—Y seguro que se habrá querido quedar con la casa. Porque ese cabron no respeta la propiedad de nadie. Un cabron.

—Seguro, jefe. Seguro seguro.

—¿Y no tienen papeles? ¿No saben quién era el dueño anterior?

—Dicen que era de un colonialista portugués. Un mata-sanos ahí. Y que construyó esa casa para vivir bien. Y para tener la familia ahí.

—¿Vivir bien?

—Tremenda hurgues parece que era, jefe. Y católico.

—¿Católico?

—Y jugaba billar, jefe.

—¿Billar?

—Sí. Tenía ese vicio, jefe.

—Jum, cara.

—Y siempre está ese asunto del Savim por aquí. ¿no?

—Sí, no me digan nada. Un expediente cabron.

—Así mismo es, jefe.

—Jum. Mala la cosa. Mala de verdad. Continua, mijo. Continua.

—Oiga, jefe, nosotros estamos pensando que esa casa, con un poco de pintura y unos catres, queda de primera.

—Si ustedes supieran lo que yo estoy pensando. Si ustedes lo supieran, mijos.

—Usted sabe, jefe. Lo que usted diga es una orden, jefe.

—Porque me está pareciendo una cosa. Me está pareciendo que esa mansión no vuelve a ser de utilidad para los enemigos del pueblo. Eso es lo que me está pareciendo.

—Se pueden traer los catres de Luanda, jefe.

—La UNITA no vuelve a posarse ahí. Tú vas a ver. Lo estoy pensando. Como no.

—La comida, jefe, se puede conseguir con las FAPLA y con el comisario provincial de abastecimientos. Se les puede dar un banquete a esos muchachos los días de fiesta.

—Ese par de cabrones, el Savimbi y el portugués vicio, en ese nos la van a pagar caro. Ustedes van a ver, mijos.

Al jefe, antes de pasar a otro asunto, le parece conveniente advertir que un día de fiesta puede ser el 11 de noviembre, por ejemplo, que es el cumpleaños de Angola, o el Primero de Mayo, que es el de todos los proletarios del mundo. Comoquiera que procede a su inmediata ampliación, uno se percató de que el enunciado se le ha quedado corto. El de todos los proletarios del mundo que están unidos, concluye.

Ahora el aporche es a Bie y a bordo del infatigable chipujo y llevamos la misma ropa moteada de las FAPLA y sabemos que ésta es una guerra civil y que las funciones están previstas y reglamentadas y delimitadas y que no puedes disparar si primero no te disparan. Los camaradas cheles. Los cubanos. Los camaradas asesores. Los camaradas cheles asesores cubanos. Los más desarrapados y los más decididos y los más locos y los más aterrillados y los más vehementes asesores militares del mundo. Vamos capeando el temporal y haciendo lo posible por acabar de pegar el tren en esa pista encharcada de Cuito-Bie y ya sabemos que la cosa es limitarse al asesoramiento en materia de contrainsurgencia de los compañeros de armas de las FAPLA en interés de ganar la guerra antes de que el país colapse. Unos fracasados del carajo, es lo que somos.

Si ven a esos muchachos desarrapados y macilentos de Cuito-Bie y huelen sus malolencias, que malolientes es poco para las fosas del hambre, y hubieras visto como se te escapaban de las manos y huían como sanguijuelas resbaladizas los muy impertinentes y chillones, que parecía que iban para un fogón del infierno y no para un orfelinato recién pulido y caleado y verdoroso de la pintura procedente de un regimiento cubano de tanques T-55 y que

ya era el orfelinato que se llamaba Victoria de Quifangondo y hubieras copiado como se restituyeron a su parque, su mustio y sucio y desprovisto de alimentos y abrigo, su parque de origen y a sus cenas ocasionales de ratas y a la síntesis de toda la miseria del mundo, esos cabrones saltando fuera de los camiones y echando por tierra toda nuestra sed de justicia, hubieras entendido.

Quedo el ceño fruncido de Tomas, el mismo que uno sabe que es el de las batallas que ya el sabe que están perdidas, o mejor dicho, que no es el momento ahora para ganarlas, y comprendes entonces que el orgullo y el valor carecen de utilidad ante una derrota inevitable y que es absurdo empeñarse a fondo cuando no hay nada que hacer, a no ser otra cosa en otra dirección, apuntar hacia la nueva tarea y recoger matules, como se dice, para empezar de nuevo.

—López, El Oficial de Guardia de Bie a cuatro minutos.

Uno oye esas turbinas y sabe que el hermano soviético está entero y que no habrá problemas de ninguna especie y que estamos a bordo del infatigable chipujo y aproximamos a Bie y uno se imagina el fuselaje allá afuera y es el viejo Antonov cargado de cubanos y de metralla y con sus altivas siglas FAPLA T-203 rasgándose por la velocidad y curtiéndose con los rafagazos de la lluvia mientras uno observa el reflejo del relampagueo en los instrumentos de la pizarra y ya nadie va a discutir que nos estamos metiendo en una barrera de cumulos potentes y que es infranqueable y piensas que puede ser que estes en un sueño y te importa un bledo lo que Baracoa dice que leyó una vez de aquel jubilado as de la aviación yanqui o de la aviación francesa o de la aviación inglesa que se puso a pontificar en un libro con la idea de que todo aviador debía prepararse para cruzar una barrera de cumulos por lo menos una vez en la vida.

Uno responde como si fuera una broma pero de alguna manera en serio o por lo menos para disipar la tensión, que le parece que esa teoría es discutible y una actitud poco constructiva de ese tipo y agrega que uno también

se encabruna por la cuestión de que cualquiera se crea con el derecho de la intromisión profesional y asegura que uno tiene su moral porque nunca ha pensado que va a pilotear aviones cuando se retire de la escritura ni se va a poner a atravesar barreras de cumulos potentes y el hecho objetivo es que quien está aquí arriba es uno y sabe que lo único que está esperando El Oficial de Guardia de Bie es que Baracoa meta nariz para dejarte al hermano soviético como un pañuelo y el sueño que tienes es que estás a bordo de un An-26 soviético que vuela sobre el altiplano africano y que no es verdad que tu estés allí porque es irreal que uno esté a 1 000 pies del altiplano escuchando el ronroneo estable y seguro de un An-26.

Uno está volando a 450 kilómetros por hora mientras ya sabe que al hermano no le alcanza el techo teórico ni la potencia de los tres motores —los dos turbo y el ru— ni la geometría de la máquina para irse por arriba —“López, mira al frente. No lo pasamos”— y cambia ruta y por en crisis el estimado de llegada y guarda el tren si lo sacaste y vuela como en silencio y en lentos y cuidadosos banqueos por los bordes de la formación porque es imposible irse por encima de su cima en forma de yunque y acepta los auriculares que te presenta el radista para que sepas todo lo que la semilla de ese cumulo trae dentro y que es la naturaleza del techo plumizo y cada vez más ennegrecido que se cierra sobre la antigua sabana ganadera de Cuito-Bie donde el sol estaba calentando este mediodía y donde la temperatura ha comenzado a descender meticulosa, consistentemente, hasta que logre establecerse en los 6 grados Celsius.

—López, el radar en meteo. El Oficial de Guardia de Bie a tres minutos. No lo pasamos.

—¿Quién dice?

—No pasamos.

—Pero ¿quién dice?

—No lo pasamos.

—Pero que se cree esa nube de mierda.

—López, no pasamos.

—Reduce potencia.

—López.

—Reduce. Y dile a la gente allá atrás que se aguante.

—López.

—Tren arriba.

—López.

—Arriba. Aguantiense, que ahí vamos.

—Ahí vamos, López. Dale. Y qué cojones.

—Esa es la cosa. Y guapo ahí. Y que cojones.

HACIENDO SABER que el general de división Raul Menendez Tomashevich llamo al personal medico de la Operación Olivo destacado en el hospital de Huambu y le dijo: "Has que poner de alta a la chama esta", retirándose a la ciudadana angolana que dice llamarse Teresa Nandimba y que es menor de edad y sin mas señas.

POR CUANTO el mayor Luis Conde, que puede ser descrito como hombre de estatura baja, sonrisa remotamente dulce, mirada dura y con el pantalón FAPLA apenas disimulado por la bata blanca siempre ajada en el hombro por la correa del AKM, cirujano de profesión, el cual, según propia declaración, encuentra acostumbrado a meterle bistiuri a la gente, queda al frente de lo que se denomina como Fuerza de Tarea Caperuza Roja de la Victoria encargada de llevar a vías de efecto la dirección del golpe principal de la Operación Chama 81.

POR CUANTO una compañera que puede y debe ser descrita como bonita enfermera cubana, una mulata lavada, Nestora, ha declarado de inmediato que la quiere criar y sabiendo que no es fácil, si se tiene en cuenta que ella es aun soltera y sabe desde el principio que va a ocurrirle lo que denomina como encariñarse con la muchachita y que luego la misión va a terminar y llegara el momento de la despedida.

POR CUANTO el personal de Caperuza Roja de la Victoria ha decidido conducirla a la denominada Casa de las Enfermeras y que la ciudadana angolana menor de edad se resiste a la idea y expresa su incomformidad con ver apeada del transportador blindado soviético BTR-152 y que se niegue a entrar o ser introducida en la mencionada Casa de las Enfermeras y que cueste bastante esfuerzo despegarla del teniente coronel Pablo Diaz, el cual por su parte hace todo lo posible para que la niña se le mantenga pegada.

POR CUANTO finalmente y al parecer a la fuerza es ingresada en la casa del personal medico de Olivo, y al censurable hecho de que el primer día se empeñe en comer en el piso y sea evidente que las mesas no existen para ella, ni los cubiertos, ni lo que suele calificarse como buenas costumbres, lo cual propicia un sólido argumento para que las compañeras enfermeras del personal cubano descalifiquen a los asesores de la BII-39, quienes fueron incapaces de enseñarle mejores modales, lo cual a su vez es material útil para que el general de división Menendez Tomashevich aproveche y puntualice su respeto por esos hombres al decir: "Los pobres, ya hicieron bastante. No se les podía pedir que combateran y que estuvieran criando vejigos. Y se salvo de que no le soplaran un ralagato en esas hierbitas moviéndose."

POR CUANTO la primera tarea de las compañeras enfermeras es coger de la manera que ellas denominan en serio una bata y un short a la ciudadana angolana menor de edad y luego de bañarla también de la denominada forma en serio, la primera vez con agua fría, y luego caliente, lo cual ocasiona un enorme gasto de sus preciosas reservas del equipo de higiene personal al emplear todo un pomo de champu hulgareo en la cabecita empegustada y dura de esa niña que da alaridos frente —o debajo— a su primera experiencia con una ducha, se descubre que la mencionada niña tiene un pelo duro pero brillante como el arachache.

POR CUANTO la primera tarea del mayor Conde es determinar el estado general del objetivo Teresa y que dos meses después de sus primeros exámenes puede decir que la tiene vestida y con la salud de una cubanita, pese a que ofrecía un cuadro desolador, y que le informara al general de división Menendez Tomashevich: "Lo que tenemos es una niña distrofica, anémica y poliparasitada, los piecitos lastimados de caminar sin zapatos, paludismo crónico, esplenomegalia por paludismo crónico, el bazo a la altura de la fosa iliaca izquierda. Y con un solo tanto a su favor: una buena y firme dentadura."

POR CUANTO tendria 8 o 9 años de edad y que el mayor medico Conde hiciera sus calculos a partir de la dentadura y las placas de los huesos y que fuera totalmente curada de las enfermedades que la minaban puesto que el requerimiento, según el mayor de Servicios Medicos, "venia de arriba", ya que el general consideraba conveniente saber que clase de terreno estábamos pisando.

POR CUANTO fue sancada a base de un tratamiento de Cloroquina y Primaquina, lo cual no es óbice para que se intente proporcionarle atención en el Instituto de Medicina Tropical "Pedro Kouri" de La Habana, para que, según palabras del galeno, se siga viendo hasta que le den de alta por completo.

POR CUANTO además tema parásitos intestinales, los cuales le fueron liquidados con Minievol y que se le enseñara a digerir las sumodichas pastillas.

POR CUANTO se aproximaba de cualquier manera a los 8 o 9 años de edad, lo cual se determinó por la dentadura y por las placas de los huesos debido a que, dice el mayor galeno, la edad ósea debe tener correspondencia aproximada con la edad cronológica y que a esa edad la primera dentición debe estar completa, lo cual es el caso.

POR CUANTO la mamá se llamaba Ana Nandimba, angolana, y se decide mantenerle ese apellido, y que su padre, llamado Figueiredo, portugués, del que no recuerda si es el apellido o el nombre, pero que se fue para Portugal dejándola en estado de abandono, a lo que añade que la madre murrio, que la UNITA le produjo heridas con katana, que es el machete para los angolanos, y que diga que se puso magra, es decir, flaquita, y que afirme que estaba con ella cuando murrio y que tenía, dijo, un hermano que se llama Isaac y vive en Lisboa con su papá.

POR CUANTO estaban reclutados en un campamento de la UNITA donde son llamados populares, que es el eufemismo contrarrevolucionario para denominar a los esclavos.

POR CUANTO la observación del general de división Menéndez Tomashevich —mas bien impuesta, según el indisciplinado criterio de algunos compañeros— acerca del carácter guerrillero de la niña no fue gratuita, ya que encerraba un objetivo definido, queda demostrada por el hecho de que ella se haya percatado de inmediato en donde está la autoridad y quien da las ordenes y a quien le gusta aparecerse con los pequeños regalos.

POR CUANTO es cierto que el jefe tiene buen ojo para escoger su personal, y que siendo como es el general, de cabeza hinchida y de una redondez casi perfecta, lo cual es uno de sus símbolos personales que el gusta de cultivar en su *toilet* matinal —cuando las rudas condiciones de la vida en campaña se lo permiten— y que incluye en su proceso de afeitado el pasarle cuchilla a toda el área pilosa que le queda, es comprensible que Teresa nunca lo llame *careca*, que es calvo en portugués, y que llame

como a otros combatientes aunque tengan la cabeza mas poblada que el general pero que no ejercen el Mando, y que sea de alguna forma natural que, con su voz chillona, salvaje, convierta a un heroe revolucionario con todos sus cargos —general de división Raul Menéndez Tomashevich, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y jefe de la Misión Militar Cubana en Angola— en su *chefe* o abuelo Tomas.

POR CUANTO tuvo problemas de adaptación en la escuela angolana y Nestora decidió ponerla en manos de Maria Isabel Rivero, una profesora habanera integrante del Destacamento Pedagógico dislocado en Huambo, y que quizá el proyecto de Nestora surgiera entonces y que Teresa aportara los argumentos políticos, los cuales fueron, según Nestora, que Teresa lava y tiende, es decir, sabe atender una casa, así como que identifica los retratos de Martí, del Che y de Fidel y que es propietaria de cuatro muñecas —tal es el número exacto de la lluvia de juguetes procedente de la isla—, y que sabe cantar muchas canciones cubanas y su favorita es "La guantanamera", y que hojea las revistas y pregunte si los niños cubanos son esos pioneros siempre sonrientes que aparecen en las fotos y, por tanto que parezca en Occidente, están anunciando el socialismo y no un dentífico.

POR CUANTO fue recogida entre los linos de un riachuelo en septiembre de 1981 y que cuatro meses después fuera la muchachita que iba de la mano del jefe de la Misión Militar Cubana en Angola en los actos por el aniversario del triunfo de la Revolución cubana, pero que en los primeros días, a la hora que se le suponía durmiendo, sacara la cabeza por el mosquito y sus ojos brillaran y costara mucho esfuerzo que aceptara el paso de los helicópteros cerca de su presencia y que sus traslados en la ambulancia le fueran de difícil aceptación porque es cerrada y no abierta como los BTR.

POR CUANTO una noche escapo y corrió hasta un parque y hubo allí un tenso escarceo que debe haber preocupado a los escuños transeúntes angolanos porque en realidad se estaba forzando un poco la situación con aquella niña que lloraba y gritaba en su dialecto quimbundo y un severo medico cubano y dos enfermeras tratando de hacerla razonar al mismo tiempo que la empujaban hacia la ambulancia.

POR CUANTO hablaba quimbundo y respondía con miedo y que despues se descubriera que tambien hablaba portugues y

entendía palabras del español y que ahora domine dos idiomas y un dialecto.

POR CUANTO el mayor Conde propuso que se hiciera como una familia, familia en la cual el decidido, al principio, que ocuparía el cargo de tío, pero que Teresa hiciera caso omiso de su propósito y comenzara a llamarlo *pae*, de la misma manera que Nestora fue *mae* con toda justicia, y que finalmente la niña tuviera razón ya que Conde debía ocupar con toda naturalidad el cargo de *pae*; y que al principio ella lo llamara *tío chefe*, pero que rápidamente lo convirtiera en su padre.

POR CUANTO el mayor Conde explicó que se hizo necesaria una reestructuración en la familia porque venía mucha gente a ver a la niña, en especial los integrantes del grupo de asesores de la BIL-39, que ya la estaban malcriando, y que se imponía establecerle una disciplina y que finalmente esto se lograra y que ella no saliera a ningún lado sin pedirle permiso a Nestora o al médico, que es como debe ser.

POR CUANTO es importante aclarar que entre Nestora y Conde no existen más vínculos que los del trabajo y que sus vínculos son los del compañerismo logrados en una guerra y que tienen sus respectivas familias constituidas, por lo cual se le ha hecho saber a Teresa que ahora tiene dos pases y dos mases porque se le suman la compañera esposa de Conde y el compañero novio de Nestora.

POR CUANTO el mayor Conde declara que empezó a quererla cuando Teresa se le arrimaba buscando protección y cuando comenzó a darse cuenta de que todo lo hacía con mayor premura por regresar a "la casa" y colgarla del cuello y cuando los dos se abrigaban juntos.

POR CUANTO el mayor afirma que, de acuerdo con sus observaciones, la niña tenía problemas en la coordinación motora y que se salía de las rayas de la libreta, por lo que arregló esto con un rompecabezas para armar, que le enviara su señora esposa desde Cuba, y con libretas adecuadas y enseñándola a dibujar con libretas rayadas, para que se enmarcara dentro de las líneas.

POR CUANTO todas las desgracias comenzaron con un oficial angolano que aseguró que la problemática de los niños en Angola no se resuelve con la adopción de uno o dos de ellos por los cubanos.

POR CUANTO el mayor Conde confiesa que podía darle la ra-

zon perfectamente, y lo sabía, aunque en ese momento le estuvieran mordiendo y afectando sus propias convicciones sobre la necesidad de un orden rígido en los estamentos de la vida y la organización social.

POR CUANTO el mismo mayor Conde tiene la experiencia del otro niño que había recogido, que lo habían quemado con alcohol y los ojos mientras dormía porque era un defensor de los cubanos y al que había curado bajo los efectos de la anestesia —no hay quien resista esas curas sin anestesia—, y porque había cometido la probablemente razonable o más bien justificable indisciplina de, al muchachito y su pandilla, dejarlos dormir en la ambulancia, y todos muriéndose de frío y él explicándoles: "Se tienen que ir antes del amanecer para que no me husquen un lio." Porque antes dormían bajo un árbol frente al patio del hospital. Y después lo curó y lo tuvo semi-consciente en una habitación del hospital. Y luego tuvo que despedirlo. Y que él le dijera: "Por Conde, llévame para Cuba igual que a Teresa." Y que, afirme, antes de concluir su misión lo pondrá al abrigo de los cubanos que se queden allí.

POR CUANTO las autoridades angolanas aceptaban en principio que la chiquilla fuera adoptada pero dejaban establecido que solo la correcta conducción de la guerra y el triunfo en la lucha contra los racistas sudafricanos y los fantoches de la UNITA iban a crear las condiciones para que la República acometa la solución verdadera del problema.

POR CUANTO en las vísperas del cumplimiento de la misión, ya en la capital angolana, se ensayaron diversas formulas para enviar la niña a Cuba y que el mayor Conde y las enfermeras se las arreglaron para involucrar al general de división Menéndez Tomashevich, quien adoptó una mal fingida pose de no saber lo que estaba ocurriendo a su alrededor mientras inusualmente inauguraba una etapa de ceremonias protocolares para un personal hasta entonces no comprendido en las Especificaciones de Recibimiento y/o Despedidas de Dignatarios, Personalidades Públicas u Oficiales del Más Alto Rango, ya que había la esperanza de aturdir con semejante despliegue a los funcionarios de la terminal aérea y en realidad los únicos aturridos fueron una considerable cantidad de sargentos y tenientes despachados a hombro y platillo por el legendario general.

POR CUANTO uno vio a Teresita y participó en algunos de estos operativos de tipo comando que siempre fracasaron frente

a las defensas burocráticas y contemplo a Teresita con su boca de viaje y su rostro de angustia al retornar del aeropuerto, de Luanda y ver frustrado su viaje al país cromado que habu visto en las revistas cubanas.

POR CUANTO durante mucho tiempo la niña nunca paso de la lona, ya que cuando no erun los cubanos encargados del suelo militar eran los angolanos de Inmigración, que siempre descu hrian una irregularidad en la documentación y los cuales, en más de una ocasión, llegaron a pronunciar las aviesas palabras secuestro internacional y de que, en fin, estuviera ocurriendo lo que Menendez Tomashevich llamo entre dientes el maldito cerco de la burocracia.

POR CUANTO la conciencia contra la invisible pero intras queable muralla de reglamentaciones nacionales angolanas y cubanas e internacionales de las Naciones Unidas y de las convenciones de Ginebra y de La Haya y del Pacto de Varsovia tuvo solucion definitiva al seguirse los procedimientos legales adoptar a la niña y solicitar a la Inmigración angolana todas las planillas y llenarlas.

POR CUANTO Nestora, soltera, pero actuando como una madre responsable, vio partir a todo el grupo que habia cumplido misión con ella y se mantuvo en Luanda y cuando alguien le insinuó que regresara a Cuba, porque los compañeros que se quedaban en Angola se encargarían del asunto y luego se la mandaban para San Agustín, la modesta barriada habanera donde vive, respondiera con un razonable e inequívoco: "¿Es tón locos?" y que Menendez Tomashevich apoyara a regañadientes la operación que él mismo calificó de acatamiento a la legislación vigente sobre la materia y alargara indefinidamente la estancia de Nestora y Teresita en Luanda y cuya argumentación para el suusdicho alargamiento para consumo de la burocracia militar fuera "permanencia en territorio del hermano pueblo angolano por interés operativo de esta Misión".

POR CUANTO Nestora, según las leyes angolanas, estaba incapacitada para adoptar un menor porque era soltera y no tenía la mayoría de edad.

POR CUANTO el descubrimiento de un artículo de la Constitución de la RPA, que permite la protección domiciliaria a los huérfanos de guerra, le dio la custodia de la niña y que los cubanos le otorgaran una beca de estudiante y que la cancellería angolana extendiera el pasaporte.

POR CUANTO se establece el cumpleaños de la niña el 15 de septiembre, que fue el día que llegó a manos del mayor Conde y su equipo de enfermeras, por lo que, por otra parte, coloca la fecha de nacimiento bajo el signo de Virgo que, casualmente, es el mismo del teniente coronel Pablo Díaz.

POR CUANTO en el momento de redactarse el presente escrito, 6 de junio de 1989, día de las celebraciones de San Norberto según las no siempre despreciables tradiciones católicas y que en Cuba, coincidentemente, es el del aniversario del Ministerio del Interior, ella efectúa sus estudios de secundaria en la escuela Mártires de Angola, de la barriada habanera de San Agustín, y que se debate en la disyuntiva de elegir para sus estudios universitarios entre la medicina o la carrera militar.

POR CUANTO ahora no se sabe con precisión cual es su edad, ya que ha empezado a desarrollar con evidente prontitud, y que quizá haya habido un error de cálculo de un par de años de menos.

POR CUANTO Teresa Nandimba ha olvidado casi todo el horror de su infancia y lo está borrando de su memoria aunque le queden en los brazos las quemaduras de las fogatas desbocadas del altoplano, y la mirada felina, silvestre y rápida, nada usual en el ambiente distendido de los barrios habaneros.

POR CUANTO arbitrará a la mayoría de edad cuando cumpla 18 años y entonces le será obligatorio elegir su ciudadanía y mientras eso ocurre la cancellería angolana renovará los correspondientes pasaportes y la cancellería cubana extenderá los correspondientes visas.

RESUMENOS, en uso de las facultades que nos están conferidas por haber ido a combatir por la libertad y la justicia de los pueblos hermanos, para lo cual fuimos capaces de desplazarnos a más de 11 000 kilómetros del lugar habitual de dislocación de nuestras familias, que si el tal Figueiredo lee esto algún día y quiere llevarse a Teresa, tiene que venir a buscarla, por lo menos, con el apoyo del ejército portugués. Mejor que venga con la OTAN. Los asesores de la ONU-39 ahora veteranos no solo del Escambray, sino también de Angola, gente encojonada de la primera reserva de las FAR, atentos a cualquier cuestión relacionada con la defensa, seguridad y custodia de Teresa Nandimba, lo estarán esperando.

Se somete a la consideración de todo aquel que haya leído. Y que firme al pie y esta de acuerdo.

Uno le confiere virtudes especiales a la palabra casimbo, porque es la primera de connotación africana que aprende, y lo primero que ve allí. Pero uno desconoce aun que está constituido por nubes de lento desplazamiento procedentes del Polo Sur. Y uno cree que está descendiendo sobre un campo de estratos cumulus que domina el horizonte y todo el territorio hacia el que el Illushin-62 se dirige cuando uno lo descubre. Y es una capa fresca y de turbulencia aceptable cuando la máquina lo penetra a los 400 kilómetros por hora de su velocidad inicial de aproximación. Y lo último que ocurre antes de ver el oleaje blanco y apacible avanzando hacia tierra en una diagonal por la izquierda a la trayectoria del avión y antes de ver la línea roja de la costa y los dos centenares de mercantes que ocupan la bahía de Luanda, como una recala obligada de buques fantasmas, fondeados allí desde la liberación, es que la nave se desprende del casimbo, lo deja arriba y por la cola. Y uno desconoce otra cosa, en ese momento. No sabe aun que unos brothers aún desconocidos acaban de pegar tren en su aeródromo de destino. Luanda. Reabastecieron a las 00.01 en la antigua capital provisional de la LUTA. Acababan de llegar de la plaza donde ayer lunes 9 de noviembre de 1981 estaba convocada la única batalla abierta capaz de alterar por algunos kilómetros la correlación de fuerzas a nivel mundial. Menongue. Tienen un An-26 con el olor intestinal y metálico de la sangre gravitando en el interior del fuselaje porque en su carga hay dos cuhanos heridos y la mitad

desmenbrada de uno muerto. Baracoa ha dicho despegar por torre Huambo y destino Luanda y creo que estamos bien de combustible. Tenemos tres horas y son dos hasta Luanda, acepta el copiloto, un mulato cuya única presunción era mantenerse calada la gorra para que su calvicie no aflorara en público, aunque el público habitual al que se veía expuesto eran sus cuatro compañeros de tripulación, todos los cuales conocían el objeto de sus desvelos. Y son dos hasta Luanda, repite Baracoa. Con eso tenemos una hora de reserva. Pero hay un camión cisterna por ahí, dice el copiloto, que se deja llevar por la práctica de la intuición. Aunque, dice el copiloto, yo creo que no hay problema. Aunque yo creo que sí, que si hay problema, dice Baracoa, porque estamos hablando demasiado. Y que yo sepa, nunca antes, en esta cabina de mierda, se ha hablado tanto antes de chequear instrumentos. Así que lo mejor es llenar los mierderos tanques y contar con las cinco horas de autonomía de este cabrón chipoyo. Porque el diablo son las cosas. Así que llámame la cisterna. Y dos horas después sobre Luanda no hubo manera de entrarle al casimbo, y por la radio abierta podías escuchar a Baracoa diciendo este casimbo está hoy del carajo y no hay forma de entrarle a Luanda y este cabrón casimbo está pegado al piso y torre Luanda diciendo cierto, camaradas, no hay forma de entrarle, regresen al alternio. Un alternio que era Huambo, dos horas para atrás. Mulato, le dice Baracoa a su copiloto, tienes el muerto claro hoy. Tiene tres horas de reserva en los tanques. Tiene un margen a su favor para jugársela con la navegación nocturna de Angola y para aceptar el reto de la ausencia de radiolocalidades en todo su territorio. Pegará el tren en Huambo y volverá a llenar los tanques, el chipoyo a full de combustible —y hasta le pedirá al operador de la cisterna que, por si acaso, le replete las cinco cantimploras de su tripulación—, y despegará de nuevo cuando torre Luanda informe que el casimbo abrió o que el casimbo levanto —que eso es lo que hace el cabrón casimbo, al amanecer, despegarse del suelo y elevarse indolente a una altura

conveniente para abrir el campo de visibilidad. Abrió completo hacia la mediodía, unas dos horas antes de que uno lo descubriera desde la altura de crucero del Il-62 y de que el avión lo penetrara antes de que un veterano de la travesía dijera ese es el casimbo y de que el avión se desprendiera de la capa de nubes y de que el paisaje se abriera limpio y de que uno viera allí la costa y los barcos que llevaban más de cuatro años fondeados en espera de que una administración revolucionaria en tránsito de la colonia a la independencia tuviera capacidad para descargarlos. Y en su desplome sobre la pista del aeropuerto internacional 4 de febrero, el tren de aterrizaje pasa rozando sobre los plateados tanques de la refinería de Luanda. Pronto estarán retorcidos por un fuego de lava. Un comando sudafricano se adjudicará el éxito el 30 de noviembre de 1981. Un paisaje familiar desde entonces. En efecto, si en algo hemos adiestrado la vista — nosotros, los cubanos — es en las ruinas humeantes, en la materia calcinada, y el olfato en la chamusquina. Veintitantos años de entuertos con la cia, hermano. Veintitantos. Las baterías antiaéreas están desenfundadas y se reconocen mientras el Il-62 efectúa su interminable taxeo. Nada personal en la observación. Es una nave arrendada a Aeroflot y su vuelo es majestuoso y estable y sirve para la transportación del personal militar cubano. Entonces ves el cementerio de aviones, que es el vestigio de la retirada del colonialismo portugués: cascos de cargueros fabricados en California soportan el sol y sereno de seis años de liberación, o de revolución, o de cualquiera que sea la cosa que este ocurriendo aquí. Y más allá de las balizas luminicas y del reborde asfaltado de la pista, descubres la tierra roja de Angola, el primer fragmento del paisaje que 200 000 cubanos ya han conocido y que uno trata de contemplar con la misma premonición que, supone, lo hayan hecho esos compatriotas. Y uno contempla su cementerio de aviones. Ahí tienes los restos de la fuerza aérea colonial portuguesa, las avionetas de antiguos y quizá prósperos agricultores y comerciantes, los inevita-

bles ejemplares de DC-3 que debieron pertenecer a efímeras compañías locales y los fuselajes ahora retorcidos de los Alouettes y otros helicópteros de procedencia euroccidental. Analogía inevitable: uno recuerda las máquinas abandonadas en Cuba por la misión militar norteamericana y el escuadrón de Sea Fury ingleses. Eran antiguallas comparadas con estas piezas. Pero hay 20 años de diferencia. Y de cualquier manera, si los portugueses recibían material obsoleto, si se compara con el empleado en su momento por las potencias reinantes de la OTAN, eso era su problema. (Un poco de fado, Salazar, vino, cascos blancos y fusiles FAI resultaron insuficientes para apuntalar la vieja estructura.) Es uno de los símbolos que recuerda a la Cuba de los primeros días. Uno despegó de una instalación muy cercana al cementerio de aviones del aeropuerto "José Martí", de La Habana, en la que se pudieron algunos Super-G Constellation y Britannia y alguno que otro DC-3, y recorre 11 000 kilómetros a través de la noche atlántica para disfrutar en primera instancia de un ejercicio íntimo: filosofar acerca de unos trastos. Los fuselajes de los North-Atlas mantienen su empaque a duras penas. Fueron aviones de transporte de la OTAN, diseñados para tropas paracaidistas —ahora una reminiscencia del empeño antiguerrillero portugués—; teóricamente capacitados para esta clase de lucha por su maniobrabilidad y capacidad de aterrizaje y despegue en pistas de tierra. Un bombardero ligero B-26 con cabina de plexiglas parece en excelentes condiciones, y capaz de volar. Y ese es uno de los símbolos: los medios militares abandonados al final de aeropuertos del Tercer Mundo. Fueron el orgullo de unas potencias hipotecadas. Al final, los portugueses solo sacaban cadáveres. Las transnacionales se llevaban el dinero. Uno de los países europeos más atrasados se aferraba, obstinado, a la antigua versión del colonialismo. La brutalidad que ejercieron sobre las provincias de ultramar se respira todavía en aquellos territorios. Y así que ya viste los emplazamientos de artillería antiaérea y el cementerio de aviones. Después te familia-

rizas con el paisaje y te cansas de tragar el polvo de los terraplenes que bordean el aeropuerto y descubres que no hay tales emplazamientos, que se trata de señuelos, aunque alguna vez fueron reales. Simulan cañones con artefactos de madera, o simplemente dejaron las cuñas de emplazamientos auténticos. Y estás en el terreno y conoces los vestigios de la caída de otro imperio y punificas sobre el vértigo de los años sesenta cubanos, que se reproduce aquí en medios aeronáuticos occidentales de tecnología más avanzada y en edificaciones derruyéndose por la sola acción del tiempo y en la agresividad de las pancartas revolucionarias cuyos mensajes totalizadores y compulsivos apenas permiten descubrir el rostro muchas veces angustiado o dubitativo de los revolucionarios. Y después tienes tu buen año. De lo mejor que se podía tener entre el 10 de noviembre de 1981 y el 20 de diciembre de 1982. Imaginen. Uno compartió el funche con un guerrero chokwe. Anegó sus viejas botas de soldado en el Luassenha. Oyó cantar una ametralladora ligera RPK en un cimbreante maizal al norte de Matala. Vio un pelotón de gente de la floresta con las cintas de proyectiles de RPK en bandolera. Cruzó el Longa y el Cuando y el Cubango. Atravesó la Sierra de Candjival. Durmió sobre una piedra de las ruinas de Chitapua y aceptó, resignado, el indolente y cada vez más próximo relampagueo bajo la capa de un soldado quimbundo. Voló a la base sitiada de Baixo-Longa. Participó del asedio a la 19 Región UNITA. Estuvo a bordo de todos los hermanos soviéticos Antonov, los entrañables chipojos, que remontaban el cielo de la errepea, y a bordo de todos los melones Mi-8 que se daban a respetar en el TOM Angola. Abrió trocha con un BTR-152 en las margenes del Cubelai. Vació su cantimplora con los desarrapados defensores de Baixo-Longa y escuchó su alucinante narración y estuvo en el área de enloque de sus amarillentas miradas cuando decían soportamos, camarada, una primera oleada de asalto compuesta por mujeres y niños, movidos como ganado por la UNITA, y gritamos, camaradas de la población civil, vamos a ti-

rar de la cintura para arriba, todo lo que se encuentre de la cintura para arriba es kwacha. Y nunca cogió paludismo y nunca estuvo más entero. Y nunca supo con mayor certeza que participaba de su última campaña, y supo desde un inicio que la captura de Jonas Savimbi era ya una quimera y que las oportunidades de preguntarle su parecer sobre la Reforma Agraria habían cesado, para siempre jamás. Y escuchaba el alto y orgulloso y sostenido sonido de los motores de un An-26 en el que se hallaba a bordo en la ruta de un sueño que ya entonces era lejano entre Luanda y Menongue. Y never more. Never more.

Libro segunda

Republica sin frontera

Nadie conoce todavía de esta batalla sin nombre, que compromete a un puñado *misturado* de valientes, entre civiles y militares, y entre angolanos, soviéticos y cubanos, y cuya decisión es retener Menongue, la antigua Serpa Pinto de los portugueses, capital de la extensa provincia de Cuando Cubango, a 2 000 kilómetros de Luanda y a 11 000 de Cuba, para impedir que Jonas Savimbi proclame un engendro titulado República Negra de Angola.

La historia se ve sepultada porque Savimbi y los sudafricanos, y alguna fuerza de tarea de la Agencia Central de Inteligencia (cia), conocen sus tropiezos y se aconsejan y eluden los mecanismos de publicidad. La otra es el empeño cubano de ignorar sus aventuras militares en latitudes diversas. Aunque esto último debe de ser algo más que un ejercicio de modestia o que la puesta en práctica de un hábito de contención. Debe ser algo más productivo que eso. Debe ser que existe una relación entre el tamaño de Cuba, que es el nombre de la isla en la cual se nació y en la que desde hace unos 30 años te ofrecen un akw (empezaron con las subametralladoras checoslovacas de 9 milímetros) para que al menor mal entendido te dispongas a batirte por ella, y el presupuesto de la cia, del cual se dice que tiene un monto considerable y que supe-
ra con creces el ingreso bruto de la susodicha y esmerriada isla, y que por tal razón, sepan esto, si no te vas por lo bajo, estas liquidado. Como se desprende del análisis, la fórmula de actuación impuesta por las circunstan-

...era un low profile. Es el ser o no ser nuestro saber avanzar de acuerdo con el enemigo.

Y uno no podía imaginarse, según la reflexión del general Menéndez Tomashevich, la clase de jodentina que iba a significar la república negra aquella. Y la clase de crisis en que lo pondría. ¿Cómo regresar a Cuba y decirle a Fidel Castro que se dejó tomar Menongue?

—Tenían su bandera y todo, mijo. La iban a plantar en la torre de control. Tomaban Menongue y ponían la bandera en el aeropuerto. Y ahí mismo yo me tenía que perder. Una bandera más fea que el carajo, te lo digo. Tiene un gallo negro con un sol amarillo atrás, y unos flequitos dorados en los bordes. La bandera ondeando sobre la torre de control y yo, ya tu sabes, mijo, alzado por ahí hasta el resto de mis días. Y lo más malo de todo, teniendo que oír a Savimbi en un radiecito de pilas. Savimbi proclamando su república, y yo obligado a oír los acordes del himno "nacional" de esos cabrones.

Bien, pues, mientras el Ill-62 de la primera travesía de uno a Luanda se hallaba sobre el Atlántico y encontraba un frente frío y una zona de turbulencia que obligó a buscar 12 kilómetros de altura en la primera etapa de la travesía de ocho horas nocturnas entre La Habana y la isla de Sal, el general estaba alzado en un sitio que consideró estratégico en las cercanías de Menongue, con el objeto de presentarle combate al batallón Bufalo, unidad élite del ejército sudafricano, y a más de 6 000 hombres de la UNITA, y salirse "de ese hueco, de esa trampa mortal que es Menongue".

Un instante crítico de la batalla por la independencia de Angola y de la lucha revolucionaria en el África austral. Ciertamente, la lucha —como anuncia la consigna favorita del MPLA— continúa. Es probable que los cubanos se hubieran percatado, pese al fragoroso triunfo político y militar que fue la liberación de Angola, que apenas se hallaban en el comienzo. Un sargento paracaidista portugués se lo había revelado a un oficial cubano en el lobby del hotel Panorama, de Luanda, en los últimos días de 1975 y en los primeros de la libertad angolana.

—Han llegado aquí muy bien. Unos verdaderos nerros. Pero has que ver cómo se van a ir.

Apenas seis años atrás, el 10 de noviembre de 1975 —seis exactos—, una ráfaga de artillería reactiva de su-21 lanzada por los combatientes internacionalistas cubanos desde los cerros de Quifangondo, a 17 kilómetros de Luanda, se proyectó sobre la granja avícola donde se concentraban tropas de Zaire y del Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), de Holden Roberto.

Acaso un segundo antes y a más de 12 000 kilómetros de distancia —tomando en cuenta las diferencias de horarios—, en las oficinas centrales de la CIA, en Langley, Virginia, el grupo de operaciones angolanas celebraba la inminente victoria. Entonces una segunda y una tercera ráfaga de 240 cohetes M-210F, de 2.34 metros de largo y 66.60 kilogramos de peso total, con 6.4 kilogramos de carga explosiva de trinitrotolueno cada uno, capacitados para lograr 50 metros de área efectiva de destrucción —también cada uno—, rugieron en Quifangondo. La noticia debe de haberse demorado en llegar a la oficina angolana de la CIA, que había sido adornada con papel crepé —papel crepé!— y donde servían champán very chill en vasos plásticos.

Uno piensa que resultaría interesante, alguna vez quizá, efectuar la debida investigación para saber cómo terminó la fiesta. Es posible que algún teléfono haya sonado y que alguien haya informado que en Quifangondo estaban barriendo con las tanquetas y con la artillería ligera y con una columna de combate completa —la aguerrida División Kamanyola, también conocida como Leopardos de Mobuto— y que resultaba improbable, más bien imposible, que la fuerza se reorganizara para el contraataque.

Los sobrevivientes tenían un testimonio y consideraban necesario llevarlo a Naciones Unidas: los cubanos estaban empleando armamento nuclear. Era difícil aceptar que se trataba sólo de TNT, el buen y viejo trinitrotolueno, y que ni siquiera en octubre de 1962 los cubanos tu-

vieron acceso a ningún ingenio que dividiera y sintetizara los núcleos de los átomos. Pero los zaireños estaban llenando de una experiencia alucinante a la mira, sin permitir de transición. Unas horas antes de Quilaneondo se yeron bajo el fuego de las ametralladoras anti-aéreas de cuatro bocas de 14.7 emplazadas en Cabinda por el comandante Espinosa. Hubo un resultado práctico y una retórica. El práctico fue que descubrieron el uso de las armas anti-aéreas en tiro directo contra infantería y blindados. El retórico, que la cuatrobocas fue rebautizada como la Diosa Blanca de la Guerra.

Se habían preparado para una marcha triunfal sobre Luanda. Habían salido de sus fronteras. Venían cantando y con tambores. Daban por sentado que el accionista principal del Panorama, Mobutu Sese-Seko, sería un anfitrión generoso en la fiesta de la victoria, para la cual los empleados del hotel estaban aireando los manteles y burlando la vajilla y distribuyendo las invitaciones, prensa extranjera y cuerpo diplomático incluidos. Se pasaba por alto que las lumbreras de la CIA, esos blanquitos, se adelantaron en Langley con su refrigerada celebración y con el papel crepe y los globos de colores.

Eso sin contar otras clases de fiestas en preparación. Porque hubo ese hallazgo efectuado por una patrulla FALA en la casa de un comandante del FALA —Barrio Saneamiento, proximidades del Palacio Presidencial— consistente en unos brazos, un muslo, con los músculos abiertos y sus rojizas fibras ya despellejadas, y unos hígados, seis piezas en total, y las seis de procedencia humana, adobadas y listas para el festín, que eran golosinas almacenadas para servir en la mesa de un jerarca del FALA, un auténtico letrado, con diploma de una universidad europea y trabajo de tesis publicado y cuyo nombre no se facilita porque es un antropólogo que decidió posteriormente acogerse a un plan gubernamental de clemencia del FALA y porque está vivo y retribuido con un cargo de cierta relevancia en el sector industrial.

Si como aseguraba Napoleón la providencia está siempre



El alférez UNITA Agostino José, alzado desde 1978, capturado en Massongue, niega haber participado en acciones contra la población civil y objetivos económicos de la región de Bie. En la selva afirma se dedicaba a la producción.



El soba Costa Sangombe, colaborador UNITA capturado el 6 de agosto recibe la noticia de su próxima liberación. Un momento adecuado para manifestarse arrepentido ante el oficial de la Seguridad. Campamento de recuperación del Ministerio de Seguridad, Cuito-Bie, 18 de noviembre de 1981.



Una niña anticarro volante a su madre en el campo de labranza mientras el dormía a la espalda sostenido en el paño. Jonas Savimbi y los proveedores ignoraban la imagen.



Tienen una sola fortuna: la luz solar. Pero en 90 minutos la temperatura descenderá hasta los 6 grados Celsius. Cuito-Bié, noviembre de 1981.



Nestora Padilla, Teresa Nandimba y una muñeca aún sin nombre. Primera fotografía de la familia. Huambo, 20 de noviembre de 1981.



El explorador FAPLA porta un AKM. Detrás, un tirador de lanzacohetes RPG-2. Ambos pertenecen a la etnia quimbundo.



Un guerrero chokwe en las Tierras del Fin del Mundo.



El general tiene un nombre de código actualizado para su segunda campaña angolana. Le reporta orgullo y agresividad. Lince.

por el lado que posee la última reserva, debe reconocerse que en Angola se registra la excepción que —uno no sabe ahora hasta dónde— confirma la regla, cuando la reducida fuerza de choque cubana rechaza una ofensiva del ejército de Sudafrica (el más poderoso del África austral), de la unidad élite zairita, de una agrupación mercenaria (integrada por veteranos de Vietnam) y de dos movimientos contrarrevolucionarios apoyados por Washington o similitos eventuales. El hecho es que Cuba estaba apostando todas sus fichas al MELA, la única organización angolana, ante sus propios ojos, limpia de polvo y paja.

El FUNA, la gente de Roberto, gozaba de la compañía de las fuerzas de Zaire y de John Stockwell, el buen mozo jefe del grupo de tarea cía en Angola, que asesoraba y tomaba nota de los requerimientos de logística. La DINTA, del doctor Jonas Malheiro Savimbi, luego de transitar la trágica selva de las relaciones con la más tenebrosa de las instituciones del colonialismo portugués, la Policía Internacional de Defensa del Estado (PIDE), y de alimentar su racismo y de obtener armas socialistas y un poco de plata de funcionarios chinos ideologizados por la última era de Mao Tse-tung, y al parecer bastante mal informados, decidía colocarse bajo el estandarte sudafricano. Angola iba a ser irremediable e inexorablemente repartida. Excelente pastel, con diamantes, uranio, petróleo, oro, café, madera, ríos.

Los portugueses, con su obstinado, rancio colonialismo, estaban técnicamente fuera del juego. Era la hora de las modernizaciones. De cualquier manera había que certificar a la cuenta de Lisboa haber dejado un país en estado de semitribalismo, donde toda la mano de obra calificada era blanca y una abrumadora parte de la población que debía acceder al poder en caso de que se insaurara lo que parecía una quimera de Estado eran hombres que ni soñaban con que por lo menos sus nietos arribarian en el presente siglo a las relaciones de producción mercantiles y que vivían en situación de consumo directo de supervivencia.

de procedencia carabali y yoruba, hombres reconocidos en Cuba por su rebeldía desde que fueron desembarcados como esclavos en las plantaciones cañeras de esta isla, los cubanos habrían de encontrar en ellos no sólo a nietos puros de sus antepasados —y los nietos de los antepasados a los presentes mezclados con descendientes de españoles— sino a hombres de una gran dignidad interior, pero de reacciones lentas, y con sus grandes silencios y su ortodoxa cortésia. Les gusta que coman su comida. Se muestran honrados por ello. Mas con esa característica exasperante para los cubanos, sobre todo en situación de contingencia, no toman decisiones con rapidez. Son cientos de miles de hombres que padecen de paludismo crónico, y es explicable que se fatiguen con frecuencia así como que —en justo pago— una humedad relativa del 25% agote a los cubanos acostumbrados a una humedad del 80% en su isla.

La alteración del proyecto original se produce en noviembre de 1975 cuando tres o cuatro centenares de hombres, algunos, los menos —los cubanos—, rabiosamente comprometidos, y los otros, del otro lado, mortalmente ignorantes, entablan combate. Son unos poseídos desembarcados de un maltrecho turboreactor Britannia, sin más reservas que las contenidas en sus mochilas. Constituyen la fuerza comprometida con el MPLA, de Agostinho Neto, y se dislocan en Quifangondo. Lograran una victoria imposible y sabrán venir desde abajo y luego dirán que eso es empeño y la obstinación de no regresar con las manos vacías. Tuvieron sólo un momento de respiro: el arribo del primer carguero cubano, aunque se tuvo a bien informarles que controlarían su entusiasmo porque ese cargamento era toda la logística de que se disponía para ganar una guerra contra cuatro ejércitos que, por lo demás, ya estaban en el terreno desde hacía años y con las fuentes de abastecimientos pegadas a la cola, es decir, tenían retaguardia, que era algo de lo que ellos carecían, aunque no se podía decir que de forma absoluta. Porque dispu-

sieron de un poco. Se hallaba en las bodegas de ese buque fantasmal llamado "Vietnam Heroico" fondeado en las oleaginosas y cansadas aguas de la bahía de Luanda.

Los conceptos de geopolítica y de hegemonía y de superpotencia entran, por su parte, en discusión. Por lo menos requieren de un severo y minucioso análisis porque desde Cuba un hombre en permanente estado de movilización y uniforme de guerrilla y con una barba de montaña va a consumar su golpe maestro. Y aprieta los ojos frente al mapa y dice no pueden moverse. "Nuestros enemigos, los todopoderosos yanquis, Vietnam y Watergate los han congelado. Y no pueden moverse. Así que llegó el momento." El mensaje a Agostinho Neto es de ese día: "Si aguantas 24 horas, la Revolución se salva en Angola." 5 de noviembre de 1975. El mensaje está siendo cursado a través del Atlántico cuando se inicia el vivaqueo en el campamento al oeste de La Habana de los muchachos de Tiopas Especiales, del Ministerio del Interior, los mismos que en pocas horas se dislocarán en Quifangondo, y, mientras, unos ingeniosos mecánicos de Cubana de Aviación echan por tierra las normas de seguridad aérea y los requisitos del fabricante y colocan los bidones adicionales de combustible al Britannia que inaugurara el puente aéreo, en tanto en Luanda, con igual determinación que impaciencia, esperan unos escasos 15 cubanos, los asesores del MPLA, procedentes de las FAR, bajo el mando del primer comandante Raul Diaz-Arguelles.

Es el otro genio de esta guerra, con su costumbre de afilar los cigarros de picadura negra, sus rompepechos, entre el índice y el pulgar y apoyandolos contra la esfera del reloj, y Fidel allá aprendiéndose Angola frente a los mapas y Diaz-Arguelles acá en el terreno y los dos estableciendo una telepatía de combate que no va a fallar.

Lo único que falla es el cruce del ora-152 por encima del campo de minas que los mismos hombres de Raulito sembraron esa mañana, después de todo lo que el había previsto: cada paso de los sudafricanos y donde emboscar las ametralladoras y emplazar los morteros para es-

perarlos, y que entonces el conductor le dijera, comandante, la noche cerró y yo creo que por aquí es por donde estaba el campo minado, y que el le pregunte que si se ha apendejado o qué coño le pasa y pierda una pierna y tenga metralla en la femoral y le diga a su hermano de campaña, el comandante Cintra Frias, que le sostiene la cabeza como a un niño, coño, Polo, no me dejes morir, que es lo que dice sacudido por los temblores, y todos bañados de cascos y pegotes enrojecidos de tierra.

Quiró el desangramiento le concedió tiempo para acordarse del capitán San Luis, Eliseo Reyes, el lugarteniente del Che, su otro hermano de la guerrilla, con la femoral rasada por un balazo en la campaña de 1967 en Bolivia, aunque quizá Díaz-Arguelles creyó que lo único que había perdido era esa pierna, aunque quizá San Luis supo que era en la femoral porque quizá se acordó de aquella noche de 1961 en la campaña contra los bandidos en Pinar del Río cuando trajeron aquel alzado aún con conciencia y dispuesto a declarar todo lo que pudiera para mejorarse con sus captores y que se quedó con la palabra en la boca, blanco como un pomo de leche, y San Luis dijo, este hombre se ha desangrado, dónde pudo ser ese balazo, y el teniente Juan Carlos comentó, en la femoral, capitán. La femoral.

Esos locos, esos kamikazes, esos irresponsables, esos tipos enfebrecidos que se disponen para el combate entre la exaltación y la broma y siempre bajo el aguacero de los proyectiles y los cascos de la metralla y hundidos en una trinchera y que son de Tropas y de las FAR, establecen tensas cabezas de playa con el objeto de ganar tiempo para dar la oportunidad a Fidel Castro de que sature el terreno —10.9 veces el tamaño de Cuba— de hombres y medios. El refuerzo está en camino, aunque a estas alturas nadie conciba que un país del Tercer Mundo con sólo 10 millones de habitantes y 150 fábricas de azúcar como todo capital humano y económico pueda trasladar brigadas motomecanizadas completas desde 11 000 kilómetros de distancia para apoyar a un reducto de revolucionarios

áfricanos y a poco más de un centenar de combatientes cubanos que esta resistiendo allí. Resistiendo y juramentados.

El heroísmo de los muchachos de Tropas y del puñado de asesores de las FAR tiene un límite y eso tiene que saberlo Fidel Castro. La capacidad de contención que puede desplegar esta tropita, aunque sea bajo las normas imprevisibles del heroísmo, se extingue con la vida de sus integrantes. Lo que se requiere ahora son más tanques y más su-21, y saturar y, sobre todo, irsele por encima al enemigo. Si Fidel Castro calcula bien y si le concede una sonrisa de complicidad al viejo Von Clausewitz, es porque el tipo era lo que Tomashevich llama un sesudo práctico, un teórico pero gato, y dijo que todos los generales se preparaban para la guerra anterior, y eso es lo que están haciendo con precisión los sudafricanos, los zairianos, los veteranos de Vietnam y la fuerza de tarea CIA: la guerra colonial de hace cinco siglos. A todos se les podía perdonar, salvo a la elite de Langley, que ya tenía el expediente de 1960 para consultar, cuando se prepararon para Guatemala y no para Cuba ni para este mismo Fidel Castro.

Y el procede de acuerdo con todas las variantes que el enemigo esté en capacidad de emplear en contra suya. No se aceptará una batalla que de antemano no esté decidida a escala milimétrica en el terreno y desde los cuadrantes de su cerebro. La estrategia es ganar terreno palmo a palmo y cada vez que se presente la oportunidad. La única forma de vencer a enemigos infinitamente más poderosos. Pero los refuerzos ya están en camino, a bordo de los Britannia, o algún material más consistente está estibado en las bodegas y navega en los buques de la flota mercante cubana creada por la Revolución y a la que ahora se le consigna una misión por lo menos más imperiosa que la del traslado de azúcar u otra clase de aburrida mercancía.

Los flemáticos Britannia se cansarán de dar propela entre La Habana y Luanda y verán aparecer tantos aeropuertos alternos —desde Holguín, en la propia Cuba, has-

la Guyana, Barbados, isla de Sal, Brazzaville, etcétera— como electivos sean los movimientos de las embajadas, estadounidenses y cubanas —en una escalada de audiencias— y firmes las rodillas de gobernantes diversos que aplicaran todos los matices de la dialéctica para pasar del empleo del calificativo heroicos hermanos cubanos al de agentes de la subversión y amenaza para la paz y la concordia entre las naciones civilizadas del orbe.

Entonces le toca a Tenjido. Al brother Antonio Tenjido Gonzalez le toca completo, y a sus cejas pobladas y a su estatura baja de chaparro musculoso y tozudo y a sus excelencias de futbolista y nadador y paracaidista y de profesor de todas las artes marciales y que muere como un león, rugiendo, coño, que es como todavía lo evocan sus brothers, desde que lo encontraron, el cadáver seco y el estómago roto como un cartón y el axm sin una bala, y la pistola también sin municiones pero en la mano. Fue en Catufe. Una misión de exploración. Ellos venían de lo más contentos porque habían asaltado un almacén portugués y ya tenían mochilas nuevas y el enemigo se replegaba cuando el se va en esa misión.

El envío de las columnas a Cabinda y Quifangundo fue un error de apreciación de Mobutu, y quizá un poco de embullo inyectado por los inquietos oficiales operativos de Langley. Debe haber pensado, yo tengo igual derecho que los grandes, que se afilan los dientes para la repartición. Cabinda siempre se le había presentado como una prenda atractiva. Y se podía agregar una franja del norte angolano con el objetivo de materializar un viejo sueño tribal: el restablecimiento del antiguo reino kikongo. Por otra parte, la situación se presentaba inmejorable para hacer producir algo al personaje con gorra de pelotero, gafas de los años cincuenta y rostro de misionero: Holden Roberto. ¿Para que haber alimentado durante tanto tiempo a ese zangano que se suponía angolano de nacimiento y haberlo aceptado en la familia al casarlo con la hija de una prima, que se consideraba hermana en la am-

plia concepción de la etnia? Holden, primo querido, venga esa mano para un saludo africano, que llegó la oportunidad que tanto añorabas. Y ve buscando un fal y un overol camuflado de tu talla.

Mobutu sabía. Con la experiencia de lo que era la Sociedad General del bien educado rey Leopoldo II, sabía lo que era la división de un país. Como también había aprendido a gobernar en el más exquisito estilo europeo de Luis XIV, aunque la estructura de su corte sea más elemental pero a la vez mucho más práctica: una cheque y una estilográfica. Todo el presupuesto del Estado, todo, a su nombre. Cada mes recibe a los ministros y entrega un cheque con la nomina de cada ministerio. De modo que las destituciones en su gabinete —esos engorrosos trámites para el común de los gobernantes, que habitualmente se traducen en futuras conspiraciones— a él le resultan fáciles. Le basta el día de pago para eludir la audiencia del ministro que tiene en capilla ardiente.

El método ha servido para cohesionar. La nación es él. Lo descubres desde que te clavan el emblema que identifica la planta de televisión en colores: Mobutu con una rama de laureles. Es lo que corresponde a la dignidad de un hombre llamado Mobutu Sese-Seko Kuku Ngbendu Wa-Za-Banga. Sese es la tierra, Seko es temerario, Kuku Ngbendu es pimienta, Wa-Za-Banga es el hijo de Zabanga. Es lengua ngbandi y significa Guerrero Poderoso Que Deja El Fuego A Su Paso Y Va Irresistiblemente De Conquista En Conquista. Y lo mismo te ofrece un homenaje que te presenta ante un pelotón. O ambas cosas. Y lo cierto es que el método dio resultado. Aunque la práctica de los fusilamientos ha decaído. Limpio.

Quizá fuera su necesidad histórica o la justificación del fin que justifica los medios. Un conglomerado disperso de unas 400 tribus, cada una de las cuales emplea una lengua diferente aunque subordinadas al kikongo, lingala, swahili y tshiluba, las grandes lenguas de comunicación que responden a los grandes grupos tribales —bakongo, bangala, swahili y baluba—, alentado por el espec-

tro del secesionismo diseñado por las transnacionales, se ha convertido en una nación alrededor de este negro de buena estatura, elegante, de porte protocolar, siempre con su bastón de mando en la mano y armado de una aguda inteligencia y excepcional ejecutividad, que había comenzado su carrera política como periodista en Bélgica y cuyo último rasgo de vanidad es haberse titulado como piloto de Boeing 707. Un buen piloto.

Aliado del imperialismo, pero no su agente, creo que no había problemas con Angola, donde no existía cohesión, ni país, ni sentimiento nacional —a no ser en el reducito del MPLA. Mas tal fue el estrago que le causaron las ametralladoras antiaéreas de cuatro bocas de calibre 14.7 en tiro horizontal contra su infantería y blindados, que a Guerrero Poderoso Que Deja El Fuego A Su Paso Y Va Irresistiblemente De Conquista En Conquista no se le ofreció otra solución que la retirada. Luego tuvo un gesto de dirigente auténtico y fue a visitar, uno por uno, a los familiares de sus caídos en Cabinda y Quifangondo para explicarles que habían sido víctimas de lo que llamó "la Diosa Blanca de los Cubanos". Ahora le queda un recurso, una modalidad retórica de la venganza: referirse a José Eduardo Dos Santos como *miúdo*, lo que significa en lengua ovimbundu o quimbundo que el presidente angolano es un muchacho, lo que los cubanos entienden por un chama, un chamaco, un joven inexperto, alguien que necesita coger calle, alguien que no tiene maldad. El vocablo carece de una específica connotación despectiva, aunque en las relaciones tribales —como es fácil deducir— un *miúdo* sea un personaje de poca monta ante la presencia sabia y autoritaria de los viejos.

Pero Angola fue también un error del Estado Mayor sudafricano y de su hasta entonces inflexible servicio de Inteligencia. Se trataba de generales acostumbrados a levantar las barreras fronterizas y a transitar con sus tanquetas de robustos neumáticos por las carreteras de los países vecinos. Tuvieron que esperar al 24 de noviembre y recoger algunas decenas de sus bajas y ver los chasis

calcinados y humeantes de media docena de blindados Panhard AM-60 en los accesos de Ebo para que aceptaran la evidencia. Ebo fue la batalla decisiva de la campaña de liberación en el Frente Sur, como Quifangondo y Cabinda lo fueron en el Norte. Un general sudafricano recibió una excitante lección en Ebo. Ciertamente no se le dio tiempo para que convirtiera la lección en una experiencia que él pudiera transmitir, que es lo que otorga validez a las experiencias.

El caso es que se resistía a creer que hubiera combatientes cubanos en las trincheras del otro lado. Incluso hizo el chiste conocido: solicitar un mapamundi para saber donde diablos —*waar die hiel?*— se encontraba la isla. El 25 de noviembre, cuando derribaron con una salva de seis o siete carabinas AKM el Cessna desde el que inspeccionaba el lugar de las acciones, y en los contados segundos que antecedieron a su carbonización, debió comprender.

Las escenas de identificación de la televisión angolana que uno contemplo en su primera noche de Luanda, resultaban vagamente aceptables. Después se revelaron como señales de un proceso revolucionario aun joven. Raul Castro, el numero dos cubano, supo esto en su momento. Su viaje secreto a Angola en diciembre de 1976 le permitió verificar el desempeño sobre el terreno de la mayor fuerza expedicionaria de la historia cubana y, por supuesto, despachar un asunto con Agostinho Neto. "Han ganado la guerra", le dijo. "Y la República Popular de Angola es una realidad. Así que lo que ustedes necesitan ahora es un ejército ligero, bien preparado para la lucha irregular. Tiene que hacerlo cada movimiento revolucionario del Tercer Mundo que conquiste el poder. Lo necesitan. Se lo aseguro, camarada Presidente. La lucha contra bandidos es como una montaña de cruce obligatorio en el inicio de las revoluciones modernas."

Ocurre cuando la guerrilla baja de los montes y encuentra los blindados y la artillería en los polígonos de

los devastados cuarteles no se percató de que ella misma los ha inutilizado. Quiere tenerlos. La lucha en la montaña, en la selva, deja con esa sed. Son necesidades de revoluciones que se estrenan, y en especial —como fue el caso de Cuba con los suministros soviéticos— de países que pueden acceder a una tecnología militar superior a la de los mismos ejércitos que los dominaban. Cuba ha recibido arsenales con los cuales Fulgencio Batista no se hubiera permitido ni soñar —el muy parsimonioso, que lo único que pudo adquirir fue una remesa de sal en los últimos meses de su campaña contra la guerrilla de la Sierra Maestra, y llegó a sentirse complacido con las San Cristóbal dominicanas (los arsenales que encontró la Revolución en algunos casos parecían museos)— o que hubieran deseado los colonialistas portugueses con sus socios de la OTAN.

—Nosotros estuvimos así —dijo Raul Castro en una conversación personal (y uno cree que puede transcribirlo)—, henchidos de armas sofisticadas. Teníamos tantas que no sabíamos qué hacer con ellas. Y tampoco podíamos hacer mucho con semejante arsenal. Mientras, quienes estaban salvando a la Revolución eran las tropas de los. Su composición orgánica mayor era la de batallón y su armamento más eficiente, probado en los combates, era una subametralladora soviética de la segunda guerra mundial, la Ppsba de disco.

De cualquier manera los cubanos fueron rápidos y eficientes en su campaña de lucha contra bandidos. Y, por si puede ofrecer alguna utilidad en el discurso, siempre queda el ejemplo de los vietnamitas, el más coherente pueblo de luchadores del Tercer Mundo, despreocupados de todos los símbolos de poder. Callados. Efectivos. Mortales.

Cuatro años después de su entrevista con Neto, Raul Castro hizo una sugerencia idéntica a los nicaraguenses. Y casi rogo cuando surgieron los primeros amagos de banditismo en las zonas fronterizas: "No dejen que esto se convierta en fuerzas vivas del imperialismo, en fuerzas

que el enemigo pueda utilizar en el futuro. Ocupense de esto. Pueden considerarlo como una invasión que va comenzando. Véanlo de esta manera: los yanquis desembarcaron. Esos bandidos en su frontera son el equivalente a las primeras oleadas de marines desembarcados en Iwo Jima."

Mas un ejército se estaba forjando en Angola, y se estaba organizando e iba a ser una poderosa y decisiva fuerza en el África austral. En la altiplanicie y en las selvas, una tropa de alguna manera menos atractiva que la mostrada en los pasquines y la televisión de Luanda, se batía. Juntos, angolanos y cubanos.

Ahora uno puede decirles que lo hicieron —lo hicimos— bien. Bastante bien. A un puñado de hombres le tocó una vez más, como se dice, apretarse el cinturón, luchar con pocos recursos, con una docena de helicópteros de medio uso, sin blindajes, poco aptos para la ofensiva contra los bandidos, y con bastantes incomprendiones, y en un territorio —recuérdese— 10.9 veces mayor que el de Cuba.

La Inteligencia militar sudafricana y los asesores de estrategia de Jonas Savimbi aun desconocen que en un momento de la lucha, entre 1981 y 1982, el parque aéreo del general Menéndez Tomashevich se completaba a duras penas con un escuadrón de helicópteros Mi-8 y otro de aviones de transporte An-26 y que hubo semanas completas que volaban sólo tres helicópteros porque los demás estaban de baja técnica o habían sido derribados o se habían estrellado, y que la batalla de Angola fue contenida a fuego de 82mm de culata plegable. Uno da por sentado que a sudafricanos y kwachas les daría un infarto colectivo si se enteraran de nuestra pobreza en aquella época.

La variante de la frase napoleónica sobre la importancia de las reservas y de poseer más medios que el enemigo, y que es menos conocida pero más punzante, de que la providencia está del lado de los batallones más grandes, que procede de una carta de madame Sevigne a su

hija (¿que hacían ellas filosofando sobre tema tan augusto con la exacta propiedad de un Von Clausewitz, que tramaban?), resulta vacía de significado.

En tales circunstancias de ayuno logístico lo que se debe hacer es pensar en el triunfo del socialismo como quien espera al Mesías. Es un destilado de sapiencia lo que acaba de enunciarse. Tomashevich dice por su parte que esto se llama bailar con la más fea, y que está acostumbrado porque siempre le toca y eso es lo que se llama sin equívocos de ninguna especie venir desde abajo, y uno le dice, para darle más argumento, que los hatiblanco del Bando Evangélico de Gedeon son unos niños de teta en su fanatismo si se les compara con él.

Cada vez que el jefe llega a lo que él llama la fiesta, le dicen: "Mira esto, Tomas. Mira como hay bandidos. Son desalectos, Tomas. ¿Que tú crees que podemos hacer para resolver, eh? ¿Tu crees que tú puedas hacer algo, Tomas? Piénsalo." No, no tiene mucho que pensar. Sabe lo que debe hacer. Funciona una lógica de pensamiento que, seguramente en broma y seguramente en serio, comienza con un si los desalectos afectan, los afecta.

Logramos hacerlo. Tomas lo logró. En una misma trinchera con los combatientes angolanos y con sus veteranos del Escambray y de la guerrilla, cumplió una vez más con Fidel Castro y neutralizó con algo bastante parecido a las manos vacías los designios de una administración Reagan recién estrenada y a pleno impulso y, sobre todo, ganó tiempo a favor de la Revolución. De dos revoluciones. Ni tienen ustedes una idea de como se hizo. Vamos a contarlo.

El empeño de la UNITA con los puentes de acceso a Menongue fue la confirmación del objetivo enemigo. Por otra parte Jonas Malheiro Savimbi, que es un loco a dar palique y estar frente a un microfono, se puso a alardear de la sorpresa que le iba a dar al presidente Jose Eduardo Dos Santos el día de la celebración de la independencia de Angola, el 11 de noviembre. La descripción de ser un loco a dar palique contiene una alta dosis de tendencia peyorativa. No puede ignorarse.

Se tenía información por Inteligencia y por el interrogatorio a prisioneros de que una operación planificada por el mando UNITA se realizara en Cuando-Cubango entre el 5 y el 11 de noviembre. Un informe del 30 de septiembre de 1981, elaborado en Cuito-Bie por el teniente coronel Clivillés, asesor cubano, inquietaba a Tomashevich —según propia descripción— como una tarántula en el bolsillo. El texto era una advertencia de 43 palabras en media hoja de papel cebolla. El enemigo ordena actuar sobre puentes de los ríos Cacuchi y Cuceque. El 90 Batallón UNITA tiene orden de entregar medios ocupados a las FAPLA en encuentros de Rito a fuerzas dislocadas en accesos de Menongue. Se detecta surgimiento de nuevas plantas de radio.

Tomás, que no tiene el título de gato por gusto, tenía esa espina por dentro. No subestima a ningún enemigo. Uno de sus postulados prohíbe subestimar. Y si lo deja desarrollarse, es para maniobrar; él dice que le da su chance y lo va midiendo y lo va fijando en sus costum-

bres, para agarrarlo al final "de un janazo". Otra elaboración del argot de los combatientes. El jan es la estaca que el campesino cubano emplea para delimitar el terreno. Puede utilizarse como arma, desde luego. O procede del inglés *hand*, una especie de manotazo. Su empleo usual dar jan.

El mismo enemigo le brinda los elementos para su captura por sorpresa. Y si no lo creen, preguntente al propio Savimbi, que en más de una ocasión ha estado a escasos minutos de separación de tropas comandadas —mejor dicho, asesoradas— por Tomashevich. Nunca ha sabido de dónde le viene el golpe y se ha desgañitado pidiendo por radio a los sudafricanos que le envíen el helicóptero para que lo saquen del cerco y ha estado desarrollando una apreciable velocidad en dirección a la frontera con Namibia, la brújula fija en rumbo sur, mientras elimina a miembros de su propia escolta considerados en su desesperación como traidores. Ciertamente ocasiones como esas estropean la voz de un estupendo orador. Pero las piernas se fortalecen y el grupo de los leales se reduce al mínimo imprescindible. Sobre esto último pueden preguntarles a oficiales de las FAPLA y a algunos asesores cubanos que han encontrado los cadáveres de los escoltas. Unos infelices. Aparecen baleados por la espalda en cualquiera de esos trillos en que las huellas de la partida —Jum, unos 20 hombres— se ven frescas todavía. Fresquecitas. "Es un rasgo de cobardía —afirma Tomashevich. Algo imposible de ocultar para un jefe. Savimbi pierde el control en circunstancias difíciles. Se apendeja."

Así que estamos en septiembre de 1981 y tenemos a Tomashevich en Bie, en el centro de Angola, a 300 kilómetros por la carretera de Menongue. Revisa cada monitoreo de la radio enemiga captada por los cubanos y prende su cigarro y afila la mirada y busca en el archivo mental y se pregunta a sí mismo, en voz alta: "¿Qué sorpresa de mierda será esa que Savimbi está cacareando?"

La invasión sudafricana a Cunene se inicia el 23 de agosto de 1981. El entusiasmo de Savimbi ante los micro-

fonos es de la misma época. "Las amenazas de Savimbi", según la calificación del general. Pero entiendo: Savimbi tiene que manifestarse. Si los sudafricanos invaden y toman Cunene, él debe encargarse del territorio vecino, Cuando-Cubango. Y parece que quiere empezar por la capital, Menongue.

Es un plan coordinado con los sudafricanos. Tomashevich se lo está oliendo. "Unos cabrones los rubios esos —dice. Pero no me van a joder." Aunque hay que describirlo de alguna manera, y es lo que, precisamente, él está haciendo. Seis años después de Ebo y del desastre en el sur angolano, "los pretorianos" —que es como los clasifica ahora— parece que se regodean con su humillación porque, vean ustedes, ha resultado de difícil digestión que esos negritos, y que esos cubanos —que solo Dios sabe de dónde salieron—, nos hayan expulsado de un territorio estimado como propio, sin antecedentes ni explicaciones rigurosas ni nada por el estilo, hablando de un internacionalismo y de una hermandad entre los pueblos y de toda una brujería marxista que no se entiende ni al derecho ni al revés pero que significa una baja impresionante para el prestigio de la nación.

Hay que pasarles la cuenta, es un imponderable, y parece que es el momento porque están confiados y han abandonado las operaciones de limpieza contra Savimbi, y tenemos superioridad aérea y Cunene está desguarnecido y Cuando-Cubango les queda a 2 000 kilómetros de Luanda, así que *Oh God, Laat dit doen*. A levantar de nuevo las talanqueras fronterizas. Procedamos.

Una concentración de bandidos bajo el mando del brigadier UNITA José Manuel Chihuale, es detectada para el 30 de septiembre de 1981 al suroeste de Menongue. Chihuale es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Liberación de Angola (FALA), que es el ejército de Savimbi. Si el hombre tiene su problema después y Savimbi lo purga, es por sus comentarios de que el Camarada Presidente —es decir, Savimbi— da viajecitos al exterior, mientras él sufre en la mata. Incluso planifica la muerte del Cama-

rada Presidente. Pero eso es después. Por lo pronto es evidente que debemos estar gatos. Porque si es José Manuel Chihuahua el guerrero que nos están tirando en Menongue es mucho lo que nos quieren poner.

Su presencia está confirmada por un bandido que la Seguransa ha capturado al sur de Huambo. Un prisionero llamante. Se llama Teodoro Silva Gadea y dice ser militar UNITA, auxiliar para el Deporte y la Cultura del comisario político de la zona H-3, 45 Región Militar UNITA, miembro del Partido UNITA desde 1975, de 25 años, soltero con dos hijos, nivel cultural 9na clase (aprobada) y 10ma (sin concluir) y con dominio del inglés y el francés. Y ustedes, vayan acostumbrándose desde ahora al uso por los ideólogos UNITA del otrora sagrado lenguaje de las publicaciones teóricas marxistas.

La voladura del puente sobre el río Luassenha, entre Cuchi y Menongue, que disponía de una limitada protección de milicianos de la Organización de Defensa Popular (ODP), provoca la primera consideración operativa de Tomashevich. "Cara, eso era un puente doble y me lo han hecho talco." Provoca también una reflexión. "Pero ya sé lo que quieren. Quieren impedir que Menongue reciba abastecimiento de la línea Lubango-Matola. De modo que falta el Cacuchi y el Cuqueque." Se refiere a los dos puentes que quedan intactos en la carretera Bié-Menongue. Su destrucción equivale a cerrar la vía principal de abastecimiento terrestre. Y convertiría a Menongue, dice, "en una isla rodeada de tierra por todas partes". Ideal para que Savimbi cierre el cerco y capture la posición, y logrado esto y con los caminos bloqueados, mantenerse allí con facilidad.

Arremeterán contra el Cacuchi y el Cuqueque pero tarde, porque Tomashevich estará desplegado en Menongue desde el 5 de noviembre de 1981. Es el problema de Tomás: llegar primero y no perder. No perder nada. Y desplegado allí, con todo su Estado Mayor y el propósito firme de impedir que se logren los mandatos de El Gallo Negro, que es uno de los belicosos seudónimos de Jonas

Savimbi y el indicativo de su emisora principal. Y Tomás en traje de campaña y con el 38 a la cintura, dejando pasar los días sin bañarse y sin afeitarse y desesperado porque se le aparezca, que emerja de la selva el primer kwacha o el primer sudafricano, preferiblemente uno de estos últimos, mientras lanza delante de la tropa todas las bravuconadas que se le ocurren — "Me los dejan acercarse, y tienen sólo cuando les vean el blanco de los ojos. Y tirenles ahí mismo. Al blanco de los ojos" (ahora la ha cogido con el blanco de los ojos)—; y asegura que no se le puede permitir a ningún hijo de puta que embarre con su presencia el territorio de la República y que el está claro en el concepto: república es el pedazo de terreno que le han dado para defender, la cuarta de tierra en la que se va a batir, y confiado y entero, radiante y bromista como nunca. El tipo en su elemento.

Uno está en Huambo. Observa. Se parlotea. Una docena de combatientes con un centenar de insectos bajo un cono amarillento de 60 wats. El asunto en debate merece atención.

Con su usual aire estratégico doctoral el capitán García dice que los días de fiesta son los apropiados para atacar por sorpresa y que si no hay en el almanaque una buena fecha se debe aprovechar el domingo. La referencia inmediata son los yanquis. Ellos eluden golpear a mediados de semana y se puede dar por sentado que recibieron la lección de manos de los japoneses. Pearl Harbor, 7 de noviembre de 1941. Cayó domingo.

El capitán, delgado y de baja estatura, tiene el tipo de rostro que los cubanos llaman indiado. Es cobrizo y de pómulos salientes y con un cabello saturado de grasa, liso y brillante aunque con el estricto corte reglamentario. Como su aspecto no convencería para ganarse una cátedra en Harvard, es por ello, probablemente, por lo que sus postulados adquieren mayor gravedad. Gracias a su observación uno entiende el hecho de que se le vayan en blanco las fechas más señaladas y de que Fidel Castro le movilice y mande a desfundar los cañones en cualquier víspera que le parezca sospechosa. Todo menos que nos sorprendan.

Lázaro de la Caridad Baro, que es teniente reservista y uno de los viejos artilleros que cumple su segunda misión africana, dice que tiene un aporte.

Tiene su visión de los hechos. Tuvo una vez un profesor

de táctica mulgare que le dijo en cierta ocasión que la costumbre de la Nochebuena era solava y que los comunistas podían celebrarla sin que ello entrañara hacer una concesión ideológica. El teniente reservista continúa su plática pero uno hace un enorme esfuerzo de concentración para descifrar los giros lingüísticos. Concluye que mulgare es la forma, aunque inexplicable, de llamar a los naturales de Bulgaria. Por análoga razón, solava debe ser esclava.

El mulgare le contó que, en efecto, la tradición comenzó con Nuestro Señor Jesucristo. Y que en Mulgaria, o por lo menos en la región de Mulgaria de donde procedía el instructor de táctica, se celebraba en cada casa con una mesa en la que se servían 24 succulentos platos, ya que era la cantidad de comida que El Señor había consumido en esa ocasión. Ahora uno no recuerda si dijo El Señor o dijo ese señor. Ese Señor.

Pero Lázaro de la Caridad cree que es imposible que Ese Señor hubiera comido tanto entonces puesto que en tal ocasión era un recién nacido y que por muy Jesucristo que fuera y por mucho que lo hubiera parido una virgen, no hay forma de que se produjera el milagro de que nadie y mucho menos un recién nacido se embuta 24 platos, o sea, la ración más 23 reenganches. El mulgare debe haber estado inventando.

Lázaro de la Caridad dice a continuación —y uno cree entender que toda esa historia de Ese Señor y los mulgares no es más que la introducción de otro relato, mucho más sustancioso— que tuvo a bien ser de los que contribuyera a quebrantar la paz navideña al ser de los que oprimiera el disparador de uno de los cañones de 75 sin reticencias empleados en la operación que fue ejecutada por el MPLA en la noche del 25 de diciembre de 1965.

El teniente reservista, un negro canoso aunque todavía joven, lleva un fardamento de camuflaje ajustado y descolorido, la camisa pegada a un estómago plano como una tabla, y uno contempla su porte erguido y la solidez

con que le sienta el uniforme de campaña. La caja dorada de su reloj está cubierta por un enrollado de tripe negro y uno efectúa el escrutinio y no localiza ningún objeto ni insignia exterior que pueda brillar y sabe que nada sobra en sus bolsillos y que cada pieza de su investidura tiene uso de combate y que no puede haber mejores cordones para unas botas que esas cuerdas amarillas de un paracaidas de la OTAN obtenidas sabe Dios en que botín de guerra.

Lleva una boina negra en vez de la gorra de visera del módulo de las FAPLA y es el único autorizado para hacerlo por obra y gracia del jefe y uno tiene horas de vuelo suficientes para saber que su paciencia para admitir bromas y la ingenuidad y calma con que está haciendo su cuento solo se forja en los vivaques de las guerrillas y alrededor de las precavidas luces de sus fogatas.

En aquella operación de la guerrilla del MPLA, explica, actuaron 200 combatientes.

—Nunca se habían hecho operaciones con ese número de hombres porque se hacía muy difícil andar en la selva con todos ellos. Si uno solo es y se enreda con los gajos. Imaginate 200.

La guerrilla empleaba cañones por primera vez.

—Importante de verdad —afirma—. Pasar del mortero al cañón.

Pero la operación no arrojó los resultados planificados por la máxima dirección política y el Estado Mayor de la guerrilla. Las fuerzas propias se dispersaron.

Los portugueses dislocados en una remota guarnición de Cabinda se repusieron de la sorpresa y su guardia operativa funcionó con soltura profesional y ripostaron el fuego y pusieron a la desbandada al grueso de los atacantes, es decir, a los nuestros.

Los artilleros cubanos se vieron precisados a considerar una serie de cuestiones cuando conocieron el desamparo frente a las murallas de la guarnición portuguesa. Se habían comprometido por primera vez en un asalto con los angolanos y se quedaron solos y después los angolanos

unos tomaban la estampida como una gracia y el hecho, según explicación de Lázaro de la Caridad, es que no había sido gracia ninguna, aunque entiende que lo malo del combate es mantenerse en el terreno cuando comienza a llover al revés. Y que por lo pronto aquella tropa angolana tenía su bautismo de fuego. Por algo hay que empezar.

Se tomaron algunas iniciativas con el objeto de entrenar a los angolanos en el futuro inmediato para que aprendieran a ripostar a los que les ripostaran, además del análisis efectuado sobre la opción que se les presentaba de inmediato a ellos, a los cubanos, de desmontar los cañones de 75 sin retroceso y poner pies en polvorosa. Esto último, dice Lázaro de la Caridad, era probablemente lo más importante a discernir en ese instante.

Los artilleros procedían de la tropa internacionalista de Che Guevara estacionada en el Congo. Lázaro de la Caridad dice que se hicieron los primeros amarres con el MPLA y que el Che entregó un puco de hombres y de armas, incluidos los cañones de 75 sin retroceso, para el desenvolvimiento de la causa angolana.

Lino conoce que por aquella época los cubanos acostumbraban actuar según la concepción luminosa de que solo debían incluirse combatientes negros en las misiones africanas. Si se involucraban blancos en la operación, era hajo alguna extravagante cobertura diplomática. La tesis para comprometer solo negros en la ayuda a los movimientos de liberación nacional africanos era que resultaba imposible reconocer el país de origen si caía algún cadáver en manos del enemigo.

Se daba por sentado que si mantenía la boca cerrada, era imposible certificar la nacionalidad de un negro cubano. Dadas las circunstancias, los oficiales asumirían una engorrosa responsabilidad cuando establecieran contacto manteniendo callada la tropa. Engorrosa en grado sumo, porque cuando va la patrulla enemiga está en el campo de fuego de tu emboscada, que ha sido situada con toda conveniencia en el lugar más lejano e intrincado, y observas con la tranquilidad que va cruzando a escasos

metros del alza y hasio perfilas a uno que va empapado de fatigoso sudor y a otro que refleja en el rostro la esperanza de regresar alguna vez al campamento, que es cuando aprietas el gatillo y siegas el silencio con un safagazo de hirvientes travadoras y ves los tumbos entre el polvero y el aguacero de plomos que se les esta metiendo lo lógico es que suelles un carajo, o un cojones, que te alivian mas que empinarie un vaso de ron.

Por cierto, nunca se mencionaba la hipótesis de que uno fuera hecho prisionero. Es obvio que es un término bajo sospecha. Para que te hagan prisionero y después disfrutes de los beneficios de un honorable regreso a casa, tienes que haber estado en una situación sumamente deplorable, inútil, el arma sin municiones y que puedas atestiguar que por las cercanías no habia un palo o algunas piedras, así como que se te cayeron los dientes y que te acababas de cortar las uñas.

Uno está observando las sienes blanqueadas y el cabello apretado e inmovible y oye la voz cadenciosa y de alguna manera despreciativa y por un instante uno cree que el misterio de un pueblo se vislumbra en el porte de este guerrero con la cintura ajustada por una canana fogueada por la selva y acostumbrada a sostener la misma curtida cartuchera de cuero desvaído de una Makarov. Es el hombre que se suele mostrar como un trofeo. Es útil para los efectos políticos y Tomashevich logra buenos golpes cuando lo presenta a las autoridades angolanas y les dice, camarada Higinió, o camarada Bolingó, acá, el teniente, es uno de nuestros viejos africanos.

Uno sabe lo que significa ser un viejo africano porque lo ha visto abrir la escotilla del techo de un Toyota en la marcha de una caravana por una carretera de la que hay informes de actividad kwacha. La cabeza con la boina emergen de la escotilla cuyo anterior uso regional era de atalaya móvil de los safaris y se registra el relampagueo de unas pupilas amarillentas y surge un akm y luego el pecho hasta la mitad y el fusil está empuñado y el culatun

esta desplegado y el guardamontes está entizado con un teipe especial de camuflaje y comienza su rastreo sobre una selva que se alza desde los bordes de la carretera mientras el cañón del akm se mueve con la mirada hacia los sectores de fuego. Entonces se tiene la certeza de que no existen emboscadas para sorprenderlo y que será el primero en disparar una cadencia de fuego a chorros capaz de detener a un pelotón a la ofensiva.

Uno está contemplando a un guerrero y cree que en su mirada hay una nostalgia que viene del fondo de los tiempos y que su desconcierto ante todas las probables derrotas es una forma de la evocación y del más secreto placer porque es el estadio que antecede a la recuperación de las fuerzas y que verse en los límites de toda posibilidad y su regreso es el sino de la nación y es lo que conocemos como venir siempre desde abajo y es la marca de nacimiento y la razón y la necesidad de la victoria.

El personal del país, explica Lázaro de la Caridad, permite armar una señora insurgencia en cualquier parte del mundo.

Además de los consabidos blancos y negros —y de los chinos, moros, indios, jabanos y albinos— se cuenta con un porcentaje alto de tipos que son rubios, incluso rubios con ojos azules, que son los llamados caucasianos, que es la forma que utiliza la medicina legal para denominar a los blanquitos, que tal es la forma empleada por el a su vez llamado vulgo, es decir, nosotros, es decir, la clase de ciudadanos que suele enojarse en grado sumo, es decir, que se encojona bastante, cuando se les llama vulgo, para denominar a los caucasianos.

Sacando la cuenta por arriba, lo que faltaria en el personal del país serian esquimales. Pero es comprensible que nadie esté interesado en promover una tentativa revolucionaria allí, en el Ártico, para luego verse en el compromiso, en aquel pedazo de hielo, de hacer una reforma agraria.

Pero existe el factor de inhibición. Su sola mención enfria el entusiasmo. Una auténtica desgracia, según el consenso del grupo de análisis estratégico convocado esta

noche en Huambo. Es de origen marxista. Las revoluciones no se exportan.

Es insuficiente que uno trate de hacer todo el daño que pueda al imperialismo y que para hacerlo desande por unos montes perdidos en los cuadrantes de este mundo y plagados de culebras y tropas de cazadores de élite y con una puntería y un entrenamiento ranger del cará. Hay que soportar además el ceño patriarcal fruncido del moro Carlitos —¿moro?— y que lo tengas clavado en la conciencia y que el mensaje que te este enviando desde el sueño insondable y ansioso de los oprimidos es que la esencia del problema no es guerrillear sino que hay una dialéctica, que es desarrollar al máximo, para destruirlo, las fuerzas productivas del capitalismo, para luego desarrollar las mismas fuerzas, que entonces son del socialismo, para consolidarlo. Ach, ¿entender? Pero ¿y por que eludir el aporte del otro patriarca, con su trajecito gastado y el índice como un lanzallamas acusador y encaramado en su tren blindado en la estación de Finlandia? Una revolución vale lo que sepa defenderse. Dijo eso, ¿no?

Lazaro de la Caridad perteneció a la Policía Nacional Revolucionaria (PNR) a mediados de los años sesenta cuando recibió la citación para que se presentara en la Escuela de Oficiales de Matanzas.

Aunque ya se describía a sí mismo como un negro color telonero, es decir, uno de aquellos viejos aparatos Kellogg's, y acostumbrara a decir que era tan negro que parecía azul, desconocía que, precisamente por eso, llenaba a plenitud el requisito mínimo indispensable para la mexilización.

Si al principio creyó que iba a ser ascendido por lo menos a primer teniente y acarició la idea de ver aumentar su salario después del sufrimiento que podría causarle —y que estaba dispuesto a padecer— su asistencia durante unos meses a un curso de la famosa institución y de recibir las consabidas clases de táctica, campos de obstáculos, corteza militar y marxismo-leninismo, vio desvanecerse sus ilusiones ese mismo día y supo que debía contentarse

con seguir percibiendo su habitual paga de policía de infantería.

En el polígono desde el que había partido tres años atrás hacia la batalla de Playa Giron como miembro del batallón de combate de la PNR, pasó lo que llama su susto cuando se vio reunido con otro millar de soldados y descubrió para su sorpresa que todos los allí presentes —y a los que no se les daba ninguna clase de explicación— eran negros.

Para emperar, alguien se preguntó —bastante erizado, según describe Lazaro de la Caridad— si habría alguna razón específica para que estuvieran recogiendo tantos prietos. Y a continuación hubo quien presintió una noche de los cuchillos largos y dijo que se le estaba haciendo claro que la Revolución iba a resolver ahí mismo el problema de los negros. Ahora sí que esto se acabó, caballeros. Nos jodieron. Y añadió que era cierto y nadie podía discutirlo, que habían tomado una excesiva cantidad de cerveza después del triunfo revolucionario de enero de 1959 y que esas fiestas continuas en el Salón Mambi —un santuario habanero de reiteradas clausuras policiales a consecuencia de riñas tumultuarias repetidas y espumosos motines y bailes populares y orquestas típicas y vendettas de este batido contra el otro— no podían traer nada bueno y va ven ustedes en lo que hemos parado. Otro elemento mencionado al conjuro de aquella confusión y que habría sido tomado en cuenta para decidir la acción punitiva que tendría lugar en breve, era que les había dado por andar sólo con blancas. Y ese mismo que ha sido descrito en estado de erizamiento y que iba, como se dice, cambiando de color, dijo, seguro que han decidido liquidar el asunto. Nos van a cepillar a todos, caballeros. Nos van a mandar a fumar y van a poner una línea de ametralladoras apuntándonos y va a entrar Fidel por esa puerta y va a decir, luego con estos cabrones, que lo que han jodido es mucho.

Mas hubo quien reconoció allí nada más que a negros guerrilleros, gente traqueteada —es decir, que tenían experiencia— con los hierros —con las armas.

...en profundidad del perímetro de la escuela efectuado por un improvisado explorador tuvo su efecto positivo en algunos sectores de lo que Lázaro de la Caridad llama la escalofriada masa. El explorador dijo que en uno de los almacenes de la escuela había descubierto toneladas de fluses azules y de relojes. Dijo que el almacenero le había informado que aquello era parte del material que iban a repartir. No podía haber problemas, iban a repartir cosas. No obstante, un sector —los camaos— se mantuvo alerta, oleando el horizonte. Fluses es un plural bastante convincente de flux. Reloces es el de reloj. Y camao procede de escama. A un tipo escamado ya le han pasado cuchillo por el lomo y lo han dejado limpio y conoce el sabor del acerado filo sobre su piel. Se las sabe todas.

Entonces la caravana irrumpió sobre el polígono de la Escuela, tres Oldsmobile color vino que eran tres hierros que estaban que cortaban con sus motores de 8 cilindros de 4 pulgadas y un octavo de diámetro dispuestos en V perfectamente ajustados y con un empuje de 240 caballos de fuerza cada uno y que eran lo mejorcito que diseñó y fabricó la General Motors en 1960 y con las cimbreadas antenas de las plantas de radio qe sobre techos y maleteros y que irrumpieron en el polígono con el rigor de una embestida. El despliegue de la escolta se produjo mientras Fidel Castro surgió del primer Oldsmobile, tabaco en mano, frente a un batallón al que se le ordenaba formar rápidamente.

Un combatiente identificado por Lázaro de la Caridad como su socio Jesús Vladimír, atinó a decir Anda pal carajo, mientras se sujetaba del hombro de Lázaro de la Caridad y le decía socio, que jodida nos han dado, y yo creo que por primera vez en mi vida yo me voy a desmayar, como si fuera una jévita, mi socio. El socio es un amigo comprometido con uno en cualquier clase de empresa existencial y es una traducción bien empleada del *partner* de los oestes y es una evocación de las matines y establece el ejemplo a seguir por su probada guapería de un John

Wayne o un Gary Cooper y hasta de un Hopalong —

Una leva es una dama. ¡Total etimología carcelaria! Los cubanos vienen empleándola desde los años cincuenta.

—Buenas tardes —dijo Fidel Castro—. ¿Cómo están ustedes? —Y sonrió, satisfecho.

Tenia su viejo uniforme de campaña verdeolivo y había dejado la gorra en el Oldsmobile y no se le veía una gota de sudor pese a llevar un largo *jacket* de cuatro bolsillos frontales y a que estábamos en julio o en agosto, y era la época, año 1965, en que había dejado la Brownie de 9 milímetros por la Steichin de 20 tiros que llevaba debajo del *jacket* en una cartuchera negra sujeta con una canana regular del ejército, y la manilla niquelada de su reloj submarino le bailaba en la muñeca y el tabaco que enarbola-ba era lo más impertinente del mundo, o quizá su insistencia en apagarse fuera inducida, para darle la oportunidad de hacer algo con las manos, buscar en los cuatro bolsillos de su uniforme y en los cuatro de su *jacket* una fosforera que nunca apareciera, mientras él contemplaba a sus guardias viejos, una satisfacción y una contemplación que parecieron contrariarse subitamente cuando uno de sus escoltas le alcanzó la gorra y él se vio en la necesidad de aceptarla, hasta que se situó frente al micrófono plantado sobre una base de plomo en la hierba e hizo un *swing*, es la palabra exacta, para calarse la gorra, un gesto más de un lanzador de beisbol con su juego bajo absoluto control que de un guerrero, y dijo:

—Primero, yo quiero saber quien de ustedes esta dispuesto a ir donde la Revolución lo necesite. Los que no estén dispuestos, por cualquier razón que sea, que se retiren ahora mismo de la formación. Los que se queden, yo voy a hablar con ellos. Y ya esos no saldrán de aquí.

Difícil de creer, pero hubo tres o cuatro que se rajaron. Si para algo hay que tener valor en el mundo, es para rajarse delante de Fidel Castro. Después alguien dijo que sería conveniente guindar a los rajados. Había que ver la cantidad de argumentos que empleaban. Los separaron

del batallón y a los tres o cuatro días les dijeron que podían marcharse para sus respectivas casas. Eso era todo para ellos.

A los que no fallaron, aquella Fuerza de Tarea de socios y ecobios y aseres y tipos juramentados que les daba lo mismo un velorio que un homenaje o que dijeron y al tigre que le impurta una raya mas y que todo era lo mismo aunque no sonara igual y que significaba que aquella era una turba gloriosa e invicta de tipos que eran unos bragaos que no necesitaban la repetición de una orden porque donde hay hombre no hay fantasma, su Comandante en Jefe les dijo:

—Ustedes van a ir a cumplir una misión en el extranjero. Van a ayudar a un pueblo hermano. Ustedes combatirán en otras tierras. Y lo que yo quiero es que ninguno de ustedes me defraude.

Alguien quiso concretar algo. El armamento.

—Compañero Fidel, con permiso. ¿Con qué hierros contamos?

—FAL. Es lo que van a llevar. Ahora quiero advertirles una cosa. Ustedes saben que comandante es el grado máximo en nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias. Así que oiganme lo que les digo, hasta ese grado pueden ganarse.

La idea del rat. entusiasmo a la tropa porque es el hierro al que se le llama rompetroncos y cuando te lo echas por la correa al hombro el cañón te saca unas pulgadas por encima de la cabeza y la culata te roza las caderas, y como suenan esos cabrones, es una exquisitez, bo-boom, bo-boom, aunque, para decir verdad, es para soldados profesionales porque es poco dúctil, muy celoso de la limpieza, un granito de arena te lo atasca, y sobre todo tienes que tener cuidado con las cinco posiciones del reglaje de los gases, porque si te equivocas o lo disparas desde el hombro con los gases cerrados en la segunda posición, que es para el lanzamiento de granadas con la culata apoyada en la tierra, es ahí mismo donde, además de ser rompetroncos, se te convierte en arrancahombros, pero

noquiera que ese es un defecto para consumo de novatos, que te dieran uno daba la misma contentura que cuando te ganabas un Garand 30-06 en la guerrilla de la Sierra Maestra.

Oigan, un Garañón o un Garantía en la Sierra era cosa seria, para que lo sepan, aunque te juegues el pulgar cada vez que cargues un clip de municiones y que el ¡chink! de la expulsión del clip vacío cuando has disparado los ocho proyectiles te denuncie que estás indefenso mientras desenganchas otro clip de la canana y el pulgar vuelve a estar en juego mientras vuelves a montar y eso es lo único que necesita el tirador enemigo, si es hueso, un tipo duro, ni el clink para comprender que debe aprovechar el momento, porque se te acabaron las municiones, porque tienes que buscar otro clip y porque sabe que, por muy bravo que tu seas con el Garand, siempre tienes la preocupación de que te estas jugando el dedo cada vez que lo metes en un clip nuevo en la recámara.

—Una última cosa —dijo Fidel—. Una orden para terminar. Si hay combate, que el enemigo ponga los muertos.

El millar de integrantes de un batallón de estructura pesada comprendió y Fidel Castro levanto el brazo y lo mantuvo en alto y agitó la mano y la manilla niquelada del reloj submarino retrocedió en su muñeca y se perdió en la manga desabotonada en el primer ojal del puño del parki y el batallón devolvió el gesto y fueron mil y un brazos alzados y era un silencio y no había mas que hablar y ese era el adiós y estaba dicho todo.

Adonde fueron a parar fue al Congo. Al principio, con sus relojes y sus fluses. Despues, con la informalidad del verdeolivo.

El compromiso con el MPA y el trasiego de hombres y armamento para introducir en la colonia portuguesa de Angola a través del río Zaire ocurrieron al concluir el par de años del trabajo del Congo. La tarea, en principio, consistía en burlar las patrullas fronterizas zairotas para caer en el territorio del otro lado y cuando ya estabas allí

dedicarte a burlar las patrullas fronterizas portuguesas. Otro par de años en ese trajinar. Hasta que en un claro abierto en el monte, un mulato corpulento y noble, el comandante Quindelán, dijo:

—Creo que podemos volver. Voy a Cuba a hablar con la gente grande.

Creía bien. Fue a Cuba y habló con la gente grande. Correcto. Quinde. Dile a los muchachos que pueden volver.

En el puerto de La Habana, adonde el contingente arribó bajo la cobertura de pescadores en plan de vacaciones y donde cada uno recibió 200 pesos por concepto de ayuda individual, el recién ascendido subteniente de la primera reserva de las FAR Lázaro de la Caridad Baró Musteliet tomó un taxi. Gasto una parte de su fortuna de 200 pesos en el viaje de 50 kilómetros hasta Catalina de Guines. Nadie en la cuartería. Los 22 parientes estaban en su casa nueva. Calle José Martí.

Este es el momento de explicar lo ocurrido cuatro años antes en el polígono de la Escuela de Oficiales de Mutanzas y la situación a que dio origen. Es imprescindible la explicación.

Bien, pues, colocaron 50 mesas y comenzaron a llamar al personal allí congregado. Por sus nombres completos. Uno por uno.

El llamamiento bastante familiar de combatiente Lázaro de la Caridad Baró Musteliet escuchado por el combatiente Lázaro de la Caridad Baró Musteliet llevó finalmente al combatiente Lázaro de la Caridad Baró Musteliet a situarse frente a una joven que, desde el otro lado de una de las mesas, le preguntó:

—¿El compañerito necesita dejarle algo a su familia? En caso de fallecimiento, por ejemplo.

Oiga, compadre, que clase de escalofríos. Literalmente la última voluntad. Y penso, bueno, lo que yo tengo es a la familia en una cuartería, así que déjame pedir una casa. Bien grande. Y que la pongan en Catalina de Guines, que es mi pueblo.

—Apunte ahí. Ponga. Una casa para mí.

—Una casa para el combatiente Lázaro de la Caridad

Baró Musteliet.

—Correcto.

—La necesidad del compañero es una casa.

—Pero grande. Y en Catalina de Guines.

—Plantea la necesidad de que sea en Catalina de Guines.

—Mas bonito ese pueblo. Catalina.

—Edad suya.

—La verdad, yo estaba pensando, aprovecha Lázaro.

Pide por lo alto. Aprovecha la repartición. ¿Yo? 27 años. Después no hubo despedida de las novias, ni besitos a los hijos, explica, ni a la mamá, que es una cosa tan sagrada. Pero el secreto era parte de lo que él llama la juramentación. Era el anonimato del que estaban impuestos.

La primera sospecha de la familia fue que se había ido atrás de una mujer. Que uno se pierda y aparezca un año después con un hogar constituido, con el vejigo que ha sido parido y con la que ahora es señora de uno, normal. Eso pasa. También pasa que lo que pasa es que uno se pierde y lo que ha hecho es caerle atrás a una mala mujer y que lo que regresa es una etcétera de hombre, lloroso, y cogiendo perras butracheras.

La segunda sospecha familiar tuvo su fundamento y se convirtió en certeza cuando la cuadrilla del Ministerio de la Construcción levanto la casa en la calle José Martí de Catalina de Guines, y mudaron a toda la parentela, constituida por 22 personas. No había duda. Lo habían matado en la lucha contra bandidos, la campaña convocada en aquel tiempo.

Así que su único retrato disponible fue entregado en el estudio Catalina Foto con el encargo de la familia Baró de que lo ampliaron y colorearan, un servicio por el que hubo que pagar 17 pesos pero por el que se obtuvo la presencia de un policía de pueblo de campo trabajosamente elevada a lo que podría ser un espantado arcángel Gabriel y que era la imagen precisa que se requería para colgar en una pared de la sala frente a la puerta siempre

abierta de aquella casa nueva con el objeto de que todos los que pasaran por la calle lo vieran. En un altar debajo del retrato del difunto colocaron media docena de velas, flores de papel y un vaso de agua, cuyo contenido, como corresponde con un ser querido que está en el más allá, se renovaba.

El personaje de la foto era alisado y perfecto e incluso iluminado y de cachetes rojos y con una aureola resplandeciente de trasfondo y de ojos tan estáticos como asustados ante el lente que le apuntaba como un peloton el día que pagó tres pesos para dejar constancia de su investidura de miembro de la PSR cuando el cuerpo utilizaba las gorras De Gaulle y cuando el silbato de reglamento —el pito, tal es la denominación al uso— iba sujeto a la charretera izquierda por una cadena niquelada, investidura enriquecida gracias al capitán de la Unidad que lo autorizó a portar la Thompson que sostuvo en posición de firme y con la solemnidad requerida mientras el orfebre de Catalina Foto se cubría con el paño negro detrás de la cámara y le decía quieto ahora.

De quieto, nada. Porque ahí lo tenemos. Después de todos esos años "en el Africon". Está llegando a casa. Una casa donde casualmente celebran una sesión espiritual. Uno de los parientes está diciendo que hace el muerto cuando el que toca a la puerta es Lázaro de la Caridad. Aquello, cuando abrieron la puerta, fue "la mismísima desolación". Lázaro de la Caridad tratando de saludar, de besar, de abrazar, de querer a todo el mundo. Y todo el mundo rezando, dando alaridos, poniendo velas. Y un tío saca urgente un tambor. Y viene más gente. Más alaridos, llantos, velas y tambores. Y Lázaro de la Caridad tratando de convencerlos de que no era muerto ninguno. Aunque, dice, se puso a cavilar un rato y se dijo ¿y si estoy muerto de verdad y lo que pasa es que no me he enterado? Los tambores sonando, una semana sonando. Hasta que al octavo día tuvo que traer a un comisario político del ejército para que explicara el fenómeno desde el punto de vista materialista.

El mayor Freddy del Toro Moreira es el ser que lleva unas sólidas gafas de armadura negra y espeso cristal. Tiene 44 años y se empeña en llevar esas gafas. Y en manifestarse con gestos mesurados y hablar tranquilo. Las gafas resultaron suficientes en 1975. A través de ellas presenció el primer día de libertad en Carmona.

Los portugueses abandonaban Carmona mientras que los hungo y los sosso, que habían visto crecer la ciudad en la planicie y subsistían en los alrededores desde el inmemorial asentamiento de sus antepasados, se acercaban. Su primer día de libertad, sin límites de ninguna especie y según comprobo Del Toro, fue un auténtico y formidable primer día de libertad.

Del Toro, uno debe advertirlo para empezar, es un tipo que se debe tener en el bando de los amigos, aunque de una primera ojeada parezca fácil para decirle que se quite del medio. Estatura baja, más bien delgado, tiene que despojarse de la gorra para revelarse como jabao claro aunque de pelo fuerte, y las gafas y un gesto permanente de angustia le confieren el aspecto del profesor de geografía que sabe que en pocos segundos debe enfrentar un aula de delincuentes juveniles.

En fin, el aspecto del pequeñoburgués que va debe retirarse. Pero en 15 minutos de conversación uno descubre que es un hombre de trabajo, la forma más noble empleada por los cubanos para llamar a los obreros. Un obrero meticuloso, persistente, al que solo hay que decirle cual es la tarea: el no discutirá ni preguntará mucho, va y la hace.

En la ofensiva de 1975 se le ordenó que avanzara hacia el norte y determinara las posiciones enemigas y, de paso, causara todo el daño que fuera posible. Avanzó con

los integrantes de un grupo especial de exploración —variaba la composición, entre 6 y 10 hombres— y llegó hasta las márgenes del río Bongo, y lo atravesó, y 150 kilómetros después se pegó a la frontera con Zaire. Dislocado en el puesto fronterizo de Noqui, recién abandonado por los portugueses, tuvo a bien parlamentar con los zairotas y decirles que se abstuvieran de provocaciones o que el ejército cubano procedería al ataque. El ejército al que se refería era ese puñado de hombres, su grupo de exploración. Probablemente fueran innecesarias las advertencias porque la guardia fronteriza zairota había permanecido expectante desde el desastre de Quifangondo.

En el transcurso del recorrido desde Luanda hasta la frontera con Zaire, dieron cuenta con sus ARM de "un aproximado" de 21 mercenarios de Callan y otros muchos elementos del FNLA "elementos adversos al proceso". Calcula que hicieron "no menos de 50 bajas".

Uno lo conoció en el aeropuerto de Huambo. Compañeros de viaje en el T-203.

El invencible chipoyo nuestro de cada día despegó en aquella turbia mañana del 18 de noviembre de 1981. Pero —escuchen bien— negativo el aterrizaje en Bie. Una difícil situación meteorológica. La visibilidad sobre el campo y la altitud del techo de nubes eran asuntos indescifrables aquella mañana para los torreros de Bie. Baracoa estaba como loco metido en la sopa, tratando de aterrizar con visibilidad cero, y cuando logró desprenderse de los cúmulos, que encontró un hueco por donde vislumbró un pedazo de tierra, lo que teníamos debajo era Cunhinga —lo descubrimos por el nudo ferroviario— pero el cielo seguía cerrado hacia Bie, por lo que se metió de nuevo en la sopa y puso rumbo a Huambo, para aterrizar y esperar que el sol calentara un poco, e intentarlo después otra vez.

Había a bordo un jeep y medio Estado Mayor de la Operación Olivo. Y uno vio a Barrera levantarse de su lado y salir disparado hacia la cabina. En seguida regresó con una explicación. Fue a preguntarle a Baracoa que cuál creía que iba a ser nuestro destino. La respuesta del pilo-

to, según Barrera, fue contundente, y sin quitar la vista del radar: "El destino es Bie." Barrera se refería a otra cosa. El destino de nuestras vidas. Prefirió callarse. Luego dijo: "Son unos irresponsables."

Una sopa espesa y volando sin que el jefe se encontrara a bordo. Así que la tripulación tenía libertad para aceptar cualquier riesgo. Las luces interiores estaban encendidas. Los motores trabajaban con regularidad aunque con potencia recortada por lo menos en un 20% para evitar un encontronazo a velocidad máxima con las corrientes alternas. Del Toro estaba frente a uno. El maestro de la escucha de la radio enemiga palidecía a cada brinco del An-26. "Esto es una mierda", comentó. Uno señaló hacia la ventanilla: las luces de situación del ala izquierda comenzaban a centellear.

Una aspiración colectiva tuvo su demanda secreta en la pista de Huambo. Quizá en otro estadio de la lucha de clases se hubiera convertido en plegaria. Nadie se atrevía a expresarlo. Pero ¿era necesario volar otra vez? El personal se limitó a salir del An-26 y amontonar a su alrededor las mochilas y los fusiles y saludarse con un movimiento de cabeza como si no hubieran estado juntos desde el amanecer. El jeep permanecía en la barriga del avión.

Entonces Cuito Bie informó tiempo despejado. La desgraciada torre de Bie, sus desgraciados torreros, o controladores aéreos, o como se les quiera llamar. El aterrizaje se efectuó allí una hora después. Una pista humedecida y abrumada por las sombras de la incommovible capa de nubes, que solo había ascendido unos 300 metros sobre el terreno.

Siendo como es, callado y tranquilo, y que sea aceptable su autodescripción de un individuo respetuoso de las costumbres, el amigo no encaja como el indicado para haber sido el primero del mundo exterior que llegara al campamento de Sangre de Pueblo. Uno nunca tuvo oportunidad de combatir a su lado y observar si su personalidad operaba algún cambio bajo el fuego. Uno conoce algunos ti-

...inocuos de su propia mística —lo que llamamos alardosos— que quizá hubieran sido los adecuados para la tarea de establecer el contacto.

Tampoco sabían en principio que iban a llegar a ese campamento. Probablemente nadie supiera que el campamento existía. Pero los tipos que uno conoce hubieran dado un buen espectáculo allí. Aunque uno debe reconocer que Del Toro y sus acompañantes lo hicieron perfecto en su estilo, tranquilos y sin recurrir a los alardes.

Un santuario del MPLA perdido en medio de la selva, y unos guerrilleros esperando unas ordenes y unas tareas que probablemente no habrían de llegar nunca, un lugar único y deslumbrante en el norte de Angola, pegado a la segunda selva más imponente del orbe —después del Matto Grosso— que es la selva de Mayombe, y unos exploradores cubanos que se presentaban buscando la ubicación del enemigo.

De cualquier manera habría que ver el aspecto que Del Toro y los suyos tendrían entonces, al final de su larga marcha desde Luanda. Lo único que estaría en óptimas condiciones serían los AKM. Las barbas crecidas, los uniformes raídos, los pequeños trozos de alambres y cosas que se agencian los combatientes cubanos. Quizá sea verdad que no se pueda ser de Guantánamo impunemente, tal es el origen de Del Toro, y de pronto verse en África, tomando un país, viendo los saqueos en Carmona y todo eso y, por lo menos, no asombrarse.

Estaba en Muinza apenas unas horas después de desembarcar en Luanda —"Fui uno de los que llegó el 7 de diciembre de 1975 en los famosos Britannia"— y terminé el recorrido de exploración en Noqui el 7 de marzo de 1976 como vanguardia de las fuerzas que se dirigieron al norte. El encuentro con Sangre de Pueblo fue el 22 de diciembre de 1975. Las citas de sus fechas son exactas porque acostumbra a emplear métodos de memorización. Faltaban dos días para Nochebuena cuando encontraron a Sangre de Pueblo. "Antes, en esta época, nos estábamos

comiendo los dulces, y miramos ahora aquí en la selva, avanzando hacia un lugar desconocido y buscando a un jefe del MPLA que solo es conocido por Sangre de Pueblo."

No conocí el sur de Angola hasta que regresé en 1981 como oficial de radiointeligencia de la Operación Olivo. Mi avión del 75 venía lleno de oficiales de información. Yo exploré en la dirección norte. Ibrahim Dimas era el jefe de mi batallón. Los sudafricanos estaban en Oubala. A mi regreso a Cuba me dieron la medalla de Combatiente Internacionalista de Primera Clase."

Así que estaba el 10 de diciembre en Muinza, el 13 en Catoco Cangola y el 20 en un entronque de la carretera de Luínga con Cazule donde desalojaron a los zairitas y a la gente del FNLA, que se habían posesionado de Luínga, y donde agarró una malaria por primera vez. Su tropa era entonces de "seis guardias", y el 28 estaban a unos kilómetros de Camabatela cuando se echaron el Mercedes Benz con el alto oficial portugués —"o por lo menos blanco"— que iba al combate con la agradable compañía de una modelo rubia. Echaron debe proceder de echarse al colete. Es decir, acribillaron el Mercedes Benz y su contenido.

El 3 de enero llegaron a Negage en medio de una sangrienta batalla en la que, entre otros asuntos, hubo un Hercules C-130 que despegaba cargado de mercenarios rumbo a Zaire ("todos sus automóviles se los cogimos allí") y al no tener medios antiaéreos se le disparó con un GA-1P, artillería reactiva terrestre, y por poco lo derriban; el fogonazo lo efectuaron desde una colina —"un plano más alto que el aeropuerto"— y el proyectil pasó a unos 2 metros de la panza del avión y terminó golpeando la torre de control. Y el 4 liberaron Carmona, "que ahora es una ciudad angolana muy decente y sin saqueos llamada Malanje". Tres meses después llegaban a la frontera.

Pero en las cercanías de Carmona iban en un jeep cuando contactaron a un grupo mixturado de mercenarios y FNLA. Acabaron con ellos empleando un cañón sin retroceso de 75 milímetros. Se les permitió el acceso a la posi-

ción porque los confundieron con otros mercenarios. No podía concebirse que los cubanos hubieran llegado tan lejos. Se metieron unas hierbitas en la boca para hacerse que estaban mascando chiclets y llegaron al mismo centro del campamento y armaron el cañón sin retroceso de 75 milímetros, que era de los mercenarios, y efectuaron, es decir, abrieron fuego a boca de jarro contra aquella tropa que los rodeaba en su apacible y probablemente bien merecido descanso de combate.

Del Toro dirige un grupo de análisis de actividad enemiga de la Operación Olivo. Su especialidad es la UNITA. Monitorea toda la información radial que puede y sigue los pasos a todos los prisioneros que puedan resultarle interesantes. "Yo creo que la guerra aquí se acaba con comida. Hay hambre. La gente se mata por una lata de sardinas. Ah, y el trabajo de penetración es nulo aquí."

Tiene su concepción de la forma en que la UNITA emplea la propaganda de guerra. Pero en algún momento de la conversación se refiere a los cifrados de combate y uno comienza a sospechar que le están tomando el pelo.

—A ver, por ejemplo, tradúceme esto: el güiro es convoyando al pico.

Uno está emplazado. Bien. Dejad pensar al sabio intelectual de izquierda. Pensad, compañero sabio. Pensad. Bueno. Bien. Güiro, entre otras cosas, es cabeza. También es fiesta. Convoyado puede ser desde una mala palabra hasta junto a. El pico, desde luego, no tiene nada que ver con las aves. El pico es la hora en que se produce la mayor demanda de energía eléctrica. El pico eléctrico. Es la noche. Te jodi, Del Toro. La fiesta es por la noche. Tu mensaje quiere decir que el ataque comienza entre las 18:00 y las 20:00 horas.

—Pero porque tú eres cubano. Si no, ni cojones. Adivíname ésta ahora. Ocurrió de verdad. El jefe nos dijo que pidiéramos un An-26 a Huambo. Ah, ya no tiene gracia. Qué bobo soy. Yo mismo te acabo de decir el contenido del cifrado.

—Uno...

—Pero estaba bueno. Nos quedó de primera.

—Seguro. Uno...

—Pusimos. Espérate. Déjame ver si me acuerdo bien.

Ah, ya. Pusimos. Mandanos tu pítcher para el campeonato todas estrellas. ¿Quién podía ser el pitcher? Aquí nadie juega pelota. En el TOM Angola, quiero decir. Así que el pitcher tenía que ser el chipoyo. Si el jefe lo pedía a Huambo, es que no tenía el suyo aquí. Y estaba claro que era para el jefe porque estamos hablando de todas estrellas. ¿Y quien tiene aquí más estrellas que Tomás?

—Nadie. Nadie tiene más.

—El que más tiene.

—Como 500 estrellas.

—¿Cómo?

—Que tiene como 500 estrellas. En cada hombre. En las charreteras, digo.

—No, chico. Dos. Dos nada más.

—¿Nada más?

—Sí, chico. Dos.

La UNITA, dice, le hace a las FAPLA lo mismo que Batista a nosotros cuando estábamos alzados en la Sierra Maestra. Los kwachas dicen muchas mentiras. El armamento que ellos compran luego lo presentan como trofeo capturado a las FAPLA. Aunque, interviene uno, es cierto que entre el MPLA y la UNITA se han capturado mutuamente varios arsenales. No obstante, Del Toro propone que se les debía exigir una cosa. Que declararan la numeración de fábrica de las armas que dicen capturar "para que así no nos tupan más". Dice que ellos mismos "se caen a mentiras" pero que ciertamente la UNITA se manifiesta con una confianza del carajo, y agresividad. Por lo menos en Cuan-do-Cubango estaban operando con 12 batallones en noviembre cuando querían tomar Menongue.

Tenia 24 años en el ejército cuando uno lo conocio en el aeropuerto de Huambo. Un viejo guerrillero nunca olvida el día de su alzamiento, por la cuestión de que te mejoran

con el armamento por el escalafón de antigüedad. Se alzó en el Valle de Caujeri, cercano a su Guantánamo natal. "Ya Tomás estaba alzado allí." Así que este oficial de información de la Operación Olivo, ahora con el grado de mayor, era unos cinco años más joven cuando se presentó con su escuadra reducida de exploración ante los árboles derribados que impedían todo paso al camino estrecho y empegostado de una lluvia reciente que llegaría —era el deseo— hasta el campamento de Sangre de Pueblo.

El oficial con uniforme verdeolivo, AKM, barba rala y el atisbo de un espedrum de un mes, que en pocas horas sería recibido como un príncipe llegado de otra galaxia, tuvo un oscuro presentimiento. Desde luego que los dos impresionantes troncos derribados al través de aquel camino cercano a ningún lugar reconocido en los mapas parecían sospechosos. La sospecha aumentaba al poder percatarse cualquiera que los observara que estaban derribados intencionalmente. Tampoco había mapas muy confiables. En la carpeta de Del Toro se mezclaban las cartas que obtuvo en una gasolinera saqueada de Luanda con otras de relativa confiabilidad militar impresos para la OTAN por algún instituto cartográfico norteamericano. Después se dieron cuenta de que con los neumáticos de su camioneta Range Rover estaban pisando el borde de una mina antitanque que se desprendió de la tierra por la intensa lluvia.

Habían tomado hacia el oeste de Carmona, por caminos cada vez más accidentados, y habían dejado por el norte a Luvo y a Buela y lo único que habían visto era aquel camino que tendía a estrecharse y que no se sabía a dónde podía llevar y del que sólo obtenían una fragmentaria información de los pocos campesinos angolanos —los camponeses— que encontraron un día antes y que les advirtieron que se decía que había gente armada por allí.

Si la tentación era mucha para un grupo de exploración, ésta se convirtió rápidamente en la asunción de la posición uno ante los dos troncos que les obstruían el pa-

so. Posición uno significa que quitaron los seguros de los AKM y se distanciaron a varios metros entre sí y no caminaron recto bajo ninguna circunstancia, ni erguidos, y aunque no está en los manuales, y aunque no iban a realizar ninguna operación por sorpresa, de inmediato comenzaron a comunicarse en voz baja o por señales. Esto era para ellos la posición uno: montar los fusiles. Y decir bajito:

—Aquí sí yo creo que nos van a partir los cojones.

El tamaño de los troncos impedía el paso del Range Rover y de cualquier vehículo de marca reconocida. También servía para comprobar que no habían caído por su propio peso, porque no había ninguno igual por los alrededores, así que era evidente que habían sido llevados hasta allí, aunque hacía ya bastante tiempo. Una urdimbre de flores y hierbas les había crecido desde el oscuro suelo.

En Cateco Cangola le habían dicho: la orden es que contactes a un jefe angolano que se llama Sangre de Pueblo. Preguntale si tiene ubicación del enemigo y dile que se te sume. Y ellos inician su marcha y los caminos empiezan a perderse. Meses y meses que por allí no transitaba nadie. Pasan por una fazenda recién abandonada y unos famélicos camponeses están mirando el ganado que pastan. Del Turo y los suyos toman la iniciativa y en nombre de la naciente revolución resuelven en forma expedita y sin los complicados trámites de una burocracia que aun no existe. El paisaje pastoril se raja con la estridencia de un par de rafagazos de AKM y se manda a preparar el horno y se reparte la carne de dos bueyes. Gente agradecida los camponeses aquellos. Vitorean al MPLA y al camarada Agostinho Neto y, por supuesto, a los internacionalistas cubanos y a su gran jefe Fidel Castro.

Después caen en el camino de la mina, una mina soviética antitanque. ¡Jum, caballeros, ¿qué cono hace esta clase de armamento soviético en este paraje perdido de la mano de Dios? Siguen camino y luego de andar un trecho

en medio de aquellas bóvedas de árboles, nos encontramos con ese negro con un AKM terciado que preguntó, eh, camaradas, a dónde van voces. Es una aldea que parece desocupada. En ese momento éramos 12 hombres. Pero no sabíamos por cuántos estábamos rodeados. Tienen que ser negros prietos todos. No se le olvida. 22 de diciembre de 1975. Nos tienen que estar apuntando y yo digo: eh, camaradas, somos cubanos. Buscamos a Sangre de Pueblo. Tengo esa misión del MPA. De hacer contacto con el capitán Sangre de Pueblo.

El negro afiló la mirada, pensó un rato, y luego tomó una palanca del suelo y le dio a un tubo de hierro. Vinieron otros cuatro guerrilleros, hablaron entre ellos sin mirar para el jeep, hasta que se fueron los cuatro. Al rato se escuchó un disparo. Era la orden de dejarlas pasar. Uno de los hombres se munto con ellos. Franquearon cinco postas antes de llegar al campamento. Iban en el Range. Las armas guardadas. Bien visibles para que vieran que veníamos en son de paz y que éramos cubanos. Pero era un hormiguero de ametralladoras el que les apuntaba. El escolta decía: son camaradas cubanos. Quieren hacer contacto con Sangre de Pueblo. Ahora, decía, yo fumo un ceruto —un tabaco. Con los portugueses no pude fumar cerutos. Los cubanos son los mejores colonizadores de Angola. Entonces ordena detener la marcha.

Habíamos salido para la selva hacia las 9 de la mañana. Y entonces nos detuvimos. Vimos una circunferencia en el centro, libre de arbustos, con un asta en el medio. Las casas se encontraban separadas del asta a una distancia de unos 30 o 40 metros. Eran casuchas, lo que llamamos vara en tierra, escondidas entre los árboles.

Había un espacio abierto en la selva y todo indicaba que ese camino terminaba y me bajo del Range Rover y pasa un rato y no se ve a nadie, hasta que, por fin, surgen tres hombres de los entresijos de la selva. Eran las 16:00 horas. Y cuando Del Toro intenta dar el parte y explicar que tenía la orden de establecer contacto para la liberación de Angola, Sangre de Pueblo termina su marcha flan-

queado por los dos escoltas, saluda como militar y dice que él es el invencible capitán Sangre de Pueblo y que se presenta ante los camaradas cubanos y que las tropas están formadas.

Estaba vestido con un pantalón de camuflaje y una camisa verdeolivo un tanto ripiada, lo cual significaba, según apreciación de Del Toro, que las condiciones materiales de vida allí eran malas, y llevaba una gorra de campaña con orejeras y un par de zapatos tenis. Tenía grabados en su camisa los grados de capitán y una perita como barba y el cráneo rapado, un negro color chocolate, y algo impresionaba del compañero, dice Del Toro, era su prestigio ante más de 800 alumnos que había en su unidad, que entonces supimos que era una escuela. No había nadie y de pronto aparece gente que comienza a formar y a marchar y a cantar. Llevaban una mina al hombro o un ohús de mortero o, los más aguerridos, los fusiles.

Entonces Sangre de Pueblo alza una voz de bajo profundo como la única salva posible de la batería de obuses de 120 que podía salir de aquel pecho y dice:

—¡Camaradas, los cubanos han llegado al campamento de Sangre de Pueblo! ¡Han cruzado los mares y los cielos y las selvas! ¡Y han llegado! ¡Camaradas, la Revolución ha triunfado en la tierra sufrida de N'Gola! ¡Camaradas, Angola existe!

El desfile ha concluido. El capitán invita a su despacho y conduce a los cubanos en medio de la selva, y había que agachar la cabeza para entrar allí. La mesa era de bejuco y había un altar con un viejo radio Philips que alimentaba una complicada urdimbre de cables y enmohecidas baterías, y Sangre de Pueblo dice: "Radio Habana Cuba." Del Toro se encontraba en el buró de trabajo de un gran dirigente y se le dispensaba la dignidad establecida para un representante de la República de Cuba.

Sangre de Pueblo tenía una cara *fraca*, que quiere decir aguileña, de cejas no muy tupidas y de frente alta, y tenía

unos 35 años y una Luger de 9 milímetros en su cartuche-
ra a la cintura, y un fusil AKM soviético y siete peines de
ark entre la cintura y el pecho, y era un hombre de unos
5'4 pies de estatura y los hombres y mujeres de su escue-
la arrancaban la maceta con el mani todavía verde y un
cangre de yuca y nos los brindaban, nos brindaban todo
lo que tenían.

Hacen juntos el resto de la campaña hasta las cerca-
nias de la frontera. No se vuelven a encontrar. Lo último
que oye decir Del Toro, se lo cuenta al paso un angolano
en el transcurso de la Operación Olivo. Sangre de Pueblo
murmura al activar una mina anticarro entre Negage y Ca-
mabuela, en los primeros meses de 1976, después de la
ofensiva, probablemente en abril.

Angola 6-10-82

Región de Responsabilidad. Menongue

Es altísima la estima que se tiene por los osos entre los
combatientes cubanos. Es sólo equiparable a la de los go-
riilas. Uno cree entender. Primero, la cuestión de la pe-
lambrea. Segundo, porque agarran por el cogote a las
osas, o a las gorilas —según el caso—, y, sin necesidad de
que medien palabras, las arrastran hacia la cueva. Un oso
pelón —lijense, pelón, no peludo— es un tipo completo.
No está en nada.

Más el jefe tiene sus criterios al respecto y asegura que
esto no guarda relación con el hecho de que su lampiñez
alcance hasta la cabeza. No está en contra, en lo absoluto,
de la valoración. Acepta que un oso pelón o un gorila es
gente en la que se puede confiar para encomendarle cual-
quier misión combativa, pero se cree en el deber de citar
el caso —triste, dice— del león tusao. La explicación es
un poco larga, ya que en Cuba se entiende por tusao a al-
guien que ha sido pelado al rente, le han dejado la cabeza
limpia como una tusa de maíz desgranada, bien comida.
Es el motivo por el cual un tipo que este enfurecido y des-
consolado —no, rectifica el jefe, desconsolado no— y al
que se le considere como alguien amargado, está hecho,
precisamente, un león tusao.

—Pero es un león digno —argumenta el jefe—. Esta
amargado por haber perdido la cabellera. Claro, habría
que averiguar en que condiciones la perdió. Porque si se
la dejó cortar, el tipo, además de tusao, no sirve. Y no lo
quiero ver por todo esto.

En cuanto a su situación particular, explica, había

triunfado la Revolución y él era uno de los 17 comandantes victoriosos que habían bajado de la Sierra cuando la gloria de su juventud se vio repentinamente acechada por el descalabro de una prematura calvicie en una tropa donde todos lucían las más tupidas y largas pelambreras y barbas, por lo que decidió, dice, pasar a la ofensiva, y dijo, así que tú me quieres joder, pues yo te voy a joder a ti, y cogió una navaja barbera y arremetió contra la cabeza y se la dejó como una bula de billar, que es lo que siempre había oído decir que era la forma en que se llamaba a los calvos.

—Y pal carajo, mijo, ¿entiendes?

Otra cuestión relacionada con la fauna y la flora y su relación activa con nuestra agitada existencia tuvo su origen el día que el jefe ganó un campeonato de dominó y después uno de cincuentiuna y después uno de mentiroso y estaba de lo más contento y dijo en forma bastante autovalorativa, yo soy un caballo, para acto seguido reafirmarse aun más diciendo que era un león, y parece que se sintió animado y dijo que no sólo era un lince como su indicativo indicaba y un tigre y un jaguar sino que también era más temible que una cobra. Entonces se callo. Meditó un buen rato. Y le preguntó a Gárciga que por qué razón el elemento animal cobra, siendo tan peligroso, tenía que ser *la*.

—El *la* ese no me gusta nada, para que ustedes sepan. Así que ni cojones, para que sepan. Yo lo que soy es un cobro. El Cobro Macho. Y Pelúo. Y Tusao. Todo junto, cono.

Pero tuvo una falla. El mismo Cobro. El día del helicóptero. El problema, al parecer, es que convocó a los muertos. Un hombre de su experiencia no debió nunca presentarse en el Alto de Huambo para ver su caravana de 900 asesores arribar sin un rasguño y, mucho menos, comentarlo con satisfacción desde su Volga-24 de rutilante laca negra de general de división con sólo dos escoltas en el asiento trasero de ese duro remedo bolchevique del Mercedes Benz y el coronel Yuri, el asesor soviético de la

Cuarta Región, al timón. Aquí los tienes, Yuri. Llegaron. A Huambo. Sin que nadie se metiera con ellos. Ni una embocadita. Ni una mina. ¿Qué te parece, Yuri, eh? No se alrevieron con nuestros muchachos. ¿Qué te parece? Hoy es el 18 de julio de 1981 y aquí están los hombres que van a comenzar Olivo. Y es Calzadilla el que despega de Huambo en el Mi-8. Recoge en el mismo aeropuerto una escolta reforzada: todos los cubanos disponibles que encuentra y que quepan en el aparato. Viene molesto, quejoso. Ese hombre, dice, ha salido solo para el Alto de Huambo. ¿Tú los ves?, le dice al piloto. Apurate, exige. Camarada general Tomashevich, dice Yuri, esto merece un brindis. Vengo armado. Tomás está contento. El soviético viene armado. Le muestra la botella. Ese vodka está enojonado, Yuri, dice. El convoy está cruzando frente a ellos, un porcentaje de los 900 expedicionarios de Olivo saluda sin concierto con el ritual militar —el brazo en alto— desde los camiones. Estan allá abajo, dice el piloto. ¿Tú los ves?, pregunta Calzadilla. ¿Tú los ves? Sí, responde el piloto. La caravana, agrega. Pero no veo a ese hombre, comenta Calzadilla. Vine armado, dice Yuri, que también está contento. Es un buen vodka, Yuri. Y tu eres un buen hermano. Soviético. Y este es un buen lugar para brindar. Directo de la botella. Y la convoca de nuevo. Dice una caravana desde Luanda hasta Huambo sin un solo tropiezo. Intacta. ¿Eh, Yuri? Acércate, dice Calzadilla. Aquella quebrada. ¿Aquel no es el Volga? Imaginate, Yuri. Imaginate a esos cabrones kwachas. Te aseguro que han mantenido la caravana en observación desde que salió de Luanda. Ahora mismo tienen que estar observando. Seguro. Y me la juego que hasta nos están colimando. A ti y a mí. Acércate, dice Calzadilla. Acércate más. Baja. Cojones, dice Tomás. O cree que ha dicho. Porque sabe todo lo que va a pasar ahora con ese Mi-8 que desciende sobre la quebrada y que trata de hacer un pase rasante entre las dos escarpadas —no pasa, dice Tomás, o cree que dice. No pasa— con las que se enredaran las palas del rotor, y una fuerza inaudita detiene la máquina, como

agarrada por la cola, y la dejara caer carente de velocidad mas con toda la fuerza de sus toneladas de peso sobre la seccion trasera de un Volga-24 que resulta seccionado una parte expelida a mas de 60 metros con los unicos dos supervivientes pulidos por los hematomas, y Yuri sin conocimiento durante nueve horas, y Tomas quejumbroso por su puñetera mala suerte, y porque siempre tiene que venir desde abajo, y convencido de que está resentido por dentro, y luego queriendo recuperarse e impartir las ordenes pertinentes para infundir animo a su gente porque así son las casualidades de la guerra, y desconociendo que perdió a Calzadilla; y otra convertida en una masa de metales candentes junto con el volumen completo de un Mi 8 y los cuerpos granulados de 12 hombres muertos, innaccesibles al salvamento porque las mazorcas de cohetes han alcanzado la temperatura en que no requieren de pulsación electrica desde la cabina para dispararse fuera de control y bañar el area con un fuego de destruccion de manigua previsto originalmente para servir a los kwachas.

El cuento que uno suele hacer a cada rato comienza con El Bolchevique, que es un tipo oso, gorila. No pregunten el nombre verdadero porque, probablemente, ya no lo recuerda ni el mismo. Pero pregunta por El Bolchevique en Tropas Especiales, que puedes apostar que van a responder: "Un oso." De modo que cuando lo agarró el primer mortero en la batalla de Eho, que le arranco el tobillo izquierdo, lo primero que hizo fue cerciorarse del estado de la tosca imitacion taiwanesa de un Rolex Oyster submarino conceptuado como estimulo ganado por anteriores meritos de guerra y entregado de manos de otro oso certificado, su jefe de entonces, el entonces primer teniente Tenjido, tambien reconocido como oso y como gorila y como un legendario, que le habia dicho, broder, tremendo reloj que te estuy dando, un watch volau, broder, para que tu sepas, ahora si eres ranger, un ranger completo, artefacto este que termino por perder su remoto

aspecto de produccion suiza y toda aspiración de precisión, la esfera tan minuciosamente astillada, tan despreñada de las juntas, tan hecha polvo, que uno hubiera dicho que habia desaparecido, y las agujas retorcidas de manera tal que se podia vaticinar de inmediato que se habian detenido para siempre a las 15:05 hora local.

Fue 30 segundos antes de que El Bolche exclamara, pero este reloj es tremenda mierda, el broder me ha embarrado, un solo mortero y ya se paro, 39 segundos antes de que un compañero que no debe ser nombrado a solicitud propia, ya que, dice, el tipo de actividad clandestina a la que se dedica le impide salir a la luz pública, le dijera, dejame ver, y de que El Bolche levantara el brazo embarrado de sangre y tierra —para enseñarle el watch— y de que el compañero le explicara, no, Bolche, la pata, que te la han jodido, 44 segundos antes de que el segundo mortero estallara en la trinchera y de que el compañero tuviera el ultimo pensamiento completamente lucido de su existencia, que fue esos cabrones nos tienen colimado, Bolche, aunque no escuchara la explosion ni supiera que le habian hecho un boquete en el craneo.

Primero tuvo que decir que no lo enterraran, que el creta que todavia estaba vivo, porque oia las voces, un poco lejanas, es verdad, pero, penso, si estuviera muerto, tendria el radio apagado, ¿no? Fueron cerca de cinco horas sin conocimiento. Y El Cubanito, que actuaba como jefe de su escuadra, ya le habia puesto las manos sobre el pecho y enarbolaba la pala y estaba diciendo vamos a darle sepultura aquí, a flor de tierra por ahora, que ya vendremos a recoger los huesos, cuando el dijo, o creyó que decia, caballeros, si ustedes no son los judafricanos y si no hemos perdido la guerra, no me vayan a hacer esta mierda, que fue cuando oyó a Luis el Grande, o a Teito, no supo reconocer, que decia, uno de ellos dos, caballeros, yo creo que está vivo todavia, está sonando, a lo que respondió El Cubanito, coño, si, está sonando, y Luis o Teito, uno de ellos, que dijo, son los estertores, caballo.

tuvo la experiencia, mas a sus compañeros no les quedo duda: además de oso y gorila y duro se habia convertido en un peligro. El Bolche y él fueron evacuados y nadie sabe aun cómo llegaron vivos a lo que dieron por llamar el taller de reparaciones de primera magnitud, donde les enderezaron el chasis y los chapistearon y donde algún vesudo consejo de eminentes médicos habrá decidido que la solución de mayor conveniencia para la salud de ellos, es decir, la salud de los médicos y del hospital en pleno, era darles el alta, por lo que El Bolche cogió su camino y el compañero de marras el suyo.

Entonces comenzó —nos referimos al compañero de marras— a elaborar un plan secreto para "atacar el mismísimo corazón del imperio", plan este que consistía en alquilar un avión con autonomía de vuelo suficiente para, despegando desde Taiwan, aterrizar en Washington D.C., desembarcar allí y avanzar hacia la Casa Blanca, rodear la posición y dar la señal de ataque con un silbato y pasar a cuchillo a todo el personal del gobierno enemigo, aunque siempre salvando al presidente imperialista para utilizarlo de rehén y pedir rescate. Había cierta lógica en el proyecto, ciertamente. Aunque fuera susceptible de algunos retoques. Por ejemplo, no encajaba por ningún lado despegar desde Taiwán. Si La Habana está mucho más cerca.

A mediados de los años sesenta los cubanos efectuaron sus primeras misiones africanas. Pero bajo una inconmovible capa de silencio. Un auténtico secreto. Había hermetismo. Y se origino lo que puede llamarse una tradición.

Así, en 1975, cuando los zairotas y Holden Roberto avanzaban por el norte y Savimbi por el sureste y los sudafricanos por el sur y Fidel Castro, manoseando un tabaco y los tres o cuatro escuetos informes que le retrataban la situación, decidiera apoyar a quienes evidentemente habían perdido la guerra y pasó por alto el axioma de Maquiavelo de que aliarse con los que pierden es perder, se registró lo que un noble criollo colombiano, periodista retirado y novelista de actual profesion, ha llamado, en su estricto sentido macondiano, un secreto compartido por millones de cubanos. Ah, Maestro, todas las señas le cuadran.

Los pocos instructores que aguardaban por una muerte segura en el reducto del MPLA en Luanda, que eran los mismos —o los herederos— de aquella guerrilla cedida por el Che Guevara a Agostinho Neto, se vieron multiplicados en un par de semanas. 300 para empezar. 3 000 en un mes. 30 000 a la vuelta de unos meses. Fue el número de hombres necesario para sacar a los zairotas, a Holden Roberto, a Savimbi y a los sudafricanos.

Los 30 000 combatientes iniciaron su traslado a fines de 1975 bajo la protección de un hipotético secreto, y cerraron las hostilidades hacia marzo de 1976 con el resta-

...cimiento de las fronteras angolanas. Puede estimarse que cada cubano tenga seis amigos de todo crédito y para cualquier eventualidad. Tener media docena de íntimos como mínimo es característica de las nacionalidades expansivas. Y en ellos se debe confiar a la hora de una despedida que puede ser definitiva. Así que 300 000 compañeros estuvieron rápidamente en posesión del secreto. Si se suma, por supuesto, los seis amigos íntimos de los seis de cada uno de los 300 000 anteriormente citados, tenemos un resultado: el único secreto masivo de la historia universal.

Así que en el transcurso de aquellos clandestinos —en cuanto al internacionalismo se refiere— años sesenta, un visitador político del ejército ayudó a incrementar —seguro que sin proponérselo— a escala local —en Catalina de Guínes, para ser exactos— un misterio. Doña Eloisa Mustelíer viuda de Baro dice que el compañero comenzó a merodear la cuartería y a hacer lo que ella denomina como unos cuentos muy raros sobre su hijo Lazarito. Que si estaba en un trabajo de la Revolución, que si estaba para Oriente, que si en un contingente de cortadores de caña, que si en una tarea muy delicada, que si, oye, era un aburrimiento toda la monserga de ese hombre, flacundengo cantida y queriendo hacerse el simpático, aunque eso sí, el pobre, todos los meses con el cheque del salario de Lazarito en la mano y muy preocupado por uno, la verdad, que si el radio se me rompió, venga radio nuevo, que si tengo malea en el estómago, el doctor entrando por esa puerta. Un hombre muy bueno, la verdad. Muy flaco y muy bueno.

¿Lazarito? Me aburrí de esperarlo, la verdad. Me dije, perdí a Lazarito, cará. Y lo extrañaba, aunque algo en el corazón me decía que estaba vivo. Pero me resigné. Me dije, está vivo en tu corazón. Y es ahí donde está. Solo ahí. Por lo demás, vamos a encomendarle su alma a la virgen-cita de la Caridad, que es su patrona, y al achacososo de San Lázaro, que siempre ilumina. Ochun y Babalu Ayé, mentados sean los dos con todo respeto. Ah, cará. El po-

bre Lazarito. El mío. ¿Que cuando perdí todas las esperanzas? Las perdí cuando hicieron la casa y nos mudaron a todos. Al familion completo. La verdad.

Pero qué iba a saber uno que Lazarito, un muchacho que una ha criado, iba a ser un patriota del extranjero, oigame, lo menos que a uno se le puede ocurrir, porque quien que este mundo es grande y para dondequiera que vayas, si es fuera de esta isla, es el extranjero y yo misma le decía al visitador, ven acá, mijito, por qué tanta bulla y tantos cuidados conmigo porque este cabron hijo mío está cortando caña. O si no decía, ven acá, mijito, por qué no me dices en qué cementerio lo enterraron. Para llevarle flores. Por lo menos eso.

Que va, no soltaba prenda, sólo decía, no, mi vieja es que su hijo es un patriota, lo que no se puede decir donde está, y yo le decía je, patriota, patriota usted dice, como los de los billetes de a peso, jum, cara, pero yo estaba de lo mas alborotada cada vez que cambiaba el cheque del salario de Lazarito para ver si en el vuelto me daban un peso con su retrato en el medio, mi negrito, caray, que yo creía que ya estaba en el cielo, mi angelito negro en el celón misericordioso, no tiene idea de como yo quiero a este muchacho, porque mira que me ha dado trabajo, si cuando se metió a policía yo hasta le dije, el pobre, me da pena recordarlo ahora, policía es la que tu necesitas, le decía, para que te dé cuero, para ver si te enderezas un poco, cabron.

Un lugar con sus características, el Congo ese adonde Lázaro de la Caridad y sus compañeros fueron a parar, para que ustedes sepan. Mas no estaban allí para estar contemplando cosas sino para trabajar. Aunque siempre se pega algún conocimiento.

Lo que tuvieron que hacer —por ejemplo— desde que se pusieron en contacto con el MPLA fue burlar las patrullas fronterizas zairitas para caer en el territorio del otro lado, y cuando ya estabas en el otro lado dedicarte al otro negocio, ponerle para la cosa, dice Lázaro de la Caridad.

El negocio, la cosa, consistía entonces en burlar las patrullas fronterizas portuguesas.

Viendolo bien, según la observación de Lázaro de la Caridad, era la misma clase de selva a uno y otro lado del río. Lo que no era lo mismo y en lo que no te podías equivocar, era la clase de burla en la que te velas envolvías. Era pasarles a los zairotas o a los portugueses —los tuga— a dos cuartas de distancia sin que te vieran ni oyeran. No ponerte a hacerles muecas ni a querer ponerles rabos ni a gritarles tuga maricon con voz de flauta desde atrás de una mata. Son dos clases de burlas distintas.

Es la tierra de los antepasados. Unos parientes de uno, los antepasados esos. Tú no lo sabías, pero son algo así como unos primos tuyos. Y es allí donde acumulas una impresionante cantidad de conocimientos internacionales. Nunca ves, como también se puede señalar a modo de ejemplo, que ellos, los otros parientes de los antepasados, es decir, los actuales habitantes del Alto Zaire, que es una parte del Congo ese, y los del norte angulano, que es, como se ha detallado, adonde fueron a dar después, comen biateses. Se comen los grillos. No unos grillos verdes y saltarines, como los de Cuba, sino grises, flaquitos. Que están tan jodidos que ni chirrían. Ahí uno puede ver la falta de ánimo que esos animalitos tienen. Que ni cumplen con su más elemental deber de chirriar.

Y hay que ver los velorios, caballero. Hay que verlos. Recuestan al hombre a un palo y cogen una lata de gasolina Esso. Y le empiezan a dar candela al hombre. Y ellos, a comer y a beber y a bailar. Y el hombre, tranquilo y ardiendo. El hombre, claro, es el difunto. Ellos, los dolientes. Y uno puede encontrarse sus bares —unas barras húmedas y saturadas de moscas en las que venden la cerveza nacional del país— en los que se hallan las meseras —las muchachas que están colocadas para servir la bebida— y uno, Lázaro de la Caridad en este caso, puede tomarse sus traguitos allí. Y hay melgas en los bares. Y es con ellos con los que se puede sacar bronca de vez en

cuando. Pero se pone el FAL sobre la mesa. Y ahí se acaba todo. No hay más bronca.

Los melgas, debe suponerse, es la versión de un patrimonico —el de los belgas.

Fue aquella misma época —seguimos en los años sesenta— un descendiente de ingleses, veterano de la batalla aérea de Playa Girón, adiestro 12 pilotos de Mig-17 Douglas Rudd Mole.

Era el único blanco en el grupo. Y entendía que de haber sido abatido lo que hubieran recogido del viejo Douglas iba a ser un chicharrón. Se le hizo evidente que tenía el argumento para solicitar su incorporación no solo como entrenador en Cuba. La raza habría sido indescifrable para el enemigo que lo capturara dado el nivel de cremación que el mismo pensaba alcanzar.

La tarea trata "sus jodentinas". Debe aceptarse que era un training poco académico. Hay un tipo de piloto que vuela recto y nivelado. Es un tipo serio y con la raya del pantalón bien planchada y a veces, gracias al esfuerzo, llega a ser jefe, aunque por el palo —el bastón de mando del avión— no lleve nada. Pero los muchachos dedicaban un tiempo mínimo al porte y aspecto. Se preparaban. Y estaban orgullosos cantidad. Algo se filtró: 12 negros volando todos los días en duras sesiones de entrenamiento y comiendo bien y haciendo ejercicios de infantería y tirando miles de cartuchos de FAL llamaban la atención.

Aunque no fueron enviados a cumplir la misión, los pilotos, según Douglas, siguen siendo unos huesos en el aire. Calificativo de eficiencia: si eres hueso y además bragan, estás completo.

Douglas había estudiado el F-86, la columna vertebral de la aviación sudáfricana, que según sus propios estimados era el enemigo potencial número uno. El F era superior al Mig-17 en algunas características, y al revés, el 17 tenía sus ventajas. Sobre todo, el 17 superaba al F en la vertical. Si un F te cogía la cola, quería decir que después de eso venía lo que Douglas llama el viandazo, esto es, te

derrribaban. Por lo que entreno a los muchachos para irse en la vertical, hacer una reversion cerrada a menos de 800 metros de altura, no muy larga porque el F pesa más y te va a alcanzar y tiene mejor coeficiente aerodinámico, y entonces, con este adiestramiento, te le montas en la cola y en seguida pegatele para disparar, porque el F tiene seis ametralladoras M-3 calibre 50, y el 17 tiene dos cañones de 23 milímetros y un cañon de 37, y poco porque, así que no puedes perder ni tiempo ni distancia.

Como se realizaban tantas acrobacias, había temor por las barrenas. Los viejos manuales soviets, dice Douglas, tienen una complicada y larga teoría sobre las barrenas. Según aquellos textos, para salir de la situación lo primero es determinar qué clase de barrena es: barrena sobre el horizonte, barrena plana, barrena esta o la otra. Douglas simplificó. Una sola clasificación de barrena: la barrena. Para salir de ella, un método único: bastón adelante y pedal contrario. Y para la excepcional (y exterminadora) barrena plana, una solución convincente: catapulteo. "Yo nunca lo hice, aunque estuve algunas veces en la frontera de ese requerimiento. Tengo una prueba de que las maniobras en emergencia, sin abandonar la máquina, salieron bien: nunca me catapulté y estoy aquí, hablando de lo más campante."

Los impecables analistas militares creían a duras penas en esa forma de lucha y mantenían en crisis a Douglas y sus muchachos. En su catecismo de guerra no entraba un grupo de pilotos negros entrenándose para dar cobertura a una guerrilla. Lanzar al aire o aterrizar una escuadrilla de Mig-17 en el mar de polvo indefinido de los terraplenes cubanos que simulaban a la perfección la dura topografía africana está fuera de los calculos.

Los analistas, como se sabe, son unos oficiales cuya obligación es ser gatos pero desde un punto de vista científico. Que es lo mismo que ser gato sin ser científico pero con la diferencia de que te dan los datos con rostro grave y una carpeta bajo el brazo y con la potestad que les otor-

ga la certeza que ellos tienen de saber que ~~ellos~~ ellos estuvieron trajinando con la computadora antes de ~~del~~ el mar el día, la hora y la playa que el enemigo puede emplear para el desembarco. Es decir, cuando los yanquis podían tirarse —emplearse a fondo, según el léxico revolucionario— para jodernos. De ahí se saca la apreciación.

Lo mismo que logra el jefe cuando se devana los sesos para imaginarse lo que el llama "las traicioneras intenciones del enemigo", es lo que obtienen los analistas con alambres y circuitos. Necesitan, como mínimo, un flujo de datos y una planta eléctrica. El jefe resuelve con un paquete de cigarros y haberle estado cayendo atrás al tipo durante dos o tres semanas. No necesita de ningún otro material para sacar sus conclusiones. Le es importante sobre todo ese tiempito de experiencia acorralando al tipo. Y cuando dice que el muerto le está dando el norte, síguelo. Tienes garantizada una victoria militar. El muerto es un personaje. Aclara el camino lo mismo en Cuba que en Angola; con su ayuda hicimos talco a Osvaldo Ramírez y a Tomás San Gil, dos tipos molestos en el Escambray, y pusimos a Jonas Savimbi en la obligación de gastar una docena de suelas de botas de manufactura sudafricana sobre el aspero territorio de Cuando-Cubango. Los estrategas más ortodoxos sabrán traducir que el muerto es la inteligencia siempre despierta de un viejo combatiente.

Quedo probada cuando la USTA y los sudafricanos pretendieron capturarlo en Menongue, y también en una primavera moscovita de los años setenta cuando conocí el ejercicio representado en el mapa de Alemania colgado en un aula de la academia militar "Voroshilov". El enemigo había aniquilado la 622 División Blindada con un golpe nuclear. Los informes de Inteligencia y por satélite indicaban que el enemigo se dirigía hacia el oeste con tres regimientos de infantería mecanizada y que su aviación con cabezas nucleares tácticas aprovecharía el éxito inicial sobre la 622 División. El jefe se encontraba al man-

do del 34 Ejército. Y el 34 Ejército iba a ser sometido a los efectos de una fogata nuclear.

En primera instancia le perturbaba el trágico destino asignado en el ejercicio a la 622 División. No le molestaba especialmente la adusta mirada de los nueve generales soviéticos miembros del claustro de profesores de la Cátedra de Estrategia de la más exclusiva academia militar del mundo, que esperaban su apreciación y ulterior decisión. No, lo que lo irritaba era que le hubieran hecho trizas una división de tanques.

—¡Me daba una roña!

Y había cabezas nucleares tácticas y fogatas nucleares producidas por minas nucleares distribuidas por todos los cuadrantes de "aquel cabron mapa" que él repasaba con cierto desden. Hasta que detuvo la mirada en la cota 1380.

—Ah, cará, en este mismo monte es la cosa. Aquí mismo se cagó el tomeguín. Porque seguro que aquí tenemos ríos y un poco de viandas y hasta sus animalitos. Y algunas cuevas.

Resuelta la cuestión. Comida y techo garantizado. Cogió una compañía y la aprovisionó con bastante parque y la alzó.

—Que vengan ahora las fogatas nucleares que quieran. Porque mi guerrilla ya está en la montaña.

El claustro de profesores en pleno nunca atino a comprender la lógica de un puñado de hombres alzados en las circunstancias de una conflagración nuclear. Mucho menos pudo captar en su absoluta magnitud cuál era la concepción estratégica que se encerraba en la idea vigorosamente expresada de que un tomeguino hiciera sus necesidades en situación de tanta severidad.

Esta es la música de *De aquí a la eternidad*, que es el título provisional de Rene David para su última producción en proceso de trabajo mental. Se explica en pantalla que en el transcurso de la Operación Olivo alguien que se describe como un sabelotodo y que debe ser un intelectual

de campaña surgido de la misma tropa se dedica a elaborar lo que se plantea como unas ideas raras y que uno debe descifrar como unas teorías sobre la venganza de los negros que fueron sacados de África rumbo a los canaverales o los campos de algodón de América y que regresan siglos después a vengarse de los colonialistas y los italicantes blancos. Una venganza diferida, de bisnietos contra bisnietos.

El hecho evidente es que el intelectual de campaña no lleva sus ideas a la imprenta. Parece que nunca las escribe y que permuta la elaboración de ese tratado por la composición de una guaracha: "Vida parrandera."

El consenso de la tropa hacia la obra musical es favorable de manera absoluta, porque, según se explica en el filme, resulta pegajosa y fácil de interpretar con cualquier instrumento, es decir, con cualquier cosa que percute, la baqueta contra las culatas de los akm o unos buenos golpes de tenedor sobre las cacharras de las cantimploras, y porque la letra, sin lugar a discusión, es contenitiva de un concepto amplio de ciertas circunstancias de la existencia de los hombres, sobre todo de eso, de la hombría, y dice: Esta vida parrandera me mata, me mata, ay, me mata —y entonces un poco de tenedor contra la cacharra y sigue—: Tomo güiqui y tomo ron y otra bebida cualquier —tenedor, tenedor con eso—. Aunque cuando yo me muera este de luto el alambique —y sigue así hasta el cansancio, con este estribillo: Me mata, aaayyyy, me mata. —Alarga ese ay, es importante, y dale más baqueta o tenedor.

Se le puede agregar un consejo al espectador, un dato. Si se va a utilizar una cantimplora debe procurarse que sea soviética, que pesen como un tractor y que parezcan, o son, de la primera guerra mundial, porque las norteamericanas tienen boca ancha y te hacen perder la mitad de la vibración. Y si además de ser norteamericanas son de esas nuevas plásticas, el sonido no te camina nada.

Que de inmediato uno sepa que la letra de "Vida parrandera" es un plagio del Rene, o peor aun, porque has-

ta el título es idéntico, que sea la misma pieza que un político —el teniente Venerando— ya ha visto sonar en Cuba y cuyo estreno mundial tuvo lugar en un festival de aficionados de las 144, la cual fuera ejecutada por la Banda de Ceremonias de la 50 División, Ejército de Oriente, integrada por 78 profesores, todos puestos de pie y con sus uniformes de gala y bajo la dirección del maestro Ozellano, parece ser un asunto de poca monta para nuestro Serguei Eisenstein de combate.

Eso es relativo, según su explicación, porque lo que importa es la canción. La pieza en sí. Y que se convierta en himno. Que el mensaje llegue a las amplias capas populares. No puede ser otra la aspiración de un artista del pueblo.

—Mas bonito eso —dice, y es lo único serio y responsable que uno le oye a Rene David en su existencia— Bonito cantido. Tener tu himno para cantarlo en la selva. Además, broder, olvidese. Que lo imperecedero es la obra, no la firma al pie.

—Pero lo que no me gusta es el título de la película, Rene.

—¿No?

—Es otro plagio, Rene. Ya son dos plagios.

—¿Y que te parece *Al este del paraíso*? Te lo digo porque estamos en el este angulano.

—Tres plagios, Rene. Y no estamos al este. Estamos al sureste.

—Al sureste del paraíso. No. La verdad que no suena igual. Pero da ubicación.

—¿Y cual es el paraíso ese, Rene?

—¿El paraíso? No, verdad. No voy al este de que paraíso podamos estar. Pero es que yo estaba pensando en el arco iris. ¿Tu me entiendes, Muppet?

—¿Como?

—Fíjate. Oye esto, Muppet Dos. Oye para que aprendas. Al final del arco iris te encuentras una botija de oro. Es un símbolo. ¿te das cuenta? La botija que vamos a encontrar es nuestro deber cumplido. Y el arco iris es la batalla

—No jodas, Rene. No jodas.

—Pero estamos aquí, Muppet Dos. Estamos de todas partes. Así que tampoco importa que haya título o no.

—¿Dónde estamos, Rene?

—Estamos aquí, Muppet Dos. A una noche de camino al este de Cuba. Una noche de 13 000 kilómetros. Y aquí estamos. En el sureste angulano. En dirección contraria al lugar por donde siempre se ha puesto el sol. ¿Copiaste? No existe otro lugar del mundo donde podamos estar. ¿No te das cuenta, Muppet Dos? Over.

La lucha ha durado tanto tiempo, ha sido tan amarga y hay tantos muertos y mutilados, que ya no queda mucho que decir. Aunque queda por decir que uno reconoce en esta frase una vieja lectura del viejo Ernie Pyle. Pero los últimos kwachas capturados o los que se entregan por propia voluntad se apresuran a declarar que se sienten agotados y hambrientos. Casi todos emplean la palabra sufrir. Sufrimos en la mata, dicen. Otros afirman: el pueblo sufre con esta guerra. La terminología es el resultado de la educación marxista recibida en las filas de la UNITA. Del elocuente esfuerzo de sus comisarios políticos. Una organización contrarrevolucionaria ideologizada por el materialismo histórico y organizada bajo las normas del centralismo democrático.

Suma que Fidel Castro estuvo por aquí en marzo de 1977 y, como decimos, midió el aceite; hizo el barraje de preguntas que acostumbra, que te crees que va por un lado y hace rato que está en otro, buscando lo que quiere, y oteó el horizonte y preguntó y volvió a medir el aceite, para decir al final "la UNITA es un ejército de campesinos pobres"; entonces comienza uno a entender la delicada corteza y las sutilezas políticas de la tarea asignada en junio de 1981 al general de división Menéndez Tomashevich.

—Tomas, ¿tú estás claro que ésa es una guerra civil? ¿Estás claro que nosotros no podemos participar en ella? Ése es un problema angolano, Tomás. Una cuestión interna de ellos. Imagínate tú que los soviéticos hubieran des-

plegado una de sus divisiones en el Escambray. ¿Tú no lo hubieras concebido, verdad?

El 25 de julio de 1981, con la salida del sol, debía comenzar la segunda campaña de lucha contra bandidos en la República Popular de Angola, denominada Operación VII Aniversario de las FAPLA. La presencia de asesores cubanos y en especial de Tomashevich fue una solicitud de Luanda. Operación Olivo fue la nomenclatura de código reservada para la asesoría cubana.

—Bonito nombre, Tomás. Aguerrido. Suena bien. ¿Se te ocurrió a ti? Bien. Los muchachos se van a sentir complacidos. ¿Y tu nombre de código? ¿Cómo? Lince. Ah, también suena bien. Correcto. Ahora ve allá, a tu misión, y ayuda a los compañeros angolanos. Pero no te olvides. Recuerda lo que te hemos dicho. Y por supuesto, mantenerse al margen de una guerra civil no significa dejar de ayudar a la Revolución angolana ni permitir el hostigamiento de nuestras fuerzas. Tampoco podemos abandonar a los angolanos en una situación de catástrofe. Las unidades angolanas son inexpertas aun. Tenemos que enseñarlas a combatir en todos los terrenos. En caso de una presión que ellos no puedan soportar, apóyalos. Como puedas. ¿Tú sabes una cosa? Mira, el quid de la cuestión es que tú sepas cuando es guerra civil y cuándo es la UNITA comprometida como infantería de los sudafricanos. Tienes una bonita tarea en las manos. Muy delicada. Y tienes todo nuestro apoyo. ¿Cuándo sales? ¿Hoy? ¿A qué hora? Bueno, venga un abrazo. Y cualquier cosa, comunícate rápido. Acuérdate que estamos contigo. Y suerte. Oye, tienes que rebajar un poco. Estas gordo, Tomás. Suerte. Mucha suerte. Y no te arriesgues por gusto. Si hay combate, que el enemigo ponga los muertos.

Se trataba de agarrar bandidos, así que los angolanos pensaron en Tomashevich.

Parece el nombre de un general ruso, pero es de Santiago de Cuba, con la adecuada resistencia para ingerir café y/o ron y/o ambos a la vez; un tipo grueso y amante de las

palahotras mas sonoras del español y con la formidable costumbre de ser el primero en reírse de sus propias ocurrencias. Y si se llama Tomashevich, es por un anecdotico polaco que naufragó cerca de las costas orientales de la isla. Pero la herencia de tal nombre resultó adecuada porque el apellido se destaca por su prestancia cuando se emplea para identificar al jefe de una fuerza revolucionaria.

Es su segundo apellido y nadie lo llama por el primero porque en Cuba no suena igual Menendez que Tomashevich. Tomashevich, el que se sirvió a los bandidos del Escambray. Servirse es parecido a almorzarse. Cuando tu dices que te serviste a un hijo de puta, es igual que si te lo hubieras almorzado. Lo desapareciste. Te lo serviste completo. Y visto desde cierta distancia parece un autentico general ruso: con la cabeza rapada, el cuello de toro, la blanca piel de invierno y el uniforme de campaña trabajado en las delgadas pantorrillas por las botas de piloto. Con el transcurso del tiempo y si te ganas su amistad, descubres el arma que lleva en la pequeña cartuchera cubierta: un revólver Colt Cobra, calibre 38. Un hierro americano. Tecnología desusada en el Ejército Rojo. Mas el detalle escapara en un primer vistazo para los neofitos.

Interrogados (en umbundo): Su nombre

Prisionero: Me llamo Benjamin Sabiti.

I: ¿Cuántos años tiene?

P: 45 años.

I: ¿Cuándo fue capturado?

P: Fui capturado el día 13 de febrero de este año (1981).

I: ¿Cual era su patente (grado militar) cuando estaba en la mata?

P: No tenía patente. No tenía. Yo funcionaba como movilizador del pueblo. Era comisario.

I: ¿Por que se sumó a la UNITA?

P: Ingrese en la UNITA porque fui movilizado. Fui movilizado en Zambia. Y de Zambia cruce a Angola. Fui desta-

cado en la comuna de Chuica. Cuando me destacaron en Chuica me dijeron que esa tierra estaba liberada y que por eso tenía que ir.

I: ¿Quiere fumar?

P: Si.

I: Cuando usted se encontraba en Chuica, ¿iba a la mata a luchar?

P: En ese tiempo, en 1975, todavía no iba a la mata a luchar. Me mantenía en el mismo quimbo [aldea].

I: ¿Participo en algún ataque?

P: Nunca participe en un ataque.

I: ¿Conoce a Savimbi?

P: Le conozco.

I: ¿Quién es Savimbi?

P: Savimbi es el nombre de él.

I: Mas ¿quien es? ¿Es una persona? ¿Por qué usted confía en Savimbi?

P: Confío en Savimbi porque pertenezco a una organización llamada UNITA.

I: ¿Que cosa es Savimbi?

P: Es de la UNITA.

I: ¿Cual es su cargo?

P: En ese tiempo, cuando yo estaba en la mata, él era presidente.

I: ¿Dónde conoció a Savimbi?

P: Lo conocí aquí, en Bie.

I: Conoce bien a Savimbi. Mas ¿es él una persona buena o mala?

P: A mi modo de ver?

I: Si.

P: Para yo poder dar una opinión tengo que vivir mucho tiempo con él, para saber si es una persona buena o mala. En el mismo mundo hay gente que aplaude a Savimbi y otros que no lo aplauden. La vida es así.

I: Cuando usted estaba en la mata ¿por que lo aplaudían?

P: Los mas viejos [los jefes] decían que debíamos aplaudir a Savimbi.

I: ¿Como lo trataron las FAPLA en el momento de su captura?

P: Me trataron bien cuando me capturaron. Llegamos a Munhango. Allí me dieron comida. Despues fui para Camacupa y me llevaron al cuartel, donde estuve una semana. A la segunda semana fui transferido a la Seguransa, donde estuve un tiempo. Y el 13 de marzo me trajeron para Bié.

I: ¿Fue golpeado?

P: No. Donde recibí castigo fue en la selva cuando me capturaron. Despues me dieron comida. Me dieron arroz y mazambala.

I: ¿Le dieron ropa?

P: No.

I: Cuando salga de aquí, que sea puesto en libertad, ¿que va a hacer?

P: Trabajar. Creo que voy a cultivar. También puedo hacer pan. Mi profesion es panadero. Y cocinero. Puedo cocinar. Cuando sea puesto en libertad, comenzaré a trabajar para remediar mi vida. No pienso en otra cosa.

I: ¿Dónde está su familia?

P: Mi familia se encuentra en Cunhinga.

Era natural de Zambia y llevaba años trabajando para Savimbi. A los oficiales de la Seguransa les dijo que sólo hablaba umbundo. Luego aceptó, también entendía un poco de inglés. Había sido capturado en una operación en los accesos de Bié, y eso significaba que había caminado bastante desde su aldea en Zambia. Pero sus pies no presentaban deformidades, ni había en sus plantas la espesa y sólida callosidad que se les forma a los kwachas. Y eso significaba que acostumbraba a usar botas. Los oficiales de la Seguransa se pusieron contentos. Tenían un personaje en las manos.

Ofreció resistencia en el momento de su captura y, según el capitán Ruiz Cunha, resultó penoso reducirlo a la obediencia. Luego espero por las torturas y porque lo lanzaran vivo desde un helicóptero. Era lo que había di-

cho en Chuica a los hombres de su comando cuando desplegaba sus arengas de comisario político. Era el destino que debían esperar los prisioneros de las FAPLA. Lo que ocurrió fue que le dieron comida, las mismas raciones de campaña de las FAPLA. Comenzó a sentirse confiado. Llegó el momento en que quiso jugar con los interrogadores. Nunca luchó en la mata, es decir, nunca estuvo relacionado con una acción en la que se produjeran muertos.

Desde hace días Tomas está inquieto, moviéndose de un lado a otro, encandilado con los mapas, superando su consumo habitual de cigarrillos. Aunque, por lo pronto, ya tenga el problema, como él mismo lo describe, agarrado por el narigón, como si se tratara de un buey resabiado, pesado, hosco. Pero bajo control porque el lo aguanta o lo hala por la argolla según le convenga que el buey empuje o hale. Tomas se encuentra dislocado en la casa frente a la estación de Correos de Cuito-Bié, con el acostumbrado BTR-152 instalado en el sendero del garaje. Y esta cerca del aparador de cristal rajado donde uno encontrará después un paquete de magníficas presillas niqueladas en una gaveta olvidada por un comerciante portugués. Y la imagen de azogue de Tomas está reflejándose en los filisios planos astillados del cristal del aparador.

Tomas cuenta en Menongue con un reducido grupo de asesores cubanos. Pertenecen a la Región Militar y a la Región de Responsabilidad de Lucha Contra Bandidos. Tiene dos mil con asesores cubanos y una Brigada de Infantería Regular (BIR), incompleta y desorganizada. Los combatientes cubanos no llegan a 50, entre asesores y personal de apoyo.

Y Tomas está recibiendo información de Inteligencia, hay movimiento UNITA en las regiones militares de Cuando-Cuhango; hay fuerzas de infantería sudafricanas en número aun no precisado y un regimiento sudafricano de helicópteros Puma basificándose en Cubelai, provincia Cunene. Ese es un dato importante para las cavilaciones del jefe. Cubelai es una base aérea operacional suda-

fricana en territorio ocupado de la RPA, situada en el terraplen que conduce de Ngiba a Caiundo. El movimiento de aviones Mirage, Impala y Neone es habitual allí. Pero la presencia de estos campeones del espacio aéreo parece llamar poco la atención del jefe. Que cosa curiosa, dice, ese refuerzo ahí de helicópteros Puma.

Nuevos datos. Trobao, el jefe de las BATE, las brigadas de sabotaje de la UNITA, se está moviendo en los accesos de Menongue. Eso tiene una relación estrecha con el asedio a los puentes. Tomas está convencido. Trobao es la autoridad en explosivos de la UNITA. Su presencia se conoce por la Seguransa, que está interrogando prisioneros frescos, y por una vía de obtención de datos que se ha dado en llamar aquí de una manera tan seca como respetable y eufemística. Inteligencia. Trobao será un indicativo archisecreto de la UNITA hasta su inclusión en la escritura del presente párrafo y la eventual publicación del conjunto del texto.

El mapa de Angola, inmenso, donde Tomas está actuando, con tropas y asesores por todos lados, comienza a ser nuevamente descifrable con facilidad. No cabe la menor duda de que Savimbi está revelándole sus propósitos. En ese momento le llega una información capital: la 53 Brigada UNITA se encuentra a menos de 100 kilómetros al suroeste de Menongue. El teniente coronel izquierdo, al frente de los asesores cubanos de Menongue, se entrevista con los angolanos. Cierito, camarada. Hay un par de prisioneros en manos de la Seguransa que confirman la noticia. La Inteligencia cubana también confirma. La 53 Brigada es una de las más fuertes de la UNITA. Dispone de un Estado Mayor y 5 batallones. Son 3 000 hombres fogueros y combativos y cuentan con un armamento considerable: AAM, morteros y cañones. Pueden recorrer a pie, en un par de días, los 100 kilómetros que los separan de Menongue.

Jefe, con permiso. Dime, mijo. Permiso para informar. Informa, mijo. Informa. Jefe, se han efectuado cambios como resultado de las operaciones de las TAPLA contra la

la Región Militar UNITA. El teniente coronel UNITA Alberto Catrabela, nombre de guerra N'hunji Yaumba, ha sido degradado a mayor por corrupción moral y desvío de fondos en beneficio particular. Lo sustituye el teniente coronel Catari.

Se está proporcionando buena información. Buenísima. Ustedes no lo saben bien. Verificada. Pero se podría pronosticar desde ahora que va a iniciarse un nuevo proceso de purga si la Inteligencia UNITA lee esta página. ¿Como los cubanos sabían tanto? Beria no hubiera permitido una situación semejante en la SKVD. No se ofendan, puede considerarse la idea de que un marxista de extrema derecha como Beria esté unido con un marxista de extrema izquierda como Savimbi (o viceversa, el orden de los factores...) por sus muy personales modos de interpretar y emplear el marxismo. Pero en aquel entonces a quien causó disgusto la información del desplazamiento de Catari fue a Tomas. Conocía a Catari. Un kwacha respetable, duro. Y era otro que le estaban tirando para la pelea. Se lo estaban tirando en los accesos de Menongue.

Pronto vendrá lo que en la impedimenta describen como la parte de exponer el pellejo. Porque va Tomas a sacrificar todo lo que va a pasar. Sobre todo, lo que él tiene que hacer.

Primero, trasladarse a Menongue, media hora de vuelo en An-26, para, segundo, tomar el mando de las acciones. Los miembros de su Estado Mayor comprenden lo que significa en la práctica. Porque teóricamente es dirigirse al lugar donde la situación es más difícil, la dirección del golpe principal. La empresa es parte habitual de la doctrina militar cubana. Y es el estilo reconocido de Tomas. Dirigir las acciones en el mismo terreno.

—Como característica—dice Garciga, el ayudante— él asume el mando.

Como característica, piensa uno. El Viejo siempre ha sido un volao. Uno de nuestros vocablos de difícil etimología. Su probable procedencia se halla en los cartuchos rotos de dinamita. Y alguien con semejante calificativo

no cree en cuentos. Se vuela rápidamente. Y Viejo se reitera ahora, aunque nunca se utilice delante de él. No más de 10 años por encima y ya lo estamos llamando El Viejo.

Pero es un volau de verdad y un tipo que no está en nada y que le advierte a uno que primero muerto que hallarse en el límite de tolerancia de la existencia de un hombre que es verse soportando un desprestigio. No estar en nada es una de las formulas maximas de reconocimiento porque cuando no estás en nada, lo que prefieres, para empezar, es que te maten, y como eso es lo que prefieres todo lo demás te importa un bledo, que es una forma bastante extraña de decir que te importa un carajo, y es la razón para que el primer beneficiario de que uno no esté en nada sea uno mismo.

Es una de las formulas maximas del reconocimiento o el estado supremo de la felicidad personal. Y es palabra sagrada y la razón por la que despues uno dice con orgullo y hasta con alarde que estuvo con Tomás en el Escambray o en Angola.

No está dispuesto a perder.

—Ni a las escupias, mijo —dice—, ni a los meattos. Que son los dos juegos mas bobos del mundo. ¡Que clase de boheria esa de ver quién llega mas lejos!

Pues dice que nada y que su divisa es invictos o nada y que eso era algo que se sabia y se reconocia y se certificaba y se garantizaba desde el Escambray. Una tropa bajo su mando tiene que aprender a desenvolverse al duro y sin guantes, que no existe forma más cruenta ni más ruda de jugar a la pelota (cuidado, poner de baja esa palabra, está flojita la expresión, la verdad; piensa para que tú veas, en el mundo no hay palabra menos ruda que ruda), ya que para salir al terreno con tales reglas se requiere de una determinación y de la adecuada reserva de adrenalina, porque la pelota es profesional, dura como la punta de un yunque, y se te abalanza a más de 100 kilómetros por hora, y acuérdate de que la tienes que agarrar a mano limpia. Al duro y sin guantes te lo advertimos. No te pongas nervioso. Que nadie te obligo. Ni siquiera te lo

pidieron. Tu te ofreciste. Así que guapea ahora, broder. Cubre ahí. Juega.

Tomás se encandila con el mapa que ha desplegado sobre una tosca mesa de comedor, punteando con su lapicero cada movimiento del enemigo y diciendo cada vez con mayor convicción: "La cosa es en Menongue." Fumando, carraspeando, dando vueltecitas alrededor de la mesa y sujetándose los espejuelos sobre el rostro, con la vista perdida en algún sitio de su propia memoria, diciendo: "La cosa es en Menongue." Tenía que haberme dado cuenta, piensa.

—Tenía que haberme dado cuenta —dice—, desde la primera bravuconada de Savimbi. Y Fidel me lo advirtió, me lo dijo completo. Me dibujó todo lo que iba a pasar. Y es esto. Esto que ya comenzo.

La descripción de Menongue y del paisaje de acceso y de los puentes que comienzan a atacar, es que al norte de Menongue, por la carretera, está Chitembo —"un lugarcito muy malo el Chitembo ese", dice el capitán Garciga—, donde encuentras una sabana rala. A 150 kilómetros al noroeste de Menongue, en línea recta, a ambos lados de la carretera, existe una mata tupida, de arboles robustos, que es el vestigio sin cultivar de lo que fue una zona maderera y ganadera, como si la mata se quisiera comer la carretera en esa zona, ideal para emboscadas; ahí, a 3 o 4 metros de distancia, se puede abrir fuego sin ser visto. A esa mata alta y robusta, como complemento, se adhiere otra mata de hierbajos y arbustos pequeños que ayudan a emboscarte desde donde no puedan reconocerte y desde donde puedas retirarte con rapidez.

Mengua la característica de la zona, que es llana completamente, sin elevaciones, cuevas u otros accidentes, una mata intensa, a profundidad, con posibilidades de huida, aunque en los accesos de Menongue es una mata rala, y despues es compacta, robusta, fuerte, cerrada.

El terreno, el llamado Gran Dictador del Combate, define el tipo de método combativo. La balanza se inclinará

decididamente a favor de la parte contendiente que elija el terreno de acuerdo con las características de sus fuerzas y medios. Así que no se equivoque nadie, pontifica el jefe, la destrucción de los puentes sobre el Cacuquí y el Cuceque, aun cuando se hagan vados o se disponga de otra opción militar, servirá como zona de contención y obligará a detenerse en ese punto y tomar medidas especiales a cualquier fuerza de reforzamiento o avituallamiento desplazada de Bie hacia Menongue.

Cuando-Cubango. Nadie sabe con exactitud si fueron los portugueses o los angolanos los que lo bautizaron como las Tierras del Fin del Mundo. La lucha contra bandidos se produce aquí. Todo verde, un mar de matas, y los ríos que undulan tristemente, que no son de amplios meandros y que corren de norte a sur. Desde Mutala hasta Cuito Cuanavale, corren de norte a sur. A veces se unen, pero rápido, y un potente se convierte en el afluente de otro. Todos corriendo hasta la frontera con Namibia. Y desde Cuchi a Menongue y a Cuito Cuanavale, todos los ríos, el Cuchi, el Cueleí, el Cuelebe, el Cuatir, el Luassenha y el Longa, tienen un padre: el Cubango. Y al sureste, donde se forma la famosa boia angolana, los ríos son hijos del Cuando, y este es el mismo vórtice de las Tierras del Fin del Mundo y es el lugar de la mosca tse-tse y donde los portugueses no entraban y de donde, en la ahora remota Operación Kueña, angolanos y cubanos sacaron en agosto de 1976 a las últimas fuerzas residuales usita y sudafricanas, y donde el último municipio se llama Ribungo, y donde los ríos corren de oeste a este, y es mata limpia y los portugueses no tenían nada ahí.

Y Tomás lo conoce como el Escambray, aunque un Escambray sin lomas, sin riscos, dos veces y medio del tamaño de Cuba, y se ha dedicado a revisarlo desde transportes terrestres y en helicóptero, "a una altura conveniente", como él dice con una sonrisa de picardía para demostrar que no es bobo y que no va a bajar por gusto y a regalarse. Y memoriza cada lugar y luego lo coteja con el mapa y, en circunstancias de movimiento de sus tropas, le dirá al

oficial, avanza hasta tal punto, ¿tu no ves ahí un corral con unas vacas y un cerrito al fondo?, le está diciendo por radio, y el oficial responde, sí, es verdad, aquí está eso, y aumenta su leyenda y la confianza que infunde en sus hombres.

En casi todas las operaciones ha contado con Siete Curvas —imposible averiguar su nombre verdadero, debemos contentarnos con saber que se trata de uno de los más sagaces pilotos de Mig-17 del mundo—, que vuela a ras de las matas, dice Tomás, y luego regresa y me dice y cuenta todo lo que ha visto y yo con eso me hago tremenda composición de lugar. También contaba con la ayuda de dos tenientes coroneles, Calzadilla, su jefe de Información —muerto en Angola, el accidente del helicóptero—, y el ingeniero Ochoa —muerto en Cuba, un accidente automovilístico—, a quienes después del fracaso de capturar a Savimbi por la equivocación de los puentes en la Operación Menongue él enviaba por las mañanas en helicóptero a establecer una correcta ubicación de las tropas actuantes.

Antes de dar la orden de avance, enviaba a Calzadilla y a Ochoa en helicóptero, a prima hora, y era parte de su sistema. Ellos siempre participaban en las reuniones con los jefes que iban a actuar. Calzadilla y Ochoa se convirtieron en sus exploradores por excelencia. "Esos eran los ojos míos."

Y Tomás no es el mejor por gusto, el inspirado, y por algo en un momento decidimos titularlo —o el mismo se autotituló— con un apelativo que nunca antes se había prodigado entre nuestros hombres: El Cobre.

Ahora lo que tenemos es a la USITA movilizando fuerzas hacia los puentes y a Tomás enviando oficiales a cada uno de ellos para infundir ánimo a sus defensores y sobre todo para que no se dejen quitar ni uno solo. El ataque al Cuceque se inicia a las 04.00 horas del 6 de noviembre. Un batallón USITA de 400 hombres. El ataque al Cacuquí, a las 04.30. Una compañía reforzada USITA de 100 hombres. Hay 10 kilómetros de distancia entre los dos puen-

tes. La defensa del Cuceque es una compañía de la 48 an. La del Cacuchi, una compañía de la 48 an. y una compañía de la 13 an. Los dos ataques son rechazados, aunque muere un cubano, el cargador agotado, él de pie, con un balazo en la frente, los últimos disparos al aire en un gesto de agonía.

El teniente coronel Mederos defiende el puente sobre el Cuceque. "Lince, Lince, Lince para Yacaré. Responda." Yacaré, el cocodrilo africano, es el indicativo de Mederos. "Yacaré, Yacaré, Yacaré para Lince. Estamos bajo el ataque de una compañía enemiga." Mederos tiene comunicación con el Estado Mayor de Tomás dislocado en Menongue. Lince al habla. Quiere saber cuál es la situación. Yacaré responde. "Me van a matar, cojones. ¿No están oyendo el combate? No me jodan más." Se escucha el combate por la radio abierta. Mederos no vuelve a comunicar. La radio abierta durante 20 minutos. Un combate de 20 minutos. En ese tiempo se hacen miles de disparos, se queman decenas de kilogramos de pólvora. Y nadie elige su final. Solo el silencio indicará que el combate se ha extinguido. El silencio interrumpido por el teléfono de campaña del jefe —Mederos en este caso— que ordena restablecer la capacidad combativa, poner orden, contar las bajas, reponerlas y enviar a los exploradores alrededor de las instalaciones para evitar que el enemigo emplace los morteros. Y todo ese tiempo Tomás pasándose las manos por la cabeza, preocupado, sin tomar en cuenta la respuesta de Mederos —"no me jodan más"— y diciendo: "Está bien, está bien." Hasta que Mederos comunica. El combate ha terminado. Tiene un cubano muerto.

Tomás está en Menongue desde el 5 de noviembre. Y por lo pronto no muestra interés alguno en retirarse del lugar o desplazarse hacia otra capital de provincia. Dice que tiene ciertos intereses creados allí. Así que Jonas Sambi cuenta con escasas horas para afectarlo con su sorpresa. Que es exactamente el mismo tiempo que tiene Tomás para impedirse. Uno de los viejos oficiales cubanos de 1er. Freddy del Toro, lleva días pegado a los monitores tratando de descifrar todo lo que comunica la UNTA con sus virtuosos radios portátiles Rascal de fabricación francesa. Asesorada por los israelíes y los sudafricanos, la UNTA emplea una cifra muy fuerte. Pero se logra descubrir que hay un interés evidente en el puente del Cacuchi y, después, en el puente del Cuceque. (Uno debe aclarar en aras de la objetividad y del crédito de las fuentes de información empleadas que la confianza depositada en uno por los oficiales de la Inteligencia cubana para informarle los resultados de las transmisiones UNTA es equivalente a la desconfianza inextricable que tuvieron para no explicarle cómo se las arreglaron para partir las alabadas poderosas claves del enemigo.)

Cuando se producen los ataques, Del Toro no se muestra sorprendido, ni siquiera ofuscado. Sabe que la UNTA está realizando radiointeligencia contra las FAPLA y los cubanos. Y es un tipo que cree con vehemencia en las relaciones de justa correspondencia. "Sus radiogoniómetros tienen que estar que arden —dice—. Porque cuando nos da por emplear el lenguaje abierto, pero en argot cu-

han, ni hay dios que parta una clave de las nuestras."

Una de las formulas sudafricanas de colaboracion con la UNTA es a traves de las emisiones regulares de Radio Sudafrica. Despues de la identificacion de la planta con el pajarito de marra, que Del Toro describe como "un pajarito muy bello que es de origen sudafricano", calzan los mensajes: informacion de Inteligencia sobre unidades FAPLA y cubanas e instrucciones de combate. Aunque la más activa es una planta UNTA que trasmite desde el territorio ocupado de Namibia. Y pese a las prevenciones del jefe de Comunicaciones UNTA, que castiga severamente cualquier indiscrecion de sus operadores, Del Toro los escucha. Obtiene informacion con el empleo de una mayor cantidad de inteligencia que de noveleria. La referencia inteligencia en este caso no se refiere a los servicios especiales sino a los resultados logrados por un reducido comun de los mortales en el empleo sostenido y avispado de la materia gris de la que todos están mas o menos dotados. "Solo sus jefes —explica Del Toro—, tienen acceso a las claves y la informacion radial. Mas no debe preocuparles. Yo tambien tengo cargo de jefe. Aunque sea del bando contrario."

Desde julio se preparaban. El convoy de los primeros 900 asesores cubanos de Olivo, procedente de Luanda, llega a Huambo el 18 de julio. La expedicion de los 900 (que titulo, broder Xenofonte!). Es el dia del accidente del helicoptero y de las primeras enigmaticas arengas de La Voz del Gallo Negro. Atencion. Atencion. Pueblo heroico de Angola. Atencion. Las tropas cubanas de refresco están llegando al Centro Sur. Son miles y miles de cubanos. Aqui mandan los cubanos, no los angolanos. Verguenza para los apatridas del MPLA. Mas el enemigo no impedira las acciones vitales que se hallan en curso. Sabemos matar cubanos. Capturar cubanos. Los cubanos y sus marionetas del MPLA murderan el polvo de la derrota. Las arengas, es evidente, promovian el interes de los profesionales de la escucha al servicio de Tomashevich. Manifestaban una preocupacion —presencia de asesores en

el Centro Sur— y algo que, por si las dudas, no debía tomarse como fanfarronada... acciones vitales... en curso —por lo que fue subrayado en la version mecanográfica del monitoreo.

El accidente, que involucra a Tomashevich en el Alto de Huambo, se lo adjudicó Trobau Savimbi lo asciende, por esta acción de guerra, al grado de coronel. Emitieron un documento. Tomashevich había muerto. (Comunicado UNTA, numero 6, 22 de julio de 1981.) Aunque despues no vuelven a mencionarlo. Pero en el libro ese que anda por ahí, se repite el combate. Pagina 339 de *Jonas Savimbi. A Key to Africa*, de Fred Bridgland. "Los cubanos no se involucraron en los combates de la Operación Protea, pero habían concluido su retirada hacia las principales poblaciones para participar en una gran ofensiva contra la UNTA en el centro de Angola. La UNTA supo esto por los documentos capturados en un helicoptero sovietico Mi-8 derribado el 17 de julio a 10 kilometros de Huambo. Entre los nueve cubanos muertos encontrados en los escombros había un general, Tomaz Felichi."

No fueron 9. Fueron 12. No fue el 17. Fue el 18. Y ojala hubiera sido en combate.

Savimbi curso una orden el 23 de octubre de movilizar-se para "la accion vital". Ese dia ascendió al grado de mayor a un miembro del Buro Politico UNTA, Antonio Da Costa Fernandes, que había sido de los mas activos panegiristas el 3 de agosto —dia del cumpleaños de Savimbi— en los medios del Comando Operacional Estrategico (COPE), cuando se le reconoció oficialmente a Savimbi el grado de general y cuando se le realfirmo como El Jaguar Negro y se le entrego la corbata negra de Africa.

Tomas se da cuenta de que "Savimbi se lo está gastando todo", por un lado, el jefe de las BATE, por otro, una de las mejores y bien adiestradas brigadas UNTA. Son viejos conocidos. Viejos conocidos de Tomas. Se los ha topado por aquí y por allá. La 53 al sureste de Menongue, "la mas sonada allí".

—Buena, compañeros —dice Tomas—, sencillamente

Savimbi nos tiene cercados. Menongue está cercado —y sonríe con ironía—. A mí, al rey de los cercos. A mí me tienen cercado.

Pero hay algo que aun no queda claro para el cubano. El mismo lo dice de la manera más clara posible:

—Pero en esta lotería no juega el número con el billete. Porque lo que yo quiero saber es con qué culo piensan tomar Menongue. Lo que quiero que me expliquen es con que culo se va a sentar la cucaracha.

Todos comprenden. El Cobro se las sabe todas. Nadie ha visto una cahróna cucaracha que se haya podido sentar.

—¿Con que cuentan? —se pregunta en voz alta—. A ver. ¿Con qué cuentan?

Y comienza su relación:

¿Con los ganguelas, los cazadores invencibles, esa famosa etnia angolana de guerreros leales al MPLA?

¿Con Chinobén, el cuanyama que descubre la huella del bandido en cualquier lugar; alto, flaco, ágil, capaz de explorar las márgenes del Cuatir a dos pasos largos y de levantar desde lo oculto del río a un buen bandido desnudo y tembloroso y huidizo?

¿Con ese hijo del pueblo sin más olfato que el del mejor rastreador y, sobre todo, de mejor hijo del pueblo, que avanza a zancadas en medio del río, explorador por excelencia, con sus dientes perfectamente afilados y siempre acompañado de sus dos leales ayudantes, o compañeros, o sirvientes, o socios, pero que solo se ríen o se ponen serios cuando él los autoriza?

¿Con Sangre Fria, el jefe de batallón FAPLA, de la zona de Bailundo, o con Marcelino, que en 1977 era jefe del Puesto de Mandu Avanzado FAPLA en Huambo?

No, Tomas. Tiene razón. No cuentan con ninguno de ellos. Pero la solución en firme del enigma no tardará en llegar.

Viene desde Luanda a través del teniente coronel Denys. Confirma que un aguerrido batallón sudafricano, el Bufalo, cuyo número de código es el 32, dirigido por

oficiales blancos y preparado y entrenado por instructores israelíes, marroquíes y sudafricanos, y compuesto por oficiales blancos y soldados negros, que opera regularmente en una zona de Namibia, y eventualmente en territorio angolano, al sureste de Ngiva, acaba de dislocarse en un punto al suroeste de Menongue, en territorio namibio pegado a la frontera angolana, donde también se encuentran dislocados ahora los helicópteros Puma.

—Se les acaba de joder la sorpresa completa —dice Tomas enarbolando la hoja verdusca con el mensaje cifrado de Denys. La sonrisa del cubano es triunfal—. No porque este papel diga mucho. Ni nada que no sepamos ya. Es porque el rompecabezas está armado.

¿Que cómo es la cosa?, pregunta, con tono desafiante. Y dice: ¿Tu sabes lo que van a hacer estos cabrones? Y sigue en ese tono. Y hay que acercarsele para oírlo. Este batallón que está allí es el Bufalo, y es una capacitada y feroz fuerza de asalto, y lo van a montar en los Pumas, lo van a tirar en el aeropuerto de Menongue. Van a tomar Menongue por la mañana, al amanecer. Y a las dos o a las tres de la tarde están tirando a los prietos de la USITA en los aviones de transporte, allí, y los pretorianos se van entonces al carajo y nos dejan a los kwachas, y es como si la USITA hubiera tomado Menongue. Pal carajo. Y que va. Por eso te dije ayer, Gareiga. Por eso te dije, ahora mismo, Gareiga, avísale a Baracoa. Que caliente motores. En Menongue dentro de una hora. Había que venir para acá. Y rápido.

Y por eso, no más aterrizo, voy a ver al coronel soviético. Le hago la visita. Tienen asesores a nivel de la Región y a nivel de la sin. Hay unos cuantos oficiales soviéticos por los alrededores. Como 30. Entonces le explico mi apreciación. Reuno al Estado Mayor que ellos tienen, le explico la cosa y todo el mundo, Inteligencia y todo, convienen conmigo que esa es la cosa, que esa es la operación y que ese va a ser el golpe que va a dar la USITA el día 11 de noviembre. Entonces rápidamente llamo a Luanda y pido hablar con Pedale, que es el ministro de Defensa, se

lo tiro también por cable y por cifrado, un cable explícito, y le explico toda la cosa y que se lo informara al general Pedro García, jefe entonces de la Misión Militar de Cuba en Angola, y a todos les digo que es necesario tomar medidas urgentes aquí, en Menongue, para evitar la cosa.

—Te van a tomar Menongue, Tomás —le había dicho Fidel, se lo había advertido—. Su objetivo es declarar la República Negra de Angola, dividir el país y pedir reconocimiento internacional. Igual nos quisieron hacer en Playa Giron. Menongue es la cabeza de playa que ellos quieren imponerle al gobierno angolano. Y eso es lo que tú tienes que impedir.

Se le está dibujando *clarito* lo que Fidel le dijo, lo que le advirtió. Y entonces yo dije: cono, Fidel me dijo lo de Menongue. ¿No será contra Menongue que este cabrón va a hacer algo? Y arranque para allá. Y uno le pregunta: ¿Y de dónde sacaba Fidel eso? Y él responde: Cono, apreciaciones que hace. De lo que podía haber hecho Savimbi. Podía haber dividido Angola, y se le reconoce el gobierno ahí pal carajo. Dividir Angola y después todo eso es suyo por ahí para allá abajo. Bueno, dije, voy echando para Menongue.

“Igual que en Girón”, recordaría Tomás. Aunque al revés. Los sudafricanos tomarían el lugar y se lo entregarían a la UNITA. En Girón, tal fue el proyecto, los mercenarios cubanos de la Brigada 2506 se lo entregarían a una hipotética fuerza de la OEA. Es decir, a la infantería de marina norteamericana abanderada por la OEA u cualquier otro engendro regional.

—Pero tú no te vas a preocupar, Tomás. Tú impides la acción contrarrevolucionaria, que para ellos es fundamental, pero sigues concentrado en tu objetivo verdadero que es mantener el equilibrio de la situación operativa. No podemos aspirar a otra cosa ahora, porque no lo vamos a lograr. Olvidate de agarrar a Savimbi. No lo podrás hacer a menos que operes en territorio bajo control de Sudafrica. Savimbi no se volverá a arriesgar. Ya

le hiciste pasar bastantes sustos. Y si ingresa en el territorio angolano, será pegado a la frontera y bajo fuerte coherencia sudafricana.

Pero nada de esto está mal. Que Tomás deje que los sudafricanos se entretengan y se mareen con Savimbi. Es la carta a la que están apostando y Tomás puede auspiciar el espejismo. Y mientras ellos se entretienen con Savimbi, y se empantanan con la swapo en Namibia, lo que les parece por dentro es un fenómeno. El fantasma de la revolución recorre Sudafrica. Esta rimbombante ofensiva dentro de Angola no es más que la retórica de una situación perdida. Y tendrán que pasar a la defensiva.

La paradoja es que el racismo negro es el último reduccionismo defensivo del racismo blanco. A estas alturas nada les conviene más a los pretorianos. Un líder como Savimbi, que aliente ideas como la de la República Negra, resuelve el problema. Racismo negro. Mas si hay un alza de valores del movimiento revolucionario en África es porque los manidos presupuestos del panafricanismo están en crisis. Posición de los cubanos: apoyar a los angolanos en el combate contra el enemigo interno y protegerlos de la agresión exterior.

Así que, por lo pronto, Tomás y su tropa se dirigen a Menongue. Colocados en una situación prácticamente desesperada, sin muchas otras salidas que el poder de disuasión que les ofrece la reserva de proyectiles de 7 62 de sus módulos y el estado de mantenimiento en que se encuentran los AKM y la apenas media docena de transportadores blindados BTR-152 y tres o cuatro improvisadas dotaciones de tanquistas, los 47 cubanos que conforman la fuerza de asesoramiento tienen esa tarea, y el hecho es que Tomás decide salir de Menongue y dislocarse en un lugar desde el que pueda orientarse para retirarse hacia Luanda por el camino de Bie, aunque no se puede absolutizar y decir, como se comprobaba más adelante, que estuvieran solos.

Allí había un batallón de tanques T-55 y un batallón de

T-34 de las FAPLA. Estaban las máquinas. Pero sin conductores. Había unos cuantos tiradores tanquistas angolanos que estaban preparados y eso, y que sé yo, pero faltaban conductores, y el coronel soviético se me brinda. Yo voy a verlo y le digo, bueno, yo quiero poner estos tanques, tener este batallón de T-55 en la mano, concentrado cerca del aeropuerto para dar un golpe, y poner los T-34 fijos, empleados como cañones, también en el aeropuerto.

Hicimos el plancito. Y no había conductores. Pero digo: los mismos oficiales soviéticos. Siempre hay muchísimos conductores entre ellos. Cada vez que tu ves un soviético labrando con su tractor, puedes apostar que es tanquista. De la primera reserva del Ejército Rojo. Seguro. Y había alguno que otro tanquista cubano, de la gente mía de LCA. Nosotros allí no teníamos tropas regulares cubanas cuando eso. Y entonces trasladamos los T-55. Y entonces metimos cubanos en los tanques, yo metí gente de la asesoría de LCA para garantizar el tiro, con alguno que otro tirador FAPLA y pusimos aquello, los tanques T-34, allí, en el aeropuerto. Y movimos los T-55 por todo el pueblo y luego los concentramos y los puse con una fuerza nuestra, cerca del aeropuerto, que ese iba a ser el refuerzo del pavoroso e invicto ejército de 36 tanques, 5 otrs, 8 camiones y el poco de angolanos y soviéticos y cubanos que yo estaba organizando ahí, y mande a buscar a los asesores de LCA de las cercanías, de Bié, de Huambo, y les dije, bueno, ya somos un poco más de cubanos, pero el enemigo nos supera con creces de todas maneras, así que ya saben, la única manera de salir de esto es la misma de todas las situaciones desesperadas anteriores, unidos como un solo hombre, y entonces tomamos el aeropuerto allí, y el cará.

Mucho movimiento de los avioncitos que teníamos en el aeropuerto, iban y venían, igual que los tanques. Y yo en lo mío. En el revolico. Al otro día por la mañana, no me acuerdo si el 7 u 8 de noviembre, una cosa así, al otro día llega Pedale, el ministro de Defensa, con el asesor

principal soviético, el general. Los fuimos a esperar el coronel asesor de Menongue y yo. Ese coronel estaba de acuerdo conmigo. Coincidió completo conmigo en la cosa. Me dio toda la ayuda esa.

—¿Un león tusao? —pregunta uno.

—Sí, sí.

—Segunda guerra mundial.

—Sí, sí.

—Seguro que un soviét resabioso de esos.

—No, no (tose). Afable.

El soviético que viene es el jefe de la misión. Había sido jefe de tropas especiales en Moscú. Había sido paracaidista, un tipo que hacía ejercicios todos los días, corría por las playas de Luanda y el cará, alto, fuerte. Llega con Pedale. El ministro promete unos medios que comienzan a llegar al otro día. El soviético coincide con la apreciación. Se van. Te voy a mandar al general Vasili, me dijo el soviético, para que coordine contigo todo esto. Entonces yo le digo al jefe de la Región FAPLA, el teniente coronel Matos, vamos a emplear la mía y que los soviéticos le pasen la mano (ponerla de alta). Tenía las brigadas de LCA a mi disposición. Y ya todos están persuadidos de que hay algo. Ahora tu vas a ver. Hacemos un recorrido por allá, vemos los tanques, donde los habíamos puesto. Ahí estaban los T-34. Ahí se tiraba un avión y lo partíamos rápido. Los T-55 estaban dislocados como a un kilómetro. El Bon de T-55 tenía sus 22 tanques, y el de T-34 tenía 12. Pero iba a comprometerlos en el aeropuerto, para el tiro directo. Y me dice el general que me va a mandar a Vasili, que está de jefe de operaciones en Luanda.

Llega Vasili. Está encojonado (no sabe como se dice eso en ruso ni conoce los caracteres cirílicos para escribirlo). Llega preguntando que quien ha formado tanto aspaviento en Menongue. "Yo, chico —le responde Tomas en el aeropuerto— Son decisiones que yo he tomado." "Ah, bueno. Normal." El general Vasili se encontraba superatrincherado esa noche en Menongue, con dos T-55 y dos transportadores anfibios UAZM apostados en los accesos

de la casa de los soviéticos. Tomás le había informado que su Puesto de Mando y campamento estaban dislocados en una coordenada en paralelo a la carretera de Bié. Si había jodedera en Menongue, Tomás lo esperaría allí. Le indico cómo alcanzarlo siguiendo las márgenes del río. Pero esa noche visita a Vasili y ve los T-55 y los BRDM y pregunta, eh, ¿de dónde salió esto, Vasili? No, responde el soviético, los teníamos de reserva para la 4 Región Militar. Pero están buenísimos, Vasili. Buenísimos para armar más revolico.

Interrogador (en umbundo): Nombre.

Prisionero: Agostinho José.

I: ¿Cuántos años tiene?

P: 41.

I: ¿Cuándo fue capturado?

P: El 19 de febrero de este año [1981].

I: Cuando estaba en la mata ¿cuál era su patente?

P: Alférez [suboficial].

I: ¿En qué grupo estaba?

P: Estaba en el grupo de la producción.

I: ¿A qué se dedicaba en la producción?

P: Al cultivo. Cultivábamos tomate, maíz, cebolla y ajo.

I: ¿Para quien?

P: Para los militares de la base.

I: ¿Cuándo ingresó en la UNITA?

P: Ingresé en 1978. Cuando estaba en la UNITA solo me dedicaba a la producción porque tenía un problema en la vista.

I: ¿Conoce a Savimbi?

P: Lo conocí cuando ingresé. Lo vi en el municipio Cuemba [el prisionero miente: Savimbi estuvo allí en 1976].

I: ¿En qué año dice que lo vio?

P: En 1978.

I: ¿A cuál organización pertenece Savimbi?

P: Pertenece a UNITA.

I: ¿Es el jefe?

P: Cuando yo estaba en la selva, Savimbi era el presidente de UNITA.

I: ¿Como lo trataron las FAPLA cuando lo capturaron?

P: Cuando me capturaron me llevaron para la comuna de Massongue, donde fui interrogado. Más tarde me dieron comida y 21 días después me llevaron para Camacupa.

I: Cuando lo capturaron, ¿lo golpearon, le dieron comida, o que le hicieron?

P: Cuando me capturaron me dieron un puntapié, pero después me dieron comida y me trataron bien. Mas no me dieron ropa.

Se experimenta una especie de zozobra cuando uno observa la parsimonia con que los oficiales angolanos interrogan a los prisioneros. Prisioneros frescos, recién capturados en la selva, terroristas confesos que acaban de volar un tramo de línea férrea o que vienen sacudiéndose las manos después de torturar a un militante del MPLA. Pero los interrogadores actúan con calma inalterable, son profesionales y metódicos y vuelven una vez y otra con las mismas preguntas, siempre hechas en el mismo tono apacible, comprensivo. El kwacha acaba de colocar una mina antitanque reforzada con pastillas de explosivos C-4 o con cabezas de cohetes PG-7, y el oficial le pregunta: por favor, su nombre, dónde está la familia, cuando ingresó en la UNITA, cómo lo han tratado las FAPLA. Es evidente que quiere comenzar desde el principio y es evidente también que el portugués es un idioma dulce, musical y que resulta inadecuado para los interrogatorios operativos, y que el umbundo es un dialecto remoto creado por un pueblo de agricultores. ¿Por que confía en Savimbi? ¿Qué hará cuando sea puesto en libertad? La mina ha sido colocada en una carretera transitada por civiles. Las víctimas de hoy son un motociclista de 18 años y su amigo de 17. El estómago del conductor ha sido vaciado como por un tiburón y los bordes de la piel abierta parecen quemados a soplete. Ristras de vísceras y una pierna se encuentran al otro lado de la cuneta.

El objetivo principal, sin embargo, es la línea de ferrocarril de Benguela: el camino ferro. Y registrar los quimbos en busca de militantes del MPLA. El camino ferro trae alimentos y productos industriales para Cuito y las poblaciones del sureste angolano. El suministro sudafricano de fusiles y explosivos a la UNITA debe emplearse en esa dirección. De cualquier manera, si localizan a un militante del MPLA le cortan las manos, le abren dos tajos sobre las costillas y ahí le incrustan los brazos. Y lo lanzan a la selva. O lo entierran vivo. O descuartizan a la mujer y a los hijos delante de sus ojos y, luego, el procedimiento habitual: cortarle las manos y abrirle los tajos —"los bolsillos", según la ironía kwacha— y encajarle los muñones en esas heridas abiertas a los costados y obligarlo así, muñeco roto y jadeante, a enfrentarse con la selva.

Interrogador [en portugués]: ¿Cuál es su nombre?

Prisionero: Costa Sangombe.

I: ¿Cuántos años tiene?

P: Tengo 60 años.

I: ¿Cuándo lo capturaron?

P: Fui capturado el 6 de agosto de 1981.

I: ¿Cuál es su quimbo?

P: Tunda Chibaba, municipio Cunhinga.

I: ¿Que hacía allí?

P: Trabajaba como agricultor.

I: ¿Quiere fumar?

P: Sí (toma el cigarrillo). Además de dedicarme a la agricultura, soy el soba [jefe] del quimbo. Soy soba desde la era colonial.

I: ¿Por qué colabora con la UNITA?

P: Yo no colaboro con la UNITA. Mi quimbo es muy grande. Entonces apareció un elemento de la mata. Y me llamó. Y fui hasta allá. Después que fui allá, converse con ese elemento. Y él se fue. Y al yo regresar al pueblo alguien me preguntó por qué no lo había capturado. Fue así que me detuvo la Seguransa. Todo eso ocurrió en el mes de junio de 1981.

I: ¿Conoce a Savimbi?

P: Conoci a Savimbi aquí [en la provincia Bie]. Movilizaban al pueblo para que viera a Savimbi.

I: ¿Que piensa de la época de la UNITA y de la época del MPLA?

P: En el tiempo de la UNITA me robaban los bueyes y los carneros y me quedé sin nada. Lo perdí todo. Sólo tuve hambre. Ahora, en el tiempo del MPLA, tengo un poco de todo. Tengo ropa, paño, abrigo, y me alimento, y entonces la patria está libre. Y yo no pienso más nada. Ah. Falta. La UNITA, los kwachas, son bandidos. Queman los quimbos. Roban. Y así no se puede criar al pueblo.

I: ¿Cuál es su quimbo?

P: Tunda Chibaba. Cuando los cubanos vinieron a liberar este pueblo [se refiere a la ofensiva de 1976] y pasaron por Tunda Chibaba, el pueblo se unió para saludarlos.

I: ¿Desde cuándo es soba?

P: Soy soba desde la era colonial.

I: Usted va a ser liberado próximamente.

P: Estoy agradecido.

I: Usted no debe volver a colaborar con la UNITA. Si los kwachas son bandidos, como usted ha dicho, su deber es denunciarlos.

En un edificio de Luanda, en la avenida "Che Guevara", se encontraba la otra punta del hilo. La embajada cubana. El embajador, cuyo itinerario hasta entonces había sido desde *short-stop* de un equipo de manigua hasta ministro de Agricultura, sabía ahora que todo el personal civil cubano destacado en Menongue, 45 colaboradores cubanos de las esferas de la salud pública, la educación y la construcción, el 60% mujeres, se encontraba en peligro de sufrir el bombardeo sudafricano y de caer en manos de la UNITA. Reunión urgente de sus principales colaboradores. Primera medida: sacar las mujeres. Segunda: intentar establecer un sistema de comunicaciones.

El 6 de noviembre está lloviendo con la fuerza del 10-

rencial aguacero inaugural de ese verano y Tomás ordena evacuar a los cubanos de Menongue. Se trasladan a un punto previsto por la observación, a unos ocho kilómetros en paralelo con la carretera de Menongue a Bie. Los civiles tienen seis fusiles. Llegan al monte aquel. Y cuando llegan cada cual se ubica, regado, sin hacer bulla, con las luces apagadas. En total, unos 150 compañeros de Olivo, y los 45 civiles agregados a la operación. Al amanecer, se toman las primeras medidas: abrir trincheras y preparar la defensa.

El lugar de dislocación era frondoso, un monte espeso, con árboles altos, maderables, que Tomás describió como buenos. Los ramajes para el enmascaramiento se buscaban a un kilómetro de distancia y se renovaban, para que la exploración aérea no descubriera una zona de enmascaramiento seco sobre sus cabezas. Tenían cuatro tiendas de campaña grandes, dos pequeñas; cocinas de campaña, planta eléctrica portátil y plantas de comunicaciones Raxal. Y la pasaban de lo más bien por las noches, jugando dominó o a la mentirosa o a la cincuentiuna. Lo verdaderamente malo era la espera del amanecer. La espera del golpe aéreo.

Entonces un ciudadano de sexo masculino (según constancia del pasaporte) expresó algo así como una preocupación. Había sido monaguillo en su pueblo y si estaba en Angola era por el bien de la humanidad, no para el servicio de las armas. Era un técnico medio no se sabe en que enrevesada disciplina de la salud pública o de la pedagogía o de la jurisprudencia —ya uno no se acuerda con exactitud— y siempre se había autoconcepuado como un hombre bueno y como bueno, según dijo que había dicho el apóstol José Martí, moriría de cara al sol. Pero, tal fue su aporte, el quería que su deceso, de ser posible, ocurriera a su debido tiempo.

Hubo que discutir fuerte con él. Se le dijo que, cuando los cubanos se hallan cercados por el enemigo, dejan cualquier oficio o profesión que estuvieran "casualmente" ejerciendo y todos se convierten en unos guardias que

son unos fieras. Con unos fieros. Con unos fieros, añadió Tomás. Esnuos pero fieras. Esnuo es un verbo, lengua carcelaria completa. Y aquí ahora somos guardias y estas bajo la orden de un general, a menos que quieras regresar preso a Luanda y con un cartel de maricon en la espalda que te va a durar toda la vida. Y se vira y le pregunta a Gárciga: Gárciga, ¿que dice el reglamento sobre los pendejos? A la orden. Un momento. ¿Sobre los pendejos dice usted? Si, mijo, ¿de que estamos hablando? Si. Perdon, jefe. Esta aquí. No emplea la palabra que usted con tanta precision ha empleado. Pero es su sinónimo legal. Aquí está. Articulado sobre actos de cobardia en el teatro de operaciones. Bueno, jefe. No dice nada de poner un cartel en la espalda. Lo que pide es pena de muerte. Es lo que dice el articulado. Mírelo aquí. Que acobardarse en el combate es igual que alta tracion. Y el hombre entendió. Entendió rápido y bien.

En un proceso de cavilacion, Tomás decidió. Lo aconsejable era sacar a las mujeres en un vuelo de An-26 previsto para las 10:00 horas del 7 de noviembre. Reunion con las compañeras, que ya estaban preparando sus condiciones de defensa, y Tomás les explica la situacion, que es inminente un ataque del enemigo y que lo aconsejable es evacuarlas hacia Bie ya que estaba previsto el ataque para las proximas horas, y que si habia ataque y las fuerzas del enemigo se lanzaban, iba a correr la sangre y, los que quedaran, tenían que dejar Menongue convertido en un cenicero y luego retirarse a pie hacia Bie, y antes de que esto fuera así, era mejor evacuarlas en el avion.

Habló la anestesista, que ni pidió la palabra. No consideraba que tuviera que abandonar aquel lugar ya que era imprescindible su presencia en caso de cualquier ataque, para atender a los heridos. Si médicos y enfermeras nos vamos, en que situacion quedan los heridos y el hospital de Menongue. El derecho a quedarnos no puede ser cuestionado. Y así se manifestaron las enfermeras. Y las maestras. Y preguntaron, ¿usted se va, general? ¿Yo? ¿Como

que si yo me voy? Yo no me puedo ir. Aunque quisiera. Me tengo que joder aquí. Me perdonan la expresión. Pues nosotras tampoco podemos. Y estamos con usted mientras usted permanezca aquí. Y nos fastidiamos también. Bien, pues, a jodernos todos entonces. O a fastidiarnos. Como les guste.

22 helicópteros Puma, 2 000 sudafricanos y dos brigadas UNITA con 3 000 hombres cada una, se quedaron esperando. Demasiado polvero en Menongue. Demasiado movimiento de tanques y de aviones y de hombres. Un suicidio lanzarse allí. Una comunicación cifrada transmitida por la Inteligencia sudafricana para uso de sus aliados del COPE daba un estimado de la fuerza de tarea enemiga dislocada en Menongue: 7 000 infantes angolanos y cubanos y dos regimientos blindados; toda la oficialidad era soviética; un avezado cuadro de mando al frente del cual se encontraba el curtido general de probable origen caucasiense Tomás Félix Sevich.

El mando cubano decidió la creación del Regimiento Menongue con hombres y técnica fresca el 15 de noviembre de 1981. El proyecto contrarrevolucionario de establecer allí una cabeza de playa se aplazó por tiempo indefinido. Pero antes de que esta auténtica unidad blindada fuese creada y dislocada y tomara posición, una fuerza irregular de combatientes cubanos tuvo su determinación. Ellos habían regresado. Al fin habían regresado. Un par de botas amuladas por el uso y las medias gruesas, una ración de campaña, el uniforme de amplios bolsillos a los costados, la hamaca si acaso y el AKM con su módulo de municiones, eran suficientes para responder al llamado. Otros los bosques, otras las tierras, otra la lluvia que los empapaba. En Menongue, en las Tierras del Fin del Mundo, se les emplazaba. Nada debía recordarles el Escambray. Pero aquellos maizales y el marabú y ese olor imborrable del monte y de la leña que arde en un vivaqueo de campaña en el firme de Topes de Collantes o del ácido sudor de una marcha de combate al sol en los terraplenes del Sector Norte estaban en la memoria y si

Savimbi intentaba tomar Menongue era como si Arnoldo Martínez o el Mochu Ramírez o el Congo Pacheco se hubieran atrevido con Meller o con Condado o con Guinía. Y un acongojado, urgente mensaje de la cancillería en el que se comunicaba a la máxima instancia de La Habana la preocupación y desconcierto por la negativa del personal civil cubano —mujeres incluidas— de evacuar la plaza sitiada de Menongue, tenía respuesta.

No puedo oponerme a una decisión de esa naturaleza tomada por un puñado de decididos compatriotas. Estoy orgulloso de ellos y apruebo su determinación y los apoyo. Con tan firmes y valientes defensores es imposible que caiga Menongue. Pero háganles saber que no están solos y que las fuerzas que acudirán en su ayuda están totalmente movilizadas y listas para la marcha. Patria o muerte. Venceremos.

Hubo una conversación sobre los cobardes. Dedicamos una parte de la noche a lo que a uno se le ocurrió llamar como los pusilánimes y que provocó uno de los ceños fruncidos del jefe y su pregunta de que qué coño eran los pusilios esos que uno decía, si de lo que se estaba hablando en esa sobremesa era de los pendejos.

Uno recuerda que fue en Menongue y en septiembre de 1982 y que tuvimos una cena en condiciones de campaña y que teníamos aterrille, la forma probablemente insuperable de la desolación. Una noche sin bombardeos y sin guerra en medio de la guerra. Los kwachas estarían parlotando alrededor de sus fogatas o en un severo silencio porque a lo mejor el frío de más de 1 grado en la escala Fahrenheit que se posesiona de la altiplanicie los tendría mudos y grises como el grafito y con los cañones de sus AKM en estado de frigerización, que esa es una clase de frío que, hasta donde uno conoce, no aparece descrito ni especificado y ni siquiera mencionado en ningún diccionario. A lo mejor se hallarían dislocados mucho más cerca de nosotros de lo que nosotros calculábamos que pudieran estar y estarían pensando en como sahoitearnos y mover sus brigadas y esas cosas a las que seguramente se dedican los kwachas mientras nosotros parlotábamos sobre el primer tema que apareciera probablemente tratando de alejar la oleada de aterrille, ya que, deben saberlo, cuando no tienes nada que hacer es la isla la que se te tiene encima. Así que hacia falta conectar el sistema de preservación ideológica, para lo cual hay que lanzar,

como dice el jefe, un par de cojonadas. Ni siquiera la cincuentiuna, el juego de barajas favorito, resultaba aquella noche, con el aterrille en aumento, una forma insistente y progresiva de aterrille, lejos de la isla y sin cartas de allá, de casa, agitada la reservita mensual de ron, sin dinero y sin novia.

Así que estábamos alrededor de una quimera de fogata que debía arder en el antiguo comedor de un colonialista portugués, que tal era el sitio que ocupábamos por razones de guerra y que podíamos seguir ocupando sin temor a que el susodicho ex propietario elevara el asunto a algún foro internacional, o a la mismísima ONU, si se diera el caso, puesto que había abandonado el terreno por lo menos desde la época de la liberación de la errepeá y lo más seguro es que no tuviera interés en regresar a una residencia en la que el jefe, para empezar, le había cogido el jardín para abrirle unas líneas de trincheras —“la defensa circular, miijo” — y había empotrado un transportador blindado BTB-152 en el sendero de entrada y cuya presencia era ineludible si se tomaba en cuenta el revestimiento de pintura gris y las antenas de comunicaciones y la severa mirada de la dotación, y era así que estábamos dislocados en aquel comedor, y todos llevábamos nuestros trajes FAPLA y teníamos nuestras botas y nuestras canananas y nos habíamos despojado de las gorras, y los fusiles descansaban recostados en un rincón, cuando alguien del grupo habitual de la impedimenta del general, sus escoltas, o los choleros, o el teniente Sánchez, o el coronel Toledo, o el teniente coronel Barrera, o el capitán Garciga, o el fotógrafo Ernesto, o el escritor agregado, dijo que mira que había pendejos en este mundo.

—Uuh —dijo uno—, la cantidad de pusilanimes que hay.

Como una de las formas más bravas de ser un bravo es recordar a los pendejos y como uno no puede acercarseles ni parecérselos, lo que uno hacía era acordarse de su pertenencia a la tropa de Tomashevich, donde no existe posibilidad de equívocos. Después de eso, el aterrille pasaba al claudestínaje. A menos que, agotada la conversa-

ción y dado por liquidado el tema de los pendejos —que tal fue el orden del día de esa noche—, el jefe barajara un rato aquellas gastadas barajas españolas y suspirara y alguien dijera como desinflándose que en fin, sin saber que en fin sería ése, y el jefe comentara, caballeros, qué clase de aterrille tenemos hoy, lo cual ya autorizaba a que todos lo aceptáramos y lo tuviéramos y que nos cagáramos en la bicicleta, que no existe forma más explícita de desentenderse de un asunto, porque finalmente entendíamos una de nuestras verdades absolutas, y es que una cosa es aterrille y otra apendejarse en una situación.

Entonces el jefe se acordó de sus enemigos más bragaos del Escambray y aprovechó para soltar el comentario de que el Savimbi este no se le parecía en nada ni a Osvaldo Ramírez —“el Mocho Ramírez, cará” — ni a Tomasito San Gil, y uno contó el cuento de un compañero que era oso y que perdió por un mortero en la batalla de Ebo una parte de la masa encefálica, que era la parte que le proporcionaba el sentido autocrítico, razón por la cual a su temeridad hubo que añadirle su ausencia de entendimiento de la problemática social y de su papel como individuo ante ella. En seguida uno tuvo que explicarse mejor.

—Tú no me vas a decir —dijo el jefe—, no me vas a decir que ese hombre se salvó.

—Bueno —dijo uno como justificándose, aunque sin saber de qué—, es lo que uno tiene entendido. Anda por ahí, por La Habana.

—¿Donde tú dices que lo perjudicaron?

—Un cascote de obús, jefe. Lo agarro por el cráneo. Se lo partió.

—En el güiro —dijo Sánchez.

—Parece que con el poquito de masa encefálica que se le salió, tuvo ese problema.

—Vaya pal carajo —exclamó el jefe—. Así que le judieron el Puesto de Mando.

—En el moropu —agrego Sánchez—. Le desclasificaron el murupoide.

—Producto de ello —se extendió uno— se le atrofió el sector autocritico del cerebro.

Certo fruncido del jefe. Mirada penetrante sobre uno. Relativa urgencia de reiterar sólida explicación científica.

—Como usted lo oye, jefe. Perdió el entendimiento de la problemática social y de su papel como individuo ante ella.

Uno quería decir que se convirtió en un peligro. Desde aquella herida no hubo para él diferencia entre las buenas y las malas palabras delante de las compañeras, ni obligación de saludar a los oficiales superiores, generales incluidos.

—Si tú supieras —dijo el jefe—, ya me esta pareciendo que el tipo es un falta de respeto. Y un comemierda.

—Después tuvi el otro problema —explico uno—. Paso lo otro.

—¿Que otra cosa después, mijo?

—Después comenad a elaborar un plan. Su estrategia era copar la Casa Blanca y pasar a cuchillo a los G-Men y llevarse de rehén al presidente imperialista, para el rescate. Lo estaba elaborando.

El turno le correspondía al coronel Toledo, que procedió con el cuento de un personaje que se había alzado con el arma y por el que uno aprendería que hubo problemas hasta en las primeras misiones, en los sesenta, la época en que por razones de índole estratégica solo se comprometía en el internacionalismo a cubanos de una raza que dispone de un color bastante distintivo. Las razones de índole estratégica se explicaron en su momento e ilustraron satisfactoriamente el concepto.

El cuento era que un elemento de aquella tropa solicitó ser evacuado hacia la patria debido a que, alego, tenía los nervios destrozados de tanto corretear en la selva con uno de los ejércitos colonialistas de la época de tras de él. De acuerdo con la versión cubana mimeografiada del Manual de Lucha en la Selva de los *marines* vanquis, que el elemento había estado hojeando, estaba claro que lo que tenía era tremendo estrés de combate. Uno acababa de

saber también que el oficial bien plantado que atendió al elemento tuvo a bien preguntarle que quien había visto un negro con estrés.

—¿En que mundo se ha visto eso, chico? No me jodas tu. ¿Quien ha visto que los negros tengamos estréses? Dime.

Bueno, dijo Ernesto, el fotógrafo, cuando la guerra de liberación de Angola, en el 75, se dio el caso, se puede catalogar de bastante lamentable, porque ya se había ofrecido de voluntario y estaba a bordo, de uno que dijo que había descubierto, era difícil explicarlo, incluso decirse-lo a uno mismo, es decir a él mismo, que al parecer y pese a ser casado y con hijos, de pronto se había dado cuenta, decía, que a medida que pasaban los días —a bordo del carguero convertido apresuradamente en transporte de tropas— y que veía nada más que hombres, notaba que las mujeres estaban dejando de gustarle, que no sabía a ciencia cierta si alguna vez le habían gustado, en realidad. Mas alguien aseguro, quizá con cierta excesiva crudeza, que todo lo que pasaba era que se iba apendejando a medida que el carguero se acercaba a las costas entonces indescribibles de Angola.

Pero esta persona —el interpelado, según el calificativo del fotógrafo— había dicho que cuando era chiquito y vivía en el batey del central azucarero Chaparra, lo había dicho entre ahogados sullozos, le dijo a su padre, que —asi lo especifico— era fogonero de la locomotora 1023 de la United Fruit, que quería aprender a tocar el piano y que el padre, el fogonero, le respondió con un descomunial —fue su primer adjetivo— y abusivo —el segundo— soplamocos y con un "tocar el piano es cosa de maricones y ningún hijo mio aprende a tocar esa mierda". Había sido la cruel actitud de su propio padre, y resultaba, según sus palabras, que ya iba para viejo, era maricon de todas maneras y no sabía tocar el piano y que además de eso se hallaba en un barco que se dirigía nada más y nada menos que a África, continente este, según su propia expresión, donde no conocía a nadie.

Entonces Barrera hizo el cuento, que dijo provenía de los anales de la Contrainteligencia Militar, del agente de la CIA que era capitán de Cartografía y que le había proporcionado al enemigo unos mapas de áreas defensivas de las FAR y al que se le juzgó por traidor y como traidor se le fusiló, arrodillado y de espaldas, pero que había tratado de mantener la calma. Agachó la cabeza entre los hombros y se puso a rezar y se encogió como un muelle cuando escuchó el rastrillar de los fusiles, y al recibir la descarga se proyectó contra el muro, los brazos abiertos de espanto y la boca y los ojos rajados y enrojecidos por los coagulos.

Después hubo ese silencio, como si el humo de la descarga demorara en disiparse, y fue cuando Tomas aprovechó para disparar una idea que parecía venir desde el vacío, porque eso fue lo que ocurrió con el cuento que vino a continuación y que no guardaba relación con los anteriores y al que lo único que le precedió fue una especie de preparación artillera suya, losió un poco, resopló, y prendió el cigarrillo y echó más humo sobre la mesa, y dijo que él aceptaba el cuento que le hicieron los muchachos de la 36 Brigada que estuvieron perdidos en la mata como una semana y que cogieron a un kwacha prisionero para que les sirviera de guía y cuando llegaron a los accesos de Menongue lo liberaron, porque, dijo Tomás, una cosa es que hubieran cogido a un oficial UNITA pero no a un kwacha mierdero y que él no sólo les perdonaba la actitud e incluso que no le hubieran dicho la verdad y que le dijeran que el kwacha se les había fugado, porque lo más seguro es que, dado el supuesto caso de que él hubiera estado en esa situación, él habría actuado igual.

Uno contemplaba al jefe en ese talante y uno, la verdad, estaba emocionado en aquel momento y hasta a punto de decirle que lo quería cantidad, pero prefirió aguantarse cuando creyó percibir una contenida desaprobación en el resto de los compañeros, por lo menos la ausencia de los usuales comentarios aprohatorios, por lo que aceptó la conveniencia de sellar el asunto entonces y hasta que hu-

ciera la oportunidad de empeñarse en una buena sesión de cuartillas y máquina de escribir.

—Igual —dijo el jefe— que cuando deje pasar a la mujer de Savimbi.

—Un jamón aquello —comentó Sánchez—. Un regalo. Butin de verdad.

Un jamón aquello quiere decir que se trataba de una operación para realizar sin muchos contratiempos. Butin, butisnais, butisneis, butindein son sinónimos de calidad para cualquier producto.

—Estaba en el guante —dijo Toledo, con un suspiro de resignación—. La teníamos.

—Vienen a decirme —siguió el jefe—, a decirme que la tienen ubicada. Estos gallos de Inteligencia, siempre tan serios. Oiga, jefe, me dicen, la mujer de Savimbi está ubicada. Savimbi va echando hacia la frontera y se desprendió de la impedimenta.

—Un jamoncito —insistió Sánchez—. Butin.

—Pero me dije, qué cojones. Imaginate la noticia en los periódicos. Capturada mujer de Jonas Savimbi. Y qué va, eso era muy feo. En seguida me imaginé el cifrado urgente de Fidel. ¿Y dónde está Savimbi, Tomás? Y la coletilla del cifrado. Tomás, hazme el favor de soltar de inmediato a esa señora. Me lo imaginé hasta mandándome a buscar a Cuba. Cono, Tomás, yo creí que tú estabas allá para capturar a Savimbi, por lo menos yo te envié para eso.

—Y entonces —dijo uno

—Entonces di la orden.

—Que la dejaran pasar —dijo Garciga.

—Que la dejen —repitió el jefe—. Esa fue la orden. Dejenla pasar.

Así que aquello era una cena. El convite de que disponíamos. El vino, uno lo recuerda, era agua hervida: el líquido antipalúdico. Un agua puesta a refrescar en una jarra metálica un rato antes de que se sirviera el apetitoso y humeante asado, que tal era la hipótesis en que se convertían las escasas y por cierto bastante tiesas rodajas de carne prensada holandesa que vacían en los desnudos

platos —dos rodajas por cabeza— y que proporcionaban la mejor proteína que se conocía por los alrededores y que, además, era la única al alcance de nuestra logística angolana. Si el rancho era pavo o un añaño, dependía de la resistencia de la memoria de cada cual. Si algo había, era libertad para elegir. El único y auténtico lujo de aquella sobremesa era un mantel de tela a cuadros que era un auténtico mantel de tela a cuadros que el jefe se empeñó en llamar "el sayón del escocés que comió pan", un escocés que, desde luego, tuvo una cena más consistente que las nuestras y dejó las migajas impresas entre los poros del género.

Más era una cena digna y limpia si se tiene en cuenta los rigores de nuestra campaña, y si era digna y si era limpia era por los rigores de la campaña y en la sobremesa sólo se admitían bateadores por encima de los 400 y era una quimera de fogata y todavía está ardiendo y no se extingue y de qué manera chisporrotea.

*Cuando Cubango, 13 de noviembre de 1981
La Habana, 10 de junio de 1989*

En gratitud

Uno pertenece a dos patrias y tiene necesidad de las dos porque compartió la fatiga de las operaciones y de las marchas en la selva con tropas misturadas de LCA. Fueron muchos camaradas del MPLA-Partido del Trabajo y oficiales y combatientes de las FAPLA y la Seguridad quienes dieron acceso a algo más que una experiencia para escribir.

Antonio Pérez Herreño, cuando era el secretario ideológico del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, encasó el proyecto. Participo desde sus orígenes. Uno está convencido de una cosa: si el libro terminado satisface sus expectativas, será la forma mejor de expresarle agradecimiento.

Para hacerlo, para pasar de la fase de intención a libro en la mano, hubo un apoyo. El tema de inspiración. Marilu More brindo su paciente dedicación, y su preciosa amistad. Raul Rivero, el poeta, alentó las primeras páginas, y con él hubo sesiones de café y ron en la alta madrugada. Teodoro Espinosa, el viejo Teo, padeció, y trabajó y luchó y encaneció y editó, y hasta aprendió. Carlos Cadelo fue aprovechado al máximo. Es una fuente de conocimientos sobre el TOM Angola. Luis García Guízar fue impresionante. Se desplegó. Emilio Turios garantizó la logística. Antonio Pruna estuvo presente. Es un tipo firme. Alberto Batista, El Ton, logró —todavía no se sabe cómo— que el texto llegara a su final. Armando Palazon estuvo presente, desde Menongue. Max Marambio, Guatón hizo una crítica, acríptica lectura del original. Lisandro Otero, aunque apareció en las últimas cuartillas, fue resuelto, admonitorio. Y Cesar López fue el último —aunque incisivo— lector del original. Y Mery Álvarez de la Rosa, Juan Carlos Cabrera, Eliseo A. Diego, Juan Carlos Fernández, Carlos Gámez, José Luis García, Horacio Maestre, Rogerio Moya y René Riera se basieron.

Gabriel García Márquez y Rommy Fuentes para cerrar. Ga-

briel envió cálidos mensajes a Luanda y convirtió la realización del texto en un asunto personal. Tuvimos un diálogo también. Vindico la tarea del escritor: "Estás violando la Convención de Ginebra: no se autoriza el empleo o porte de armas a los corresponsales de guerra." "Coño, Maestro, y qué hacemos con Hemingway, Sklovsky, Malraux." "Ellos eran escritores, no corresponsales acreditados. A los escritores nada los limita, tampoco nada los protege. Es su riesgo." (Se deduce la enseñanza de que responden a una sola convención: su convicción.) Rommy es una presencia ineludible en estas páginas. Nacieron juntos: ella y el libro.

Ernesto Fernández

El veterano de Playa Girón y del Escambray se dispuso a regresar al combate. Descolgo sus magulladas Leica y Nikon de 35 milímetros, y una pesada y angustiosa Zenza-Bronica de 120, y emprendió el camino. Una selección de sus fotografías constituye ahora un sector entrañable de *El último santuario*. El Fernan. El Ernest. Siempre.

Los filmicos

El encuentro con cualquier equipo de los filmicos —el personal de Estudios Cinematográficos y de Televisión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (EITVFAH)— dislocado en el teatro de operaciones servía para identificar viejos compañeros y evocar otras campañas. El contacto se producía en la harriga de un An 26 o a bordo de un MTB-152, y entonces se requería de muy poco tiempo para que en la proximidad de una turbonada o abriendo trocha en una chana del Cubango, se constituyera la bastante exclusiva sociedad de los cortespensales de guerra más aguerridos, más cuentistas y más pobres del mundo.

Uno se vio reclutado en una empresa de los filmicos. Se convirtió en coguionista del documental *Operación Olivo*. Así comenzó la amistad con Rene David Oses, realizador, productor, guionista principal y camarógrafo de "esa pieza maestra de la cinematografía de campaña", además de propietario indiscutido de las puertas de los M18 que arriesgaban el fuselaje sobre el TOM Angola. Mas hubo retribución. Los sonidistas del comando de Rene grabaron en condiciones técnicas adversas algunas entrevistas empleadas para incrementar el texto de *El último santuario*. El mismo Rene —"Me teneis, broder. Al último de los grandes ¿No te das cuenta? Ranqueado al mismo nivel de un Joris Ivens o de un Roman Karmen"— proporcionó tiempo y entusiasmo —un entusiasmo incontrolable— para producir una colección de fotografías elegibles para el libro.

Creditos de las fotografías

Ernesto Fernandez: todas las fotos de las dos primeras secciones. "Una mina antiaéreo volatizo..." El general tiene...

Herederos de Rene David Oses: campo de estabimio UNITA, campamento FAPLA, prisionero en el Cuqueque, allenes UNITA Agostinho Lourenco Costa Sangoonbe, niños de Cutto-Bie, Nestora Padilla con Teresa Nandimba, exploradores FAPLA y guerrero chokwe.

EITVFAH: se rompieron de Menongue 5 11/81, carretera de Menongue a Cuchi 9/11/81.

Algunos negativos presentan los defectos propios de un revelado de campaña en Menongue. El ideal fue consagrado por Capa cuando apeló a su segunda Contax bajo el barrido de la artillería de Rommel.

La suaveción de Angel Itama en 1969 de que Norberto Fuentes era el más original de los escritores surgidos en la Revolución cubana puede quedar aquí sólidamente respaldada. *El último santuario* es un ejemplo de libertad creadora y un texto profundamente revolucionario. No hay clima entre lo que cuenta de sus veteranos luchadores y como él lo cuenta.

Los combatientes que libraron la campaña de lucha contra bandidos en los años sesenta cubanos tuvieron un cronista: el mismo que los ha acompañado al sureste angolano 20 años después, cuando las leyes que rigen la épica llamaron de nuevo a la batalla.

Una experiencia extraordinaria de la Revolución cubana ha quedado firmemente registrada en la literatura. Los internacionalistas cubanos cuentan ya con un libro: un libro auténtico.

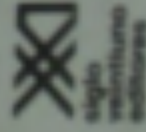
El último santuario tiene la carga emotiva de una noche de recuerdos y pequeñas bromas alrededor de una fojata guerrillera. Su prosa es fresca y orgullosa.

El libro no conoce fronteras entre periodismo y literatura de ficción, entre el reportaje y la novela. Un probado talento para convertir la realidad en material de narración es el que se despliega. La crítica eventualmente le llamaría nuevo periodismo, y el propio autor, quizá con razón, dice que es una novela de campaña. Es la secuencia lógica, y es el regreso espléndido de un escritor a sus orígenes y la mejor forma de mantener viva una leyenda que de alguna manera él mismo descubrió.

PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

Norberto Fuentes es autor de seis libros y de más de 100 reportajes y crónicas sobre la Revolución cubana. Una colección de cuentos, *Condenados de condado*, y una biografía, *Hemingway en Cuba*, son sus obras más conocidas.

Pablo Ernesto Fernández



siglo
veintiuno
editores

ISBN 968-23-1810-6



9 789682 318106